This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

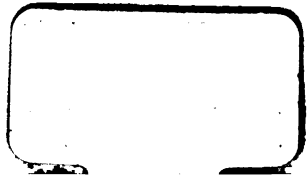
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 5253.2.4

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY



MISCELANEA. LITERARIA.

4° 1

MISCELANEA

LITERARIA

POR

D. J. V. LASTARRIA.

José Antonio Avis
Obsequio de Don
Daniel Lastarria

Luis Montt

VALPARAISO,
IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO,
de Santos Tornero y Ca.
1855.

SAL 5253.2.4

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

ESTUDIO

SOBRE LOS PRIMEROS POETAS ESPAÑOLES (1).

I.

Cerca de ocho siglos trascurrieron desde la primera invasion de los bárbaros en la Península Ibérica hasta la aparicion de la primera obra escrita en la lengua *Romance*, que se elaboró en aquel dilatado tiempo por el trato i relaciones de los conquistadores con los conquistados.

La historia no nos ofrece muestra alguna

(1) Este es un fragmento de un *Cuadro jeneral de la literatura española* estractado de los principales escritores de la materia para servir de testo a la enseñanza. Por eso es que solo se hallará en este Estudio la esposicion de los juicios i opiniones de los autores de mas nota que han historiado nuestra literatura.

de lo que seria la lengua española en aquella larga época de su formacion, i solo cuando comenzó a tomar el nuevo dialecto mas vigor i soltura, fué cuando tuvo vida el primer embrion de la literatura castellana, que se conoce con el nombre de *Poema del Cid.*

Como este escrito es el primer monumento de nuestras letras, ha merecido ser el objeto de las mas sabias i eruditas investigaciones. Pero la mayor parte de los literatos, tanto españoles como de otras naciones, que hasta aquí han dirijido su atencion a esta curiosidad singular, sino han exajerado su antigüedad, han errado acerca de algunas de sus circunstancias. Estaba reservada al americano Bello la gloria de acercarse a la verdad por medio de su lójica severa i de su vasta erudicion. Vamos a estudiar este Poema guiados por sus juiciosas opiniones.

Don Tomas Antonio Sanchez, que ha tenido la útil curiosidad de publicar las composiciones de los poetas españoles anteriores al siglo XV, conjetura que este poema se escribió por los años de 1150, esto es, medio siglo despues de la muerte del Cid. Pero este juicio es inverosímil, porque si

comparamos las noticias que del Cid Campeador nos da la historia, con las que el poema nos presenta, encontraremos grandes contradicciones, i muchas veces en este se nos refieren hechos indignos del menor crédito: el poeta yerra no solo acerca de los verdaderos casamientos de las hijas de Rui Diaz, sino aun acerca de sus nombres. ¿I qué español que hubiese vivido tan poco tiempo despues de aquel héroe, pudo tener tan erradas noticias acerca de él, cuando sin duda existirian todavia sus descendientes?

Por otra parte, en el poema se dice que al tiempo en que se componia, muchas de las familias reinantes en España, se habian emparentado con la del Cid

"Hoy los reyes de España sos parientes son"

lo cual es una prueba incontestable para afirmar que la mayor antigüedad que puede darse al poema es la de principios del siglo XIII, porque hasta entonces, es constante que no hubo en España rei alguno de la familia del Campeador.

La principal razon en que Sanchez funda

su aserto es la de que en la versificacion, el poeta hace a *muerte*, *fuerte*, asonantes de *Carrion*, *Campeador;* diciendo que se pronunciaba entonces *mort*, *fort* porque la lengua se diferenciaba todavia mui poco de sus oríjenes latinos. La observacion es mui fundada, pero no lo es cuando añade que en las poesias de Gonzalo de Berceo i en el *Alejandro*, compuestas en el siglo XIII, no se hallaban ya tales asonantes. Al contrario, si se examinan las rimas de Berceo, se notará que no pronunciaba *muerte* ni *fuerte* sino *morte*, *forte*, porque jamás se usa el diptongo *ue* de estas voces como consonante de *e*. A mas de que la última *e*, en aquellos tiempos, no se pronunciaba con tanta fuerza como ahora, sino que su sonido se acercaba mas al de la *e* muda de los franceses.

Tampoco parece acertado el afirmar que este poema se compusiera en el año de 1245, como varios lo esponen apoyados en estos versos que terminan la composicion:

"Per Abat le escribió en el mes de Mayo,
Era de mil é CC..... XLV años."

porque se sabe que fué uso constante entre

los españoles de aquel tiempo, el emplear la palabra *era* así sola, para significar la era española i no la cristiana; entre las cuales hai 38 años de diferencia, de suerte que esta fecha coincide con la de 1207 de la era cristiana. Mas D. Tomas Sanchez espone que en el códice (que es el único que existe) de donde copió el poema, se notaba una raspadura, en que parecia haberse borrado una C para darle mayor antigüedad sin duda; y tambien nos dice que la letra en que está escrito, le parece la que se usaba en el siglo XIV. De donde se sigue que su verdadera fecha es la de 1307, i ademas que este no es el poema orijinal, ni su verdadero autor el tal Per Abat; i por el contrario, es mas de creer que éste fuese un mero copiante, porque, como nota el mismo Sanchez, el verbo *escrebir* de que se usa en estos últimos versos, no se aplicaba en aquel tiempo para significar al que componia, sino que para esto se usaba del verbo *fer* o *facer*. Y aun cuando se tomara el verbo *escrebir* en este último sentido, como quieren algunos, no parece acertado mirar a Per Abat como el autor del poema, porque el espacio de un mes no

era suficiente para componerlo, pero sí para copiarlo.

Lo que debemos, pues, sentar como mas verídico, es que el poema se compuso a principios del siglo XIII.

Por lo que respecta a su mérito literario, Sanchez lo califica de este modo: «....No hai que buscar en él muchas imájenes poéticas, mitolojía, ni pensamientos brillantes: aunque sujeto a cierto metro, todo es histórico, todo sencillez i naturalidad.... Y no le falta mérito para graduarle de poema épico, asi por la calidad del metro, como por los personajes i hazañas de que trata.»

Don Manuel José Quintana, habla de él de esta manera: «Con una lengua informe todavia, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura i armonía; con una versificacion sin medida cierta i sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos i de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imajinacion i la elegancia le adornan; ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesia, en que se ocupasen dulcemente el espíritu i el oido? No está, sin embargo,

tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya en la invencion, ya en los pensamientos, ya en las espresiones. Si como sospecha D. Tomas Antonio Sanchez, no faltan al poema del Cid mas que algunos versos del principio, no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida del héroe, anteriores al destierro que le intimó el rei Alfonso VI.... En la série de su cuento no le faltan al autor vivacidad e interés; usa mucho del diálogo, que es la parte mas a propósito para animar la narracion; i a veces presenta cuadros, que no dejan de tener mérito en su composicion i artificio.... El choque primero de los infantes de Carrion i los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animacion i aun estilo:

Abrazan los escudos delant los corazones,
abajan las lanzas avueltas con los pendones,
inclinaban las caras sobre los arzones,
batien los caballos con los espolones;
temblar quierie la tierra dond' eran movedores...

Martin Antolinez metió mano á la espada relumbra tod' el campo...."

Parece que el primer estranjero que dirijió su atencion al poema del Cid, fué el aleman Bauterwek, el cuál se espresa, hablando de él, de esta manera: «....Nunca podrá dársele con justicia el título de poema, por no ser mas que una historia rimada, en alejandrinos bastante incorrectos. Es mui difícil fijar con precision la antigüedad de esta Crónica si se atiende a que existe otra en prosa sobre el mismo asunto, mui antigua, i que coincide con la primera en la relacion de los hechos principales: mas prescindiendo de que el autor existiese a mediados del siglo XII, como pretende su editor Sanchez, o posteriormente, es indudable que no se la debe mirar como principio de la historia de la poesía española. Considerada como curiosidad literaria, es mui digna de aprecio; pero si se la considera como produccion poética, se hallará que las vislumbres de poesía que se descubren en ella, dependen solamente del carácter nacional i del interes que inspira su mismo asunto, pues los sucesos

se hallan referidos cronolójicamente sin ninguna invencion ni adorno, i lo único que da a algunos pasajes de la obra un colorido poético, es la sencillez caballeresca de su estilo, realzada por algunas situacions bien descritas.»

Aqui aparece que este literato, duda sobre la verdadera época de la composicion del poema, porque existe otra crónica, segun él mui antigua i que coincide en la relacion de los hechos con el poema. Otros varios escritores asi como Bauterwek dudan lo mismo, teniendo presente la misma razon; pero se equivocan, pues a pesar de que la *Crónica del Cid* sea antigua i coincida con el poema en la relacion de los hechos, está demasiado probado que esta crónica es posterior al poema.

El padre Risco, en la pájina 62 i siguientes de su Castilla, para probar esto se espresa asi: «De la antigüedad de esta crónica, se dice en el mismo prólogo, que pertenece al tiempo en que floreció el héroe, cuyas hazañas se refieren en ella; en lo cual se engaña mucho el editor (el Padre Fr. Juan Lopez de Belorado), en vista de que en la Crónica

se citan algunas veces los testimonios del arzobispo D. Rodrigo, i del obispo de Tuy, i se mencionan algunos reyes de Castilla i Navarra, que vivieron en el siglo XIII.

«Hai graves fundamentos para creer, que esta Crónica, que se dice conservada en el Monasterio de Cardeña, no fué historia particular del Cid, sino jeneral de toda la nacion. El capítulo CCXCI ofrece un testimonio que comprueba firmemente esta verdad. Léense en él estas palabras: *E hy estudo muy grand tiẽpo, fasta que vino el Rey D. Alonso á reynar, el que fue hijo del muy noble Rey D. Fernando, que ganó todo lo mas del Andalucía: ca este bienaventurado Rey ganó la muy noble cibdad de Sevilla con todo su reynado, é ganó la muy noble cibddd de Córdoba con su reynado, é ganó la cibdad de Jaén, é ganó á Ubeda, é á Baeza, é Andujar, é Arjona, é á Martos, é á otras Villas reales muchas, é castillos, segun que adelante vos lo contará la historia.*» Historia, que ofrece referir las conquistas del santo Rei D. Fernando, que reinó tantos años despues de la muerte del Cid, no es historia particular de este héroe, sino jeneral, que por serlo debia no ce-

ñirse a los sucesos de este personaje, sino estenderse a los hechos de todos los reyes, que reinaron hasta el tiempo en que se escribia.

«De lo dicho hasta aqui se colije no solo, que la Crónica llamada del Cid no es tan antigua como se encarece en su prólogo; sino que es posterior a la Crónica jeneral.»

Ademas, la Crónica cita a D. Alfonso, el Sabio, hijo de San Fernando, por lo cual es imposible que se haya escrito antes del poema; pero sí despues del reinado de aquel Rei.

El erudito Sanchez prueba tambien que la Crónica del Cid es posterior al poema; i hace notar cómo el autor de la Crónica cópia no solo las espresiones i frases, sino tambien los asonantes de aquel.

M. Sismonde de Sismondi, ha hablado mucho de esta composicion, en su *Literatura de las naciones del mediodia de Europa*. En esta obra dá una idea jeneral del poema copiando sus principales pasajes, i segun como se espresa, aparece que este crítico, que con tanto tino ha calificado el verdadero mérito de los demas poetas españoles,

está demasiado creido de todos los errores históricos i tradiciones vulgares que abundan en el poema, i que estan desmentidas por documentos irrecusables. Este mismo literato parece que ha sido el primero que ha supuesto la influencia de las ideas i gusto árabes en esta composicion: ocurrencia que ha tenido algunos secuaces, a pesar de sus débiles fundamentos. El argumento de mas peso en que la apoya el mismo Sismondi es *el modo con que en él se menciona a la Divinidad, que los epítetos que se le dan son mas bien de un musulman que de un católico*; «Padre de los espíritus, Criador divino» *i otros que son con todo mas conformes a los hábitos del islamismo.* Pero como esos epítetos nunca han sido impropios en el catolicismo, sino antes bien de mucho uso, el argumento no es concluyente. Con mejores pruebas se puede decir que el autor del *poema de Cid* imitó las *Jestas* o historias rimadas de los *troveres* franceses. Cotéjese con estas Jestas el poema del Cid i se verá que en uno de sus versos se le dá este mismo nombre de *Jesta*; i lo que todavía es mas, que imita el autor del poema a los troveres, no

solo en los epítetos que da a algunos objetos, sino en la medida de los versos i aun en los mismos asonantes.

En resúmen, adoptando la opinion de Bello en cuanto a la verdadera antigüedad de esta primera obra de la literatura española i en cuanto a la influencia que en su composicion tuvieron las primeras poesías de la literatura francesa, creemos que Bauterwek es el que mejor juzga de su mérito: segun él, no es un poema, sino una simple curiosidad literaria, en la cual no hai ni poesía, ni mérito de composicion.

II.

Despues del poema del Cid, se nos presenta el poema de Alejandro Magno, compuesto por Juan Lorenzo Segura de Astorga, hombre de talento i de muchos conocimientos, como lo acredita bastante en su poema, porque en él luce la mitolojía, que parece le era familiar, hace uso frecuente de la Sagrada Escritura i de las ciencias na-

turales. En esta obra no hai invencion, ni dignidad, ni armonía; sin embargo puede leerse con curiosidad para admirar la poca civilizacion de aquellos tiempos. Su autor hace de Alejandro Magno un héroe español del siglo XIII; porque le atribuye las costumbres, sentimientos, preocupaciones i educacion de un español nato. En el discurso de este poema, vemos que Alejandro, impaciente por combatir con los moros i judios, le parecia ya haber conquistado las tierras en que reinó Carlo Magno. Vemos al griego armarse caballero, i salir con otros de su clase a buscar aventuras.

Bouterweck cree que se halla menos poesía que en el poema del Cid en esta *Crónica fabulosa*, i que es indiferente para la historia de la poesía española que esta produccion pertenezca al siglo XII o XIII, que sea orijinal o traducida de una Crónica francesa, o mas bien, de una obra latina compuesta por un relijioso. Finalmente, dice, apenas se perciben algunos rasgos de la historia de Alejandro Magno en aquella confusion de invenciones insípidas i ridículos disfraces.

Algo diferente es la opinion de D. Tomas Antonio Sanchez, en su *Coleccion de poesías anteriores al siglo XV*; pues nos dice, guiado tal vez por su nacionalismo, que asi por el héroe i sus hazañas como por el jénero del metro, no puede negarse que es un poema épico, aunque histórico, como lo son la *Odisea* de Homero i la *Eneida* de Virjilio; i que en esta composicion se descubre la infancia de la lengua i la poca civilizacion de aquellos tiempos. Que por otra parte el talento de su autor hubiera dado mas perfeccion a su obra, si hubiera trabajado en tiempos mas claros i despejados. Ademas, que las metáforas de que usa con frecuencia, son propias i no carecen de elevacion i gracia; i nos cita este ejemplo:

Ya iba aguisando doña Aurora sus claves,
Tollia á los caballos don Febus sus dogales,
Despertó Alexandre el canto de las aves,
Que facien por los arboles é los cantos suaves.

Por lo demas, prosigue, nuestro poeta se deleita mucho en las pinturas, lo que hace su poesía magnífica i hermosa.

No han faltado escritores que hayan juzgado que por usarse en el poema de esta especie de versos de doce i mas sílabas, se ha dado a este metro el nombre de *alejandrino*. Todos convienen en que este poema se escribió en el siglo XIII.

III.

Escritor del mismo siglo fué el poeta Gonzalo de Berceo, monje de San Millan que nació el año de 1198 i murió hácia el de 1268, segun prueba Sanchez. Se conservan nueve poemas de este poeta; i Sismondi nos dice de ellos que, «juzgando por el lenguaje i la versificacion solamente, se ve que son posteriores al antiguo poema del Cid; pero que están demasiado lejos de podérsele comparar por su sencillez e interes. Es el mismo metro, mas perfeccionado; el verso es alejandrino, ya de cuatro dáctilos ya de cuatro anfíbracos, pero groseramente arreglados. Los versos están dispuestos en coplas de a cuatro; la copla tiene siempre

una misma rima. Esta era la medida que los españoles llamaban *versos de arte mayor*, i que destinaban para sus composiciones sérias, mientras que usaban en los romances o canciones, de sus *redondillas*. Aquel metro ha sido empleado hasta fines del siglo XV, i Gonzalo de Berceo fue el lejislador de este jénero de poesía que se miraba como el mas noble.» El mismo Sismondi dice que ha buscado en las obras de Gonzalo de Berceo algun trozo que llame la atencion para copiarlo en la suya, i dar una idea de la manera de escribir de este poeta, cuya elegancia i pureza celebra Sanchez: pero que nada ha encontrado digno porque en todo le parece trivial, arrastrado, redundante i pesado.

Pero aun cuando tenga el estilo de Gonzalo de Berceo alguna de estas cualidades que le atribuye Sismondi, manifiesta que era un hombre de talento que empleaba las bellezas poéticas cada vez que se lo permitian la ilustracion de aquellos tiempos incultos, i las áridas materias que trató; porque sus nueve poemas que se conservan, tratan de asuntos sagrados i vidas

de santos. No obstante, tiene bellísimas descripciones, una de ellas es aquella con que empieza los milagros de la Vírjen.

En verdad que puede tachársele de trivial porque muchas de sus espresiones i comparaciones son tomadas de asuntos los mas triviales, arreglándonos al sentido comun de nuestros dias; pero que en aquellos tiempos pertenecian, sin duda, a la sencillez que les era propia i al estilo familiar. Ademas no es estraño que este poeta recurriese para sus comparaciones a objetos triviales, porque su principal empeño lo ponia en ser claro, de tal manera, que el pueblo todo lo entendiese, i por esto, sin duda, o por modestia llama prosa sus versos al principio de la *Vida de Santo Domingo de Silos*. Lo cual ha dado lugar a que Bouterweck lo critique.

El padre Sarmiento es de parecer que Berceo no solo compuso versos alejandrinos, sino tambien en otros metros menores, que tal vez se han perdido o existen anónimos; i para apoyar su opinion, cita la siguiente copla, atribuida a Berceo sin duda por ser traduccion del epitafio latino de las

santas Oria (cuya vida escribió) i su madre Amunna:

So esta piedra que vedes,
Yace el cuerpo de Santa Oria
E el de su madre Amunna,
Jembra de buena memoria.
Fueron de grant abstenencia
Nesta vida transitoria
Porque son con los angelcs
Las sus almas en gloria.

IV.

Síguese tratar de D. Alonso X, llamado jeneralmente D. Alonso el *Sábio*. Este rei poeta nació en 1221, fué coronado en 1252, i muerto hácia los años de 1284, despues de haber sido depuesto por su hijo D. Sancho. D. Alonso puso su esmero en la proteccion de las letras, introdujo en Europa la astronomia, las artes i la agricultura de los árabes. Fué el primero de los reyes de España que manifestó mas aprecio por la lengua castellana, i ordenó que se escribiesen los privilejios i demas escrituras públicas en dicha lengua;

en fin, dió, por decirlo así, el primer empuje a la literatura castellana.

Compuso en versos de arte mayor el poema titulado *El libro de las Querellas*. Pero su obra en verso mas celebrada es el *Libro del Tesoro o del Candado*, que sin duda recibió este último nombre por cerrarse con un candado. En él trata de una pretendida revelacion de la ciencia de hacer oro, que él mismo asegura haberle sido comunicada por un sábio de Ejipto. Tambien está escrito en coplas de arte mayor, i se divide en dos libros, de los cuales el primero solo tiene once estrofas intelijibles, que comienzan de este modo:

Llegó, pues, la fama á los mis oidos
Qui en tierra de Ejipto un sabio vivia,
E con su saber oí que facia
Notos los casos ca non son venidos:
Los astros juzgaba, ó aquestos movidos
Por disposicion del cielo, fallaba
Los casos quel tiempo futuro ocultaba
Bien fuesen antes por este entendidos.

Al fin de estas once estrofas, que son octavas como la copiada, hai este título:

Lapis philosophorum.

i en seguida viene la obra principal que consta de treinta i cinco divisiones escritas en cifras inintelijibles, cuyas divisiones, a manera de párrafos, llaman octavas Sismondi i el padre Sarmiento; pero sin razon porque constan a veces de diez líneas, otras de nueve, i las hai hasta de nueve i media, i son tan largas esas líneas que no parecen versos de once ni de doce sílabas, sino de muchas mas.

Despues comienza el libro segundo con la octava siguiente:

La obra pasada del Lapis mui pura,
A tan infinita es en multiplicar
Ca nunca se arredra de dar y mas dar;
Es á semejanza de la lobadura;
Mas si vos queredes de otra fechura
Los cuatro elementos veer apartados,
Catad como sigue en versos trovados,
Ca es de facer mas breve y segura.

i siguen veinte i siete estrofas en cifras, lo mismo que las anteriores, en las cuales sin duda se esplica un modo mas fácil que el

anterior para hacer el oro, i despues hai esta nota:

SEA ALABADO DIOS

Fecho fue este libro en el año de nuestra salud

M.CC.LXX.II.

Ultimamente concluye con tres octavas de distinto metro del de las anteriores, despues de las cuales se halla la clave para entender las cifras, pero presenta la misma dificultad que estas, de suerte que nadie ha podido sacar su verdadero sentido.

Bouterweck habla de este gran sábio así: «Este hombre estraordinario para el siglo en que vivia, quiso tambien merecer el título de poeta; pero no puede decirse que compuso ninguna obra verdaderamente poética, pues en ellas mismas se advierte que su principal objeto fué poner en verso todo el caudal de conocimientos que poseia. No faltan a las producciones de D. Alonso, armonía, correccion, ni fuerza, pero no se descubre en todas ellas el mas lijero rasgo de verdadera poesia; asi es que no colocamos a este rei al frente de los poetas castellanos por el mérito de sus obras, sino porque tal

vez, sin ser poeta, contribuyó poderosamente a los progresos de la poesia, tanto por el empeño con que trabajó en la perfeccion de la lengua castellana, como por la feliz emulacion que necesariamente debia escitar el ejemplo de un monarca que por su grande reputacion de sábio era la gloria de sus reinos.»

Es algo errado este juicio, en cuanto dice que en las obras poéticas de este ilustre sábio, no se descubre el mas lijero rasgo de verdadera poesia. Pudiera esto concederse en cierto modo con respecto al libro del Tesoro, pero no tanto por lo que toca a su libro de las Querellas, escrito para quejarse de su hijo D. Sancho i de los demas que con él se habian rebelado para deponerle del trono, pues en esta obra pinta mui bien el rei poeta los sentimientos que naturalmente debia abrigar en aquellas circunstancias.

El padre Sarmiento espone que D. Alonso escribió la mayor parte de sus coplas en idioma gallego; pero este es un equívoco, porque es constante que solo usó de aquel idioma en sus *Cántigas* en honor de la Vírjen Maria.

V.

En el mismo siglo XIII, comenzó a usarse otro jénero de poesía, llamado *Romance*, peculiar a los españoles i en que se manifiesta en toda su fuerza el carácter nacional.

Por su flexibilidad i soltura lo destinaron para mantener en la memoria las hazañas de sus grandes héroes, tales como las de Bernardo del Carpio i con preferencia las del Cid. Pero sus autores, por dar mayor novedad a estos *Romances históricos*, abultaron i desfiguraron de tal manera los hechos de los héroes que alababan, que hicieron verdaderamente fabulosas sus historias.

Como estas composiciones se destinaban al canto, i no hubo por mucho tiempo otro modo de perpetuarlas, que el de encomendarlas a la memoria, es probable que las que se nos conservan por las dilijencias de algunos colectores del siglo XVI, no se mantengan en el orijinal lenguaje que fueron escritas.

En este jénero de poesia indíjena del

suelo español, en que sus autores imitaron en gran parte a los *troveres* franceses, campean juntamente con lo interesante, heróico i terrible, lo sencillo, tierno i noble, no obstante el atraso en las costumbres i educacion de aquellos tiempos. Cópiase aquí este en que el Cid hace jurar al rei Alfonso VI acerca del asesinato del rei D. Sancho cometido a traicion junto al muro, en el cerco de Zamora.

Fizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solene juro
Delante de muchos grandes
Que si hallaron en Burgos.
Mandó que con él viniessen
Doze caballeros juntos,
Para que con él jurassen
Cada cual, uno por uno,
Por la muerte de su rey
Que le mataron seguro,
En el cerco de Zamora
A traycion, junto del muro.
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse de su escaño,
El Cid y aquesto propuso:
Por aquesta santa casa
Donde estamos en de aguso;

Que fabledes la verdad
De aquesto que aqui os pregunto:
Si fuystes vos, rey, la causa
O de los vuestros alguno
En la muerte de D. Sancho
Tengays la muerte que tuvo.
Todos responden, amen:
Mas el rey quedó còn fuso;
Pero por cumplir el voto
Respondió lo mismo, juro,
Y con la rodilla en tierra
Por fazer su cortes uso,
El Cid delante del rey
Asi le fabló sañudo.
Si ayer no os besé la mano
Sabed, rey, que non me plugo,
Y si ahora os la besaré,
Será de mi grado y gusto.
Aquesto que aquí he fablado
No ha fecho agravio á ninguno,
Porque lo devo a D. Sancho
Como buen vassallo suyo.
Pero si no lo fiziera
Quedára yo por injusto
Y no por buen caballero
Me tuvieran en el mundo.
Y si ha parecido mal
A los de vuesso consulto,
En el campo los aguardo
Con mi espada y lanza en puño.

No se pueden clasificar en un órden cronolójico estos romances del siglo XIII porque ni se sabe el nombre de la mayor parte de sus autores, ni se tiene noticia de las fechas con que fueron escritos. Sin embargo el aleman Herder creyó formar una biografía completa del Cid Rui Diaz, colocando en su coleccion estos romances segun las hazañas que refieren. Esta coleccion se compone de setenta romances, i su colector los ha traducido al aleman en la misma medida i con bastante exactitud, segun Sismondi.

VI.

Uno de los trovadores de mas nota que floreció en aquel siglo, pero que casi no pertenece a la literatura española, por haber escrito sus bellas trovas en lemosino, es Mosen Jordi; quien merece llamar nuestra atencion por la siguiente particularidad.

Pedro Anton Beuter en su dedicatoria de la *Crónica jeneral de toda España, y principalmente de Valencia*, prueba que el Petrar-

ca tomó por modelo en sus composiciones a este trovador: ¿Quién no sabe, dice, que el Francisco de Petrarca fué el segundo poeta que despues del Dante puso la poesía en lindos i elegantes versos vulgares, i dió principio de sonetos i de tantas rimas sectiles, ternas i de otros números en Italia? ¿Quién no lo tiene a este por padre de estas trovas en el mundo? Pues quiero que sepan que como el Virgilio hurtó de Homero i Hesiodo i otros griegos, segun Aulio Gelio i Macobio largamente tratan, asi el Petrarca se aprovechó i hurtó de las obras de un nuestro caballero Valenciano, que fué casi 100 años primero que el Petrarca escribiese, i usó sonetos i sectiles, i terceroles en nuestra lengua valenciana lemosina; i aunque pudiere poner aqui muchas pruebas de esto que escribió, tengo que bastará lo que aquí quiero poner, porque se sepa la verdad del negocio con este ejemplo:

Dice Petrarca

Pace non trovo, e non hò da far guerra;
e' volo sopra'l ciel, e giaccio in terra;

e nulla stringo, e tutto 'l mondo abraccio
ed hò in odio me stesso, ed amo altrui,
Se amor non è, che dumque è quel ch'io sento? (1).

Dice Mosen Jordi, Caballero:

E non he pace, é non tinch quim guarroig
vol sobrel cel, é non movi de terra
e non estrench res, et tot lo mon abras
hay he de mi, é vull altri granbe,
sino amor, dons aço que será?

....«El Petrarca en el año del Señor 1827 se enamoró de una dama Laura i comenzó a escribir sus trovas. Y hallándose en Gascuña con el Obispo de Lumbierri D. Jaime Colona, en tiempo del Papa Juan XXIII, como estuviese a las raices de los Pirineos, segun se comprende de los comentarios de Alejandro Vellutello, escribiendo la vida del Petrarca, pudo haber las trovas de nuestro caballero Valenciano, que ya entonces estaban divulgadas por Cataluña, etc...»

(1) No encuentro paz, i no hé de hacer la guerra;
Al cielo vuelo i permanezco en tierra.
No tengo nada i todo el mundo abrazo
Me incendio en ódio propio i amo a otro,
Si no es amor, qué es, pues, lo que yo siento.

VII.

Durante los siglos XIV i XV la España se ve mas combatida que nunca por contínuas turbulencias políticas. Cinco reinos cristianos se empeñaban tanto en sostener su existencia vacilante por diversas revoluciones, como en sacudir el yugo de los moros, i los repetidos ataques con estos solo dejaban lugar a los hombres para señalarse por sus hazañas caballerescas en el campo del honor, i no para cultivar la literatura que casi estaba encomendada al olvido.

No obstante, el reinado de Alonso XI parece que estaba destinado para dar principio a aquella memorable época en que se hermanaron las ciencias con las armas. Este príncipe que reinaba casi a mediados del siglo XIV se empeñó, asi como D. Alonso el Sábio, no solo en merecer el título de protector de las letras, sino tambien el de escritor distinguido en su lengua. Compuso una Crónica jeneral en redondillas, que desgraciadamente no se conserva, o a lo menos

existe ignorada (1); i ademas otras obras que si no adelantaron las ciencias contribuyeron en gran parte a dar mas lustre i vigor a nuestra lengua.

El príncipe D. Juan Manuel, descendiente de San Fernando, que sirvió con fidelidad a este celoso Monarca, i que fué nombrado por él gobernador de la frontera de Granada, juntó tambien a la gloria de haber sostenido la guerra por espacio de veinte años contra los moros granadinos, la de haber cultivado con distincion la literatura, i la de ser uno de los primeros sábios de su siglo.

Dejó escritas en castellano varias obras, pero la principal, i quizás uno de los primeros trozos de literatura castellana que conservamos del siglo XIV, es su *Conde Lucanor*, en que quiso dar lecciones de política i moral bajo la forma del apólogo. El Conde Lucanor es un hombre que siempre necesita de su ministro Patronio para que le

(1) Argote de Molina, en su *Nobleza de Andalucia* insertó una crónica que consta de trescientas i tantas coplas, i la atribuye a D. Alonso XI, pero Sanchez prueba con fundadas razones que no es la de este rei i solo la inserta como anterior al siglo XV, en su Coleccion.

aconseje sobre moral o política, i los consejos que este le da son siempre un cuento referido con bastante gracia i sencillez. En la obra hai cuarenta i nueve de estos cuentos, i su moral está reducida a dos versos que no siempre son de un mismo metro, pero rimados, por ejemplo:

Si algun bien fizieres, que chico azas fuere,
Fazlo granado; que el bien nunca muere.

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, fué tambien contemporáneo de este príncipe i compuso sus poesías por los años de 1343. Sus obras en lo jeneral son verdaderamente poéticas, i siguiendo a Sanchez podemos llamarle el primer poeta castellano conocido, i el único de la antigüedad que puede competir en su jénero con los mejores de la Europa, i acaso no inferior a los mejores de los latinos.

Los poetas que existieron hasta su tiempo usaron mui poca variedad de metros i casi todos el duro alejandrino; pero el Arcipreste fijó nueva época a la poesía castellana, tanto por la variedad de metros en que

ejercitó su injenio, como por la invencion, pureza de su estilo, i agudeza i gracia de su sátira. Martinez de la Rosa, en las notas a su *Arte-poético*, habla del Arcipreste de este modo: «....No carecia de ninguna de las cualidades que deben adornar al poeta satírico: invencion, agudeza, desenvoltura, donaire, todo lo poseía en altísimo grado; véase cómo celebra el poder del dinero:

Mucho fas el dinero et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno et amen de prestar,
Fase correr al cojo et al mudo fabrar;
El que no tiene manos, dineros quiere tomar.
Sea un ome neccio et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo é sabidor;
Cuanto mas algo tiene, tanto es de mas valor;
El que non ha dineros, non es de sí señor.
Si tuvieres dineros, habras consolacion,
Placer é alegria é del Papa racion,
Comprarás paraiso, ganarás salvacion;
Do son muchos dineros, es mucha bendicion.
Yo vi en corte de Roma, do es la santidat,
Que todos al dinero fasen grand homildat;
Grand honra le fasian con gran solemnidad;
Todos ante él se homillan como á la magestad
.....
El dinero quebranta las cadenas dañosas,

Tira cepos ó grillos et cadenas plagosas;
El que no tiene dineros, échanle las posas:
Por todo el mundo fase cosas maravillosas.
Yo vi fer maravilla do él mucho usaba
Muchos merecian muerte que la vida les daba;
Otros eran sin culpa et luego los mataba;
Muchas almas perdia et muchas salvaba.

.....

Toda mujer del mundo et dueña de altesa
Pagase del dinero et de mucha riquesa;
Yo nunca vi fermosa que quisiere poblesa;
Do son muchos dineros, y es mucha noblesa.
El dinero es alcalde et juez mucho leado,
Este es consejero et sotil abogado,
Alguacil et merino bien arlit esforzado
De todos los oficios es mui apoderado.
En suma te lo digo, tomalo tu mejor,
El dinero del mundo es grand revolvedor
Señor fase del siervo, de señor servidor;
Toda cosa del sigro se fase por su amor."

«Al contemplar el injenio vivo del Arcipreste, luchando con el embarazo de una lengua torpe, i de una versificacion pesada, nos parece que vemos a un hombre ájil que se esfuerza por correr arrastrando una vestidura larguísima; pero a veces la indignacion aumenta las fuerzas del poeta, i entonces no hai obstáculo que le detenga: ¿quién

pudiera espresar un pensamiento profundo con tanta rapidez i vehemencia?

"Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derríbanse los muros,
Caen las torres altas, alzanse pesos duros;
Por arte juran muchos, por arte son perjuros."

Otro poeta de ese tiempo es Pedro Lopez de Ayala, gran Canciller de Castilla, que nació en Murcia el año de 1332, i compuso sus poesías por los años de 1398 a 1404. Fué el primero que tradujo al castellano a Tito Libio, i de sus poesías la mas digna de atencion es su Libro de Palacio, que escribió estando preso, para hacer odioso a los ojos de los españoles a D. Pedro el Cruel, a cuyo servicio estuvo hasta que abrazó el partido de D. Enrique, hermano del tirano de la España.

En este libro instruye a los príncipes i grandes en el arte de gobernar a los pueblos, i pinta con este objeto los vicios i defectos de las varias clases del estado, pero con demasiada claridad.

La obra está escrita en versos de once hasta de diez i seis sílabas, a veces pareados

i a veces con el consonante alternado. Citaré algunas de sus coplas para que se conozca mas o menos su manera de escribir.

Habla de los letrados.

Si quisiers parar mientes como paran los Dotores,
Magüer han muchas sçiençia muchos caen en errores.
Ca en el dinero tienen sus mas finos amores,
El alma han olvidado, della han pocos dolores.
Si quisiers sobre un pleyto d' ellos aver consejo,
Pónense solemnmente luego abaxan el cejo:
Dis: grant question es esta, grant trabajo sobejo:
El pleyto será luengo, ca atañe á to el consejo.
Yo pienso que pogria aquí algo ayudar
Tomando grant trabajo mis libros estudiar;
Mas todos mis negocios me conviene á dexar,
E solamente en aqueste vuestro pleyto estudiar.
Finca pobre el cuitado é el bachiller se va;
Sino es nescio ó pataco mas nunca 'l perderá;
Asy pasa, mal pecado, é pasó é pasará,
Quien me creer quisiere de tal se guardará, etc.

Don Tomas Antonio Sanchez que se propuso publicar las poesias de Lopez de Ayala en el tomo 5.º de su coleccion, i que aun no ha salido a luz, habla de este poeta, en la introduccion de su obra, de la manera si-

guiente: «El estilo de este poeta es algo pesado como lo era por lo comun el que se usaba en su tiempo. Es semejante al del Arcipreste de Hita a quien imita mucho en sus Cantares..... Ayala manifiesta mucha doctrina en sus poesias, i siendo estas muchas, i el objeto de aquellos tiempos, por lo comun, asuntos amatorios, en ninguna de todas sus coplas se mezcla el amor profano. Finalmente Ayala habla como un verdadero místico que conoce el mundo i sus engaños, i las artes de los palaciegos i las reprende con juicio de hombre esperimentado, i que se hallaba al parecer en edad avanzada.

Existe tambien del siglo XIV la Crónica del conde Hernan Gonzalez, mas no se sabe quién sea su autor. Su asunto son los hechos fabulosos de este Conde, i está escrito en un estilo pesado i casi inculto. Principia desde la invasion de los Godos en España hasta la guerra del Conde D. Garcia de Navarra por los años de 956 a 957; i los versos en que está compuesta son alejandrinos de once hasta quince sílabas.

Tambien se conservan de este siglo varias canciones en idioma lemosino compues-

tas por D. Pedro IV, el Ceremonioso, rei de Aragon.

En estos tiempos apareció un romance titulado el Amadis de Gaula compuesto segun Sismondi, por el portugues Vasco Lobeira. Es una imitacion completa de los romances caballerescos de Francia, que en el siglo anterior habian adquirido tanta fama en la Europa entera, e influido tanto en la literatura. I aun hai muchos que aseguran ser el Amadis de Gaula la traduccion de uno de estos romances.

Sin embargo, la celebridad que tuvo esta composicion en toda España, i sus muchos imitadores a pesar de las incorrecciones i deformes errores de jeografía e historia, en que abunda; i el gusto que se difundió por traducir los romances caballerescos franceses, dieron a la poesia castellana otro jiro mas galano i airoso, en que no se divisan aquella enerjía e interés que caracterizan los primeros romances históricos; pero la sencillez i principalmente una delicada sensibilidad es lo que resalta en este jénero de poesia en que tanto se han distinguido los españoles. En él se cantaron las proezas i amores de

los principales Árabes, se celebraron las guerras de los Zegries i Abencerrajes, i se abultaron las historias de Bernardo del Carpio, el Cid i otros españoles célebres.

VIII.

Una de las épocas mas brillantes de la literatura castellana es la del reinado de Juan II. Mientras este príncipe estuvo en el trono se vió la monarquía castellana casi sin viso de poder i espuesta a sucumbir para siempre por causa de las turbulencias políticas; pero su amor por la literatura i la gran proteccion que dispensaba a las letras, le granjearon muchos adictos que eran por otra parte temibles i respetables en su reino. Luego se vió formada una córte de grandes señores poetas i guerreros al mismo tiempo, precedida por el sábio pero débil Monarca de Castilla.

Estos grandes hombres, que se dedicaron con preferencia a la poesia lírica, eran amantes de lo alegórico, de lo sutil i de lo difícil; i sin embargo de su mal gusto, aparecen en sus escritos, como por inspiracion, rasgos bellísimos.

Poco antes que se formase esta córte o sociedad de poetas, se habia hecho célebre entre los castellanos el marques de Villena, tanto por el empeño que tomaba en que se cultivase la poesia, como por su talento poético i suma instruccion en las ciencias naturales. Con el objeto de adelantar la poesia compuso una especie de poética bajo el título de *Gaya Sciencia*, cuya obra se conserva. Ademas escribió una comedia alegórica i tradujo la *Eneida* de Virjilio, siendo su traduccion la primera que se ha hecho en las lenguas vulgares. Tradujo tambien en prosa la *Divina Comedia* del Dante. Era, pues, este poeta el que aparecia al frente de los de la córte de Juan II, i lo que mas le honra es el haber tenido por discípulo al marqués de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, uno de los primeros señores i mas grandes poetas de la misma córte.

Este ilustre castellano nació el 19 de agosto de 1398 i murió el 25 de marzo de 1458; se hizo célebre por la pureza de sus costumbres i por sus virtudes políticas i militares, que al mismo tiempo le granjearon el respeto i la amistad de Juan II.

En medio de las revoluciones que ajitaban la Castilla, i sin desatender a señalarse como buen guerrero en las batallas contra los moros, el marques de Santillana escribió varios poemas aunque cortos pero llenos de fuego i de galantería. Compuso muchas piezas sueltas e hizo sonetos imitando a los italianos primero que Boscan. Se conserva tambien de él una carta escrita a un príncipe de Portugal, que contiene una historia compendiada de los antiguos poetas españoles. En todas sus obras hace alarde de su mucha erudicion, i por lo jeneral es pedante, pero quizá este era el mérito principal de sus obras en aquel tiempo, en que su maestro el marques de Villena acababa de dar como regla necesaria el unir la erudicion al talento poético, tiempo en que ya se iba estendiendo este mal gusto por la España. Su versificacion es una de las mas dul-

ces i armoniosas. Véase, por ejemplo, esta tierna

Elejía amatoria.

Ya la gran noche pasaba
E la luna se escondia,
La clara lumbre del dia
Radïante se mostraba.
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos apena
Oi triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba:
"Amor cruel é brioso
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso."
Desperté como espantado,
E mire donde sonaba
El que de amor se quejaba,
Bien como damificado;
Vi un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
E cantaba tal endecha
Con semblante atribulado:
De ledo que era, triste
¡Ay amor! tu me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste.
Pregunté: ¿por qué facedes,
Señor, tan esquivo duelo;
O si puede haber consuelo

La cuita que padecedes?
Respondióme: non curedes,
Señor, de me consolar,
Ca mi vida es querellar
Cantando asi como vedes:
Pues me falleció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura
Mas por siempre entristecer.
Díjele: segun parece,
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos deja,
E de vos no se adolece.
Respondióme: quien padesce
Cruel pago por amor,
Tal cancion debe cantar
Jamas, pues, le pertenece
.....
Díjele: non vos quejedes
Que non soys vos el primero,
Nin sereis el postrimero,
Que sabe del mal que habedes.
Respondióme: fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamas en cuanto viva,
Cantaré segun veredes.
¿No puede ser al sabido,
Repliqué, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Por que ansi fuistes ferido?

Respondió: trueque y olvido
Me fueron ansi ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido.

.....

Su cantar ya no sonaba
Segun antes, nin se oia
Mas manifiesto se via
Que la muerte le aquejaba;
Pero jamas non cesaba,
Nin cesó con gran quebranto
Este dolorido canto
A la sazon que espiraba:
Pero te sirvo sin arte,
¡Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mi nunca se parte.
Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
E no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere.

Esceptuando uno que otro pasaje oscuro que se encuentra en esta bella composicion, tenemos que admirar la fluidez armoniosa de la versificacion, y la naturalidad para espresar afectos tan tiernos como en ella se pintan. Estas son casi jeneralmente las prendas que distinguen a este literato en todas sus composiciones sueltas.

IX.

Floreció tambien en esta memorable época el poeta Juan de Mena, llamado el Ennio Español. Nació en Córdoba el año de 1412 i murió en Guadalajara el de 1456. Fué uno de los sábios mas favorecidos por Juan II, i gozó de tanto crédito en aquel tiempo que fué tenido por el primer poeta de su siglo.

Su obra mas celebrada es el *Laberinto*, llamado tambien *Las trescientas*, por componerse de trescientas estancias. Es esta obra un poema alegórico, histórico i didáctico, escrito en versos de arte mayor en que imita las alegorias del Dante, cuyas obras tuvo ocasion de conocer cuando estuvo en Roma. Se supone el poema abandonado, i despues acojido por una hermosa mujer que es la Providencia, la cual lo trasporta a otra parte i le pone a la vista las tres ruedas de la fortuna, que representan lo pasado, lo presente i lo futuro, i le hace ver la influencia de los siete planetas; de aqui procede Juan de Mena a hablar de los grandes

hombres de su tiempo, i a caracterizarlos segun las cosas que tiene presentes en aquel misterioso gabinete de la providencia, haciendo sus retratos, pero con una pedanteria insufrible. En el estilo i en la versificacion hai mucho artificio, i su carácter principal es la dureza, pues carece de delicadeza i gracia; a veces es valentísimo, pero por lo jeneral mui frio por la falta de medida en sus versos.

Quintana dice de este sábio que, «la lengua en sus manos es un esclavo que tiene que obedecer i seguir de grado o fuerza el impulso que le dá el poeta.» Mas para que se conozca poco mas o menos la versificacion de este célebre español, véase esta composicion en que espone los

Lamentos de una madre sobre el cadáver de su hijo.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste, despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento, tendido
De aquel que criára con tanto desvelo.
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud

Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con sus uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca,
Besando á su hijo la su fria boca,
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra de se comensara,
Busca con ira crueles querellas,
Y tal como muerto viviendo separa
Decia llorando con lengua rabiosa:
"O matador de mi hijo cruel,
Matáras a mí, dejáras a él,
Que fuera enemigo no tan porfiosa:
Fuera á la madre mui mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo
Ni triste dejáras á mi querellosa.

Si antes de la muerte me fuera ya dado,
Cerrar á mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos
E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré asi muchas desventurada
Que solo podré lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradecidas
Magüer que lloradas por madre cuitada.

Se dice que Juan de Mena habia comenzado ademas otro poema titulado: *Tratado de vicios i virtudes*, pero que dejó inconcluso.

ENSAYOS

DE

NOVELA HISTORICA.

EL MENDIGO.

I.

No ha muchos años, en una tarde de octubre, me paseaba sobre el malecon del Mapocho, gozando la vista del sin número de paisajes bellos que en aquellos sitios se presentan. La naturaleza en nuestra primavera ostenta con profusion todos sus primores, i parece que desarrolla ante nuestros ojos su magnífico panorama, con la complacencia de una madre tierna que presenta sonriéndose un dijecillo al hijo de su amor,

El Mapocho ofrece en sus márjenes mil delicias que le hacen recordar a uno con pena aquellas bellas ilusiones que se forma en sus primeros amores: aquí aparece el aspecto duro i melancólico de una ciudad envejecida, cuyos edificios ruinosos están al desplomarse; a lo lejos, una confusa aglomeracion de edificios lucidos, de torres esbeltas i elegantes, i el puente grande del rio que se ostenta majestuosa i soberbiamente sentado sobre sus formidables columnas; allí, multitud de grupos de árboles floridos, que a veces se confunden con los lijeros i blancos vapores que se elevan de las aguas; allá interminables corridas de álamos de color de esmeralda cortadas a trechos por el lánguido sauce i por otros arbolillos que contrastan sus matices verdinegros con el triste amarillo del techo de las chozas. De entre las densas arboledas se ven salir en direcciones curbas i varias las columnas del humo del hogar; los niños triscan en inocente algazara sobre las arenas del cauce, el pastor desciende con su blanco rebaño por las laderas del San Cristóbal i se pierde de repente tras de las peñas o arbustos que se encuen-

tran al paso; i en medio de estas rústicas escenas, se oye la armonía universal de la naturaleza que se despide de la luz del dia, i se confunde a la distancia con el sordo bullicio de la ciudad. ¡Oh encantos del Mapocho! ¡Cuántes veces habeis henchido mi pecho del regocijo mas puro! ¡Cuántas veces habeis ahuyentado de mi corazon penas acerbas! Yo derramaria lágrimas de ternura, si estando separado de mi patria, me asaltara el recuerdo de esas escenas de simple rusticidad en el centro de la cultura de un pueblo!

El sol comenzaba a ocultarse en las colinas de occidente, dibujando en el azulado fondo del cielo diversos copos de luciente nacar, tiñendo de un suave color de rosa las nubecillas que flotaban sobre las faldas de los Andes, i dorando el manto de nieve con que se cubren estos jigantes del mundo, de modo que los hacia aparecer como montañas de oro macizo puestas allí para sustentar el firmamento con sus encumbradas cimas. El aura de la tarde era fresca i aromática, yo dejaba flotar a su impulso mis cabellos i permanecia reclinado sobre la

muralla, mirando las corrientes del rio: ellas se llevaban consigo mis pensamientos i mi vista, i se precipitaban bulliciosas hasta estrellarse en esas ruinas adustas que ha dejado en su paso el antiguo tajamar, i que hoi inmóviles i silenciosas desafían su embate i las desprecian. Pero aquel momento de delicias en que todo lo sentia, sin pensar en nada, fué mui corto para mí; un hombre se puso a mi lado sin pronunciar una sola palabra i me sacó de mi ensueño: era de grande estatura, aspecto grave, semblante apacible i melancólico, su barba era larga i blanquizca, sus ojos humildes i hermosos. Vestia una manta larga i gruesa, calzon azul i media de lana blanca, i en su mano derecha tenia un sombrero de paja burda, en actitud de respeto. Al instante reconocí al misterioso mendigo que recorria todas las tardes aquellos sitios implorando la caridad de los transeuntes, sin desplegar los lábios; no habrá en Santiago quien no le recuerde: apenas hará cinco años que ha desaparecido. Ese hombre atraia poderosamente mi atencion: siempre habia procurado con algunos amigos saber quién era, pero nunca habíamos

logrado oirle mas que monosílabos. Entonces traté de trabar con él una conversacion; le dí una moneda i nos cruzamos estas palabras:

—¿Me conoce V. a mí, buen hombre!

—Si señor, V. siempre me ha hecho bien, me respondió con voz apagada.

—¿Sabe V. cómo me llamo?

—Nó.

—¿Y su nombre de V., dígamelo, mire que siento ardientes deseos de saber quién es V., de saber algo sobre su vida. Vamos, hable V.

Despues de un silencio, durante el cual ví en su rostro cierto aire de ternura, me dijo:

—Soi un antiguo soldado de la patria, me llamo Albaro de Aguirre; i bajó al suelo sus ojos guarnecidos de una blanca i larga pestaña.

Yo continué haciéndole varias preguntas mas i él contestándomelas a medias. Luego que supo por mi nombre quién era mi padre, esclamó: ¡Buen señor, siempre me dá limosna: estuvimos juntos en el sitio de Rancagua, en una misma trinchera, él era

paisano i peleaba como nosotros! Estas frases pronunciadas con cierto aire de nobleza, me hicieron palpitar el corazon i traté de hacerle conocer el interes que me inspiraba su desgracia, le prometí amistad i conseguí al fin de muchas súplicas que me dijera algo sobre su vida. Marchamos juntos hasta la penúltima pirámide; en su base tomó asiento el mendigo i yo permanecí en pié. La luna principiaba a rayar sobre los Andes, i su luz rielaba sobre las lijeras i bulliciosas aguas del rio, figurando en ellas una prolongada cinta de plata extendida en desórden sobre la arena; todo estaba en calma. El aspecto del mendigo me inspiró veneracion i me causó mil ilusiones misteriosas, que pasaron por mi mente con la lijereza de la brisa que lamia el encumbrado follaje de los álamos. Su voz me sacó de mi escitacion, pero no era ya la voz apagada del que sufre, sino firme i sonora, como la del hombre que revela hondos arcanos. Principió conmigo una conversacion, la mas interesante que he tenido en mi vida: la rapidez de su narracion i de su lenguaje, me reveló desde luego que no tenia en mi presencia a un

hombre comun. A cuantas preguntas le dirijia, me respondia entonces con desembarazo i con firmeza; de modo que llegué a creer que aquel era un mendigo supuesto, un personaje mui diferente del personaje que representaba, i me persuadí que por alguna de aquellas anomalías, tan frecuentes en el mundo, habria llegado este hombre a habituarse a permanecer en una situacion tan despreciable como era la en que se encontraba. Pero esta persuasion me duró poco tiempo, porque luego ví que eran mui naturales i aun comunes los accidentes que le habian precipitado en la desgracia. Voi a tratar de trazar aquí la historia de su vida con el mismo aire i animacion con que él me la refirió, omitiendo detalles, i en frases cortadas como él lo hacia.

II.

«Yo nací en la Serena, dijo, i mi nacimiento causó la muerte de la que me dió la vida; mi padre, que era uno de los comer-

ciantes de mas crédito en aquel pueblo, cuidó esmeradamente de mis primeros años, i me educó sin perdonar sacrificios. Ya habia salido de mi infancia, ya principiaba a sombrearme la barba, cuando me entregó a un amigo suyo, rico mercader de Lima, para que me llevase consigo i me comunicase sus luces i su esperiencia. Yo partí lleno de angustias: el corazon me presajiaba entonces un porvenir de lágrimas i de sangre. ¡Ah! jamás olvidaré el aspecto de mi padre en aquel instante! El anciano desgraciado lloraba como un niño, me estrechaba sobre su pecho i me acariciaba con ternura, dándome consejos i protestándome que me separaba de su lado solo porque deseaba mi felicidad! ¡Padre querido! mil veces te he llorado como ahora i jamás he podido hallar consuelo!.....» El mendigo ocultó sollozando su rostro entre sus manos, i despues de un suspiro profundo, continuó: «Ocho años hacia que yo estaba en Lima, cuando supe que mi padre habia muerto, agoviado de pesares a causa del mal estado de sus negocios; sus acreedores se habian repartido de los efectos de su comercio para pagarse; el

entierro de su cadáver se hizo de caridad; no tuvo un deudo, un amigo que derramase una lágrima tan solo sobre su sepulcro! ¡Ah! yo debiera haber partido entonces a mi pueblo! pero mil esperanzas vanas me encadenaron en Lima, i me decidí a permanecer allí para siempre. El mercader a quien mi padre me habia encomendado habia muerto tambien, i yo continuaba con su hijo malbaratando el caudal que aquel hombre honrado le formó con tantos sacrificios: ambos éramos de una edad, i sin guia, solos en aquella Cápua de la América, nos habíamos lanzado a la disipacion. Nuestros negocios se encontraban en el peor estado, no teníamos crédito, ni avanzábamos en el comercio: un dia de aquellos en que el demonio se apodera del alma para arrancarle la razon i precipitar al hombre en el vicio, mi amigo, Alonso, tomó el dinero que habia en cajas i nos encaminamos a casa de su querida, en donde se juntaban de ordinario varios hombres perdidos. Serian las seis de la tarde, en invierno, entramos en silencio hasta una pieza oscura, sin sentir el menor movimiento en toda la habitacion, i no bien

habíamos puesto en ella el pié, cuando sentimos palpitante el estallido de un beso, lleno de amor, i luego un prolongado suspiro: pedimos luces i al momento sentí que se acercó a mi amigo su querida llenándole de caricias. Al iluminarse la sala, vimos reclinado sobre un canapé a un militar español que en la noche anterior nos habia ganado allí mismo veinte mil duros. Se levantó estregándose las manos i diciéndonos: vienen Vdes. a continuar la partida? i nosotros no le respondimos palabra. Alonso, que estaba con sus facciones contraidas, se dirijió a él en silencio, como a exijirle una esplicacion, pero a la sazon entraron varios con las mujeres que formaban el embeleso de aquella tertulia. El juego, el ponche i la corrupcion dieron principio; las horas comenzaron a pasar lijeras para todos, pero lentas para mí; mui tarde era ya, las luces ardian en candiles i a su opaco resplandor continuaban los jugadores su tarea con mas ardor: yo estaba fastidiado i dispuesto a retirarme; Alonso habia perdido todo su dinero, el almacen de su comercio, i hasta su reloj, pero permanecia mirando jugar con

su cabeza reclinada sobre el hombro de su querida. Las mujeres no me habian impresionado aquella noche, yo sentia en mi alma una amargura que me desesperaba. En un momento en que la algazara del desórden habia cedido su lugar al cansancio, se acercó a mí un fraile de la buena muerte, que andaba con una guitarra en la mano, i tomando un aire sério, me dijo al oido: «yo no quiero guardar mas un secreto que pesa sobre mi conciencia: sepa V., D. Albaro, que a su amigo le han ganado mal. Su misma adorada ha facilitado al militar los dados falsos.»—Yo me quedé pasmado con esta fatal revelacion, i luego que me serené, con mucha calma me puse junto a la mesa de juego: mi amigo permanecia como he dicho antes, i aquella mujer perversa lo acariciaba todavia, resbalando una mano suavemente por sus barbas. Estaba yo observándola i tratando de descubrir en su semblante la verdad de la revelacion que acababa de hacerme el fraile, i al fijarme en sus ojos apacibles i bellos, llegué a considerarla incapaz de un crímen; pero luego la ví hacer un jesto de intelijencia al militar

i pasarle unos dados, diciéndole:—«toma, estos que son mejores.» No pude contenerme i esclamé: ¡esos dados son falsos señora!..... Si, tiempo há que yo lo sospechaba, grita Alonso, hundiendo al mismo tiempo su puñal con fuerza en el corazon de su traidora amante. El español se levanta furioso i dirije una pistola al pecho de mi amigo, yo se la arrebato, i este le deja muerto en el instante mismo con el puñal que le habia servido para principiar su venganza! En aquel momento terrible, todos altercaban en confuso desórden i gritería, i de tal modo se trabó la riña que la policía se introdujo, aprehendió a varios allí mismo i entre ellos a mi amigo Alonso. Yo me precipité entre la turba i logré ocultarme en una casa vecina que era de un comerciante con quien habia tenido relaciones.

Quince dias, los mas espantosos de toda mi vida, pasé encerrado en un sótano, que tenia su entrada en el cuarto mismo que habitaba mi salvador i corria hácia una callejuela de la ciudad, por donde habia mucho tráfico. La oscuridad de aquel sitio inmundo no me dejaba ver siquiera mi pro-

pio cuerpo, la humedad trababa mis miembros i penetraba hasta mis huesos, la fetidez me hacia desesperar i correr frenético los ángulos de aquella prision en busca de aire puro que respirar! Desde ahí percibia yo el bullicio de la calle i hasta las conversaciones de los transeuntes: un dia sentí gran tropel, voces i gritos confusos; oia tocar la agonía en una iglesia próxima, i de cuando en cuando una lúgubre campanilla precedia el grito de alguien que pedia limosna para un ajusticiado. ¡Este era Alonso, sí, mi amigo Alonso, que ese dia fué arrastrado a un banco, por la piedad del virei, que le habia conmutado la pena de horca a que fué condenado por los jueces. La misma sentencia recayó sobre mí....!

El que me habia salvado la vida completó su favor, haciéndome salir con precaucion para el Alto Perú. Dos años vagué por pueblos estraños, procurándome la subsistencia, unas veces de limosna i otras soportando los trabajos mas duros para comer un pan de afrecho humedecido con mis lágrimas! Atravesé al fin las cordilleras, i despues de un sin número de sacrificios i de

privaciones llegué a la Serena, a mi patria! Entonces desperté como de un letargo, me sentí estenuado, me ví lleno de andrajos, rodeado de miseria; pero hubiera gritado como un loco, al reconocer las calles de mi pueblo! ¡Hubiera acariciado con delirio a todos los que encontraba al paso, sin embargo de que ellos ni siquiera me echaban una mirada de compasion! Nadie me conocia, la casa que habité en mis primeros años estaba ocupada por jentes estrañas! La primera noche que pasé en aquella ciudad deliciosa no tuve adonde acojerme: estendí mi manta sobre las losas de una de las puertas del templo de Santo Domingo i me dormí arrullado por el estruendo de las olas del mar: tuve sueños de ventura, i me desperté, al rayar el sol, riéndome, como si hubiese sido el hombre mas afortunado del mundo. Pero tenia hambre, estaba cubierto de harapos i era preciso pensar en mi situacion: ya me habia puesto en pié para ir a buscar a donde trabajar, cuando se abrieron las puertas de la iglesia. Entré lleno de veneracion i me arrodillé a oir una misa que principiaba. Mi corazon en aquellos momen-

tos fué todo de Dios, me sentia feliz con acercarme a él a pedirle misericordia i amparo! Al acabar su misa el sacerdote, se volvió al pueblo, i con voz trémula i aire apacible le pidió una oracion implorando el favor de la Vírjen Santísima sobre los desgraciados que acababan de morir en la plaza de Santiago, en defensa del nuevo gobierno que se habia instalado a nombre del rei. Esta noticia que oia por primera vez, llamó sériamente mi atencion. Salí del templo, llevando en mi corazon el placer que se gusta despues de haberse acercado a Dios, pero lleno de curiosidad por lo que habia oido decir al sacerdote. Me acerqué a una pobre anciana, que tambien salia, para hacerle algunas preguntas; quise reconocer sus facciones, llaméla por su nombre i ella me respondió con sorpresa: no pude contenerme, la abrazé i me le dí a conocer. La pobre vieja habia estado al servicio de mi madre, me habia asistido hasta mi partida a Lima. ¡Lloramos juntos en silencio! i cuando pasó nuestra primera ajitacion, me llevó a su casa i me prodigó mil cuidados.

De ella supe cuanto deseaba saber de mi

desgraciado padre, cuya memoria no existía ya sino en uno que otro de los habitantes de aquel pueblo. Supe ademas, que como ocho meses antes de mi llegada, se habia cambiado el gobierno del rei en Santiago, por medio de una revolucion que presajiaba muchos desastres. Algunos dias despues pude presentarme a varias personas, pero todas me desconocieron; i reflexionando entonces que el hombre cuando está sumido en la miseria, solo puede confiarse en sus propias fuerzas, principié a trabajar en lo que se me proporcionaba accidentalmente para ganar mi subsistencia i no hacerme tan oneroso a la pobre vieja que me habia facilitado su hogar i su mesa.

Yo sentía que mi juventud se iba apagando i encontraba en mi corazon un vacío que me hacia la vida insoportable, los recuerdos que asaltaban mi mente eran todos funestos: solo un pensamiento que me habia acompañado en todas mis peregrinaciones me conmovia agradablemente. Pero era una ilusion vaga, como aquellas que le quedan a uno despues de un sueño delicioso, era el recuerdo de un amor inocente i pu-

ro que habia dominado mis primeros años.

Mi padre acostumbraba, cuando yo estaba todavia a su lado, visitar todas las noches a una anciana viuda, con quien le ligaba una amistad de muchos años; la anciana tenia una hija, menor que yo, la cual por su pureza i hermosura parecia un ánjel. Todas las noches nos reuníamos: nuestras conversaciones eran inocentes, nuestros juegos tambien lo eran: a veces advertíamos que los dos ancianos nos fijaban sus ojos con placer i se sonreian, nosotros nos ruborizábamos i quedábamos en silencio. Yo no tenia durante el dia otro pensamiento que el de llevar por la noche algun dije a mi amiguita Lucia, o el de aprender algun cuento para referírselo, porque sentia un profundo placer de verla con sus ojos clavados en mí durante mi narracion, sentia necesidad de que me mirase i de mirarla yo tambien..... El amor habia estrechado nuestros corazones i nosotros lo ignorábamos, no hacíamos mas que sentir sus efectos. Este amor fué el que hizo amarga mi separacion de la Serena, este amor fué el que siempre tuve presente durante mi ausencia, él habia llegado

Después de mi llegada a la Serena, *traté* de tomar noticias acerca de esta linda niña, pero sin descubrir mi corazon, i la vieja

Maria me hizo saber que la antigua amiga de mi padre, al tiempo de morir, habia encomendado su hija i todos sus bienes a un español que era mui conocido en aquel pueblo por la orijinalidad de sus costumbres. Este hombre singular que se llamaba D. Gumesindo Salias, habitaba en una casa aislada al estremo del poniente de la poblacion, a la orilla de la vega que se dilataba hasta la playa: no tenia familia, no se le veia jamas en público, i de los esclavos que le rodeaban, solo uno practicaba las dilijencias que necesitaba en la calle. En esa casa habitaba mi Lucia, i era opinion comun entre todos los de la ciudad que habia enloquecido al poco tiempo despues de muerta su madre, por cuyo motivo jamas se la habia visto por nadie desde aquella época. Un año empleé practicando las mas prolijas dilijencias a fin de ver a mi querida o de saber algunos pormenores mas sobre su suerte, pero nunca pude avanzar mas en mi objeto. Me propuse andar siempre mal traido para no llamar la atencion sobre mí, i tomé la costumbre de dirijirme a la vega, con mi caña de pescar, todas las tardes, apenas ter-

minaba los pocos quehaceres que tenia: me colocaba al pié de las murallas de la casa de D. Gumesindo, i desde ahí estaba en contínuo acecho, i siempre sacando con mi anzuelo los camarones de la vega. Desde aquel sitio, que estaba para mí lleno de encantos, presenciaba la caida del sol en los abismos del mar, sus reflejos iluminaban las aguas de tal modo que parecia que iba a hundirse en una inmensa hoguera, cuyas llamas herian la vista; mientras que el cielo estaba cubierto i matizado de nubes negras i rojas que a veces me arrobaban el alma i me hacian olvidar a la pobre Lucia. De este modo pasaba la tarde i venia la noche a encontrarme en la misma situacion, porque así permanecia horas enteras calculando i buscando modo de conseguir salir de aquella penosa situacion a que me habia reducido mi suerte fatal. Lo único que me sacaba a veces de mis delirios era una voz vaga i suave que entonaba algunos versos al otro lado de la muralla, i que yo alcanzaba a percibir porque esta tenia en lo mas alto unas aberturas largas i angostas cruzadas de dos barras de fierro mui fornidas. Para mí

no habia duda de que aquella era la voz de Lucia, i esta persuasion me daba un consuelo, el mas grande que en aquellas circunstancias podia esperar. Mucho tiempo hacia qué no recibia mi alma este descanso, cuando una tarde oí patentemente que cantaban estos versos:

Aunque me olvidas, te adoro,
i aunque no me das consuelo,
yo lo tengo, porque lloro.

I despues de algunos mas, que no alcancé a percibir sino mui vagamente, oí con mucha claridad estos otros:

No creas que porque sufro,
soi cobarde:
No hai bien que por mal no venga
aunque tarde.

Yo lloraba amargamente al oir estas quejas i me imajinaba ver a Lucia con sus grandes ojos negros cubiertos de lágrimas, sentia que estrechaba mi mano entre las suyas, i mi ilusion llegaba hasta el estremo de persuadirme que hablaba con ella i que la poseia para siempre....!

El fruto principal de mis tareas en un año, habia sido la amistad que me procuré con el negro Luciano, que era el único esclavo de quien D. Gumesindo se confiaba. Principié a agasajarlo i a captarme su cariño, pero era tanto el poder que sobre su corazon tenia el amo, que aun se recelaba para responderme a las preguntas mas insignificantes que yo le hacia acerca del réjimen de la familia. Al fin de muchos trabajos logré de él tener algunas nuevas de Lucia, las que no hicieron mas que avivar mi pasion, pero como yo temia todavia del negro, no me atrevia a tentar su fidelidad. Un dia le encontré en la calle i me dijo que buscaba un carpintero para que acomodase una gran parte que se habia caido del altar del oratorio de su señor, porque el maestro que trabajaba en su casa estaba aquella vez mui enfermo: aprovechando yo la oportunidad, me le ofrecí, i con pocas instancias logré que me diese aquella ganancia. En efecto, busqué algunas herramientas, i aunque no entendia el arte, me atreví a improvisarme carpintero, confiado solo en el amor; i una hora despues estaba en la puerta

de D. Gumesindo a cuya presencia fuí conducido por Luciano. Estaba el español recien levantado de siesta, con el gorro calado hasta la ceja, i sentado en un canapé, en cuyo brazo tenia apoyado el codo de manera que afirmaba su barba sobre la palma de la mano, abrazándose la garganta entre el índice i el pulgar: su aspecto era el de un gato que acecha, pero tenia un ceño terrible. Díjole entre dientes a Luciano que me condujera al oratorio i volviese para tratar. Asi lo hicimos i nos ajustamos por un precio mui bajo, quedando de principiar la obra al otro dia. Me retiré con el sentimiento de no haber visto a nadie mas que a D. Gumesindo en la casa, i llegué a temer que no me seria posible ver a Lucia, i ese era el único objeto de mis esfuerzos. Desde aquel momento no pensé mas que en el modo de dármele a conocer, i al efecto escribí una carta para entregársela al dia siguiente. Un amigo mio, que era un español llamado Laurencio Solis, me sorprendió aquella noche al tiempo de estar trazando en el papel la revelacion de mi amor, i como yo lloraba i escribia a un mismo tiempo, no pude ocul-

tarle mi propósito; a mas de que necesitaba desahogar mi corazon, deseaba tener un amigo que aprobase mis sentimientos, que me auxiliase con su consejo. Desde entonces consideré a Laurencio como un hermano que el cielo me concedia para templar mis amarguras.

Llegó el dia deseado, i al rayar el sol me puse en casa de D. Gumesindo armado con los útiles necesarios para ejecutar la obra i comunicarme con mi querida. Entré temblando a la presencia de este hombre, que entonces me pareció mas terrible que nunca: me dijo sin mirarme i con voz mui entera:

—¿Vienes para el trabajo?

—Si señor.

—Pues bien, si no acabas a las diez, puedes pensar en no hacer nada.

—Acabaré antes, señor.

—¡Eh! qué docil pareces, bribon! ¿de dónde eres tú?

—De Lima, señor.

—¿Mucho tiempo ha que estas en estos lugares?

—No señor.

—Pues bien, no tienes mala pinta, anda al trabajo, me replicó hiriéndome con una mirada que acabó de intimidarme.

Al pasar por el cuarto contiguo al oratorio, que comunicaba con el de D. Gumesindo, ví a Lucia sentada en el estrado i tejiendo randas en un cojinillo pequeño que apoyaba sobre sus rodillas: al verla se me cayeron de la mano los instrumentos, ella levantó sus hermosos ojos, los fijó en mí, el cojinillo rodó por la alfombra i la pobre niña quedó con sus lábios entreabiertos i yerta como si hubiese caido un rayo a sus piés. Un grito terrible de D. Gumesindo, que me decia:—¡Olá, ya principias con torpezas!—, me sacó de mi atolondramiento; tomé las herramientas i seguí mi camino. Dí principio al trabajo, sin saber lo que hacia, porque aun podia divisar desde allí a mi ánjel que no se atrevia a levantar los ojos, sin embargo de que D. Gumesindo estaba en una posicion desde donde no la veia. Despues de un largo rato me puse a aserrar una tabla en frente de ella i entoné un yarabí peruano con los versos

Aunque me olvidas, te adoro,

y aunque no me das consuelo,
yo lo tengo, porque lloro.

La bulla de la sierra no dejaba percibir a D. Gumesindo la letra de mi canto, pero Lucia la entendió al momento, porque la ví mirarme con sus ojos llenos de lágrimas i suspirar con ternura. En aquel momento delicioso fuí mas feliz que lo he sido en toda mi vida, olvidé mis pesares, i en lugar de llorar me reia como un niño. Luego trajeron a D. Gumesindo una gran taza de chocolate, él se desvió un poco de la puerta del oratorio para tomársela al sol, i aprovechando yo aquel momento, saco mi carta i se la tiro a Lucia; ella la recojió i sonriéndose la besó. Vuelvo a aserrar otra tabla i Lucia acercándose a la puerta me dice en una voz suave i dulce:—«Alvaro, yo no sé leer!»

Perdí todas mis esperanzas al oir aquella fatal noticia i llegué a desesperar de mi suerte, pero por fortuna llegó entonces Luciano a avisar a su amo que le buscaba el guardian de San Francisco, i D. Gumesindo se dirijió a recibirle diciendo a su esclavo: «atiende a ese hombre»—El español era tan celoso que nunca dejaba entrar a alma naci-

la a las piezas que comunicaban al segundo patio, donde yo estaba trabajando, i por eso acostumbraba recibir a los que le visitaban, que eran dos a tres personas, en un cuarto que estaba cerca de la calle. A él se encaminó D. Gumesindo para recibir al guardian.

Luciano abusando de su confianza conmigo, se introdujo al oratorio a darme conversacion; yo estaba desesperado i no hallaba medio alguno para retirarle hasta que se me ocurrió decirle que necesitaba fuego para seguir el trabajo, i mientras se apartó para cumplir mi deseo, Lucia se aproximó a la puerta temblando, pálida como si acabara de cometer un gran crímen, nos cruzamos estas palabras en voz baja:

—Lucia, ¿me amas todavia?

—Jamás te olvidé!

—¿Con que no sabes leer? ¿Cómo podremos comunicarnos? tengo muchas cosas que decirte.

—No hallo cómo.

—Díme, estas ventanillas que hai en lo alto de la pared del costado de la casa, ¿a dónde caen?

—A la despensa i al cuarto de una esclava negra, que es la única mujer que hai aquí, i la cual me espía i me maltrata mucho.

—¿Pero no podrias subir por la despensa?

—Sí, porque hai algunos trastos grandes que pueden servir para ello, pero tú no podrás alcanzar por la calle.

—Pierde cuidado, nos veremos esta noche.

—No puedo, mañana sí, a media noche.

—¿Me prometes no faltar, Lucia? Dame tu mano.....!

Me dió un *si* espresivo, i entonces no ví mas, no sentí mas que su linda mano: maquinalmente la estreché a mis lábios, perdí el sentido, la fiebre me abrasaba el corazon i todos mis miembros perdieron su vigor. En ese instante entró Luciano; Lucia estaba ya en su asiento, i yo permanecia aun lánguido i sin accion para moverme ni hablar una sola palabra. Desde luego no traté mas que de concluir la obra para retirarme de aquel sitio en donde un momento antes habria deseado permanecer para siempre: no sé por qué se apoderó de mí una zozobra, una inquietud inesplicable: me parecia que habia sido sorprendido, que me iban a matar

i a privarme de asistir a la cita que acababa de darme mi Lucia. En poco tiempo mas estuve desocupado. D. Gumesindo llegó al oratorio, miró el altar i pasándome el precio de mi trabajo, me dijo: anda con Dios, te has portado..... Al salir nos correspondimos con Lucia una mirada que significaba mas que cuanto habíamos hablado.

De ahí me fuí lijero a buscar a Laurencio, le describí cuanto habia ocurrido, i obtuve su promesa de ayudarme a trepar hasta la ventanilla por donde habíamos de vernos con mi Lucia.

Para omitir detalles, no quiero demorarme en la descripcion de las infinitas citas que tuve con aquel ánjel en lo sucesivo: yo permanecia horas enteras apegado a la ventanilla por donde nos veiamos, pendiente con una mano de la reja i afianzando los pies en una cuerda que me servia para izarme; pero mientras estaba con aquella mujer divina no sentia incomodidad alguna, no veia otra cosa que a ella, no oia mas que sus palabras ni respiraba mas que su aliento. Recíprocamente nos contábamos nuestras desgracias, nos comunicábamos los proyec-

tos que formábamos para salir de tan penoso estado, hablábamos de nuestro amor i nos lisonjeábamos con un porvenir de placer i de ventura: estos coloquios avivaban nuestro fuego, nos consolaban i nos hacian dulces nuestras angustias. La situacion en que ella se encontraba era desesperante: desde la muerte de su madre, jamás habia pisado el dintel de la puerta de calle de la casa de su tutor: este jamás le dirijia una palabra, la forzaba a estar todo el dia sola en un cuarto que le servia de prision, sin ver mas que a unos cuantos esclavos que nunca desplegaban los lábios en su presencia; por la noche se ocupaba en rezar con una vieja, que era su espía i la cual ejecutaba fielmente todas las órdenes de tiranía que le daba D. Gumesindo; se veia en fin precisada hasta de reservarse de su confesor, que era el capellan de la casa, porque sospechaba que procedia de acuerdo con su tutor.

Yo era el hombre mas feliz, porque en medio de la miseria a que me veia reducido me sentia adorado por la única mujer que habia ocupado siempre mi corazon; pero la pobreza me condenaba a no ver realizadas

jamás mis ilusiones. Ella era rica i tampoco podia disponer de sus riquezas: solo podia llorar conmigo nuestra desventura. A veces me asaltaba la desconfianza por su amor, porque no hallaba motivo para que una mujer tan bella i de tantas prendas estimables se fijara en un miserable como yo, que para vivir se veia precisado a trabajar de artesano; en un hombre sin porvenir i condenado por el destino a una perpétua desgracia; pero ella me consolaba con sus caricias i me juraba amarme siempre a pesar de todo. A los ocho meses de mantener esta comunicacion resolvimos fugar de aquel lugar aborrecido i establecernos en otra parte en donde pudiéramos gozar libremente de nuestra union, i reclamar con el tiempo sus propiedades. Combinamos el plan de nuestra fuga, i a mí me pareció bien consultárselo a Laurencio, el cual se interesó tan vivamente en el buen éxito de la empresa que me prometió acompañarme a donde fuera con mi querida.

Este hombre que me inspiraba tanta confianza i con quien tanto simpatizábamos corria entonces la misma suerte que yo; era

pobre i desvalido. Habia llegado a la Serena casi a un tiempo conmigo, pero se ignoraba de dónde i con qué fin: él decia que habia sido comerciante en su pais i que viniendo al Perú con sus negocios, un naufrajio le redujo a la indijencia. Despues veremos la verdad de este relato.

El dia de la Cruz de Mayo de 1813 debia efectuarse nuestra partida a las dos de la mañana, i Lucia habia de salir vestida de hombre por una alta muralla que cerraba por un costado la casa de D. Gumesindo: todo estaba dispuesto, i contábamos entre los preparativos cuatro hermosos caballos, que nos habian costado muchos meses de trabajos a mí i a Laurencio. Amaneció el dia deseado i nosotros estábamos alegres porque no habia obstáculo que no estuviese ya vencido i teníamos la seguridad de no haber sido descubiertos.

Yo ansiaba que llegase el momento i me reputaba mui dichoso, pero pasando por la plaza con el objeto de hacer todavia alguna dilijencia, tres soldados me detuvieron i me llevaron a la presencia del juez, que despues de haber sabido mi nombre i mirádome

mucho, me remitió a la cárcel con la órden de que me colocaran incomunicado i con una barra de grillos. Al instante temblé i obedecí sin replicar, porque no hubo duda para mí de que habia sido descubierto nuestro plan. La desesperacion se apoderó de mi alma de tal modo que si el carcelero no me hubiera quitado un puñal que llevaba conmigo, me habria dado la muerte en aquel instante mismo. Pero luego quedé en calma i en una especie de embrutecimiento que no me dejaba pensar, ni siquiera sentir. Asi permanecí dos dias, durante los cuales no ví mas que al carcelero que se acercó a mí dos veces para darme de comer: al tercer dia fuí llevado ante el juez i sufrí un largo interrogatorio sobre si conocia a D. Gumesindo, si tenia mui estrecha amistad con el esclavo Luciano i sobre un plan que se decia que yo habia formado con este para asesinar a su amo. Todo esto contribuia a aumentar mi confusion, i llegué a sospechar que el juez se valia de tales rodeos para desentrañar mejor el rapto de Lucia; pero al salir ví que entraba tambien a la sala del juez al pobre negro Luciano con grillos i lleno de

sangre: despues supe que su señor lo habia castigado ferozmente antes de entregarlo a la justicia. Tres veces mas me llevaron ante el juez en ocho dias que estuve incomunicado, i por los interrogatorios i cargos que me hacian, vine en cuenta de que yo estaba acusado de asesino i de complicidad con Luciano, i supe con gran sorpresa que por la noche del dia en que me apresaron habia fugado Lucia de la casa de su tutor. La ajitacion que me causó este accidente oido de boca del mismo juez, fué tomado por este como un efecto de mi inocencia en el rapto, i al instante decretó que se me pusiera sin prisiones en el calabozo de los demas presos. Allí encontré a Luciano i a una multitud de facinerosos, cuyo aspecto me dió pavor i me hizo pensar de nuevo en todo el peso de mis desgracias: uno de los presos se acercó a consolarme, otros se reian en mi presencia de mis angustias, i trataban de ridiculizarme con espresiones groseras, segun decian ellos, para darme valor.

Yo no lo tenia, es verdad, ni siquiera para darme a respetar de aquellos malvados. El mas viejo de todos conversaba con Lu-

ciano, refiriéndole la vida de D. Gumesindo, el cual, segun él decia, habia venido de marinero en un buque español para cumplir la pena a que en su pais fué condenado por varios delitos que cometió: Luciano le oia con mucha complacencia, i le replicaba que él no tenia mas crímen que el haberle servido con fidelidad desde su niñez. Al fin se acercó a mí el negro, i conversamos acerca de nuestra prision: me dijo que en la tarde del dia anterior al en que me prendieron, su amo habia recibido una carta de un amigo, i luego que la leyó le habia llamado a su presencia para hacerle algunas preguntas sobre mí, despues de las cuales le maltrató cruelmente hasta dejarlo medio muerto i cubierta de heridas la cabeza, por cuyo motivo pasó esa noche i el siguiente dia, que era martes, postrado en su cama. El miércoles, siendo ya mui tarde, se advirtió que Lucia faltaba de la casa, se la buscó prolijamente, i siendo inútil todas las pesquisas, su amo enfurecido le habia hecho remitir a la cárcel, en donde se encontraba todavia sin saber a punto fijo por qué delito se le acusaba. Compasion, i mucha, me ins-

piró la sencillez del pobre negro, i al hacerle saber la imputacion que se le hacia, le ví llorar, pero sin que su semblante sufriese la menor alteracion: no sé si lloraba de despecho o de pena, lo cierto es que el esclavo tambien era sensible. Mi amor, la desesperacion que tuve al verme preso, la melancolia en que caí despues, todo se me habia convertido en una aversion, un odio reconcentrado contra todos los hombres; ya no sentia mas que un deseo frenético de vengarme, aun a costa de lo que podia serme mas caro en este mundo i en el otro; sentia a veces un placer inesplicable cuando oia referir escenas de horror, salteos i asesinatos a los que me acompañaban en la prision, i me entretenia en hacerlos hablar sobre sus crímenes, porque este era el único consuelo que tenia. Despues de vivir un mes en aquella situacion ignominiosa, un dia nos hicieron marchar a varios de los presos para Santiago, permitiéndonos algunas horas antes de nuestra partida hablar con nuestros amigos o parientes. Yo no tuve otra persona que me viese en aquellas circunstancias que la vieja Maria, la cual me refirió que Lau-

rencio habia andado mui inquieto el dia de mi prision, i que desde entonces no habia vuelto a verle mas, porque se habia huido, llevándose mis caballos i varios otros objetos que me pertenecian. Esta revelacion i la circunstancia de no haberse acercado Laurencio una sola vez a la cárcel desde que entré en ella, me hicieron venir en cuenta de que este infame me habia traicionado huyéndose con mi Lucia. Pero no hallaba cómo conciliar una alevosía semejante con el amor i la amistad que me ligaban con ellos: aborrecia sin embargo a los hombres, i mi odio me lo pintaba todo como posible. Partí para Santiago sin saber mi destino, pero jurando a cada momento no descansar hasta verter la última gota de sangre de Lucia i de Laurencio i recrearme en su agonia: este era el único deseo, la única esperanza que me daba fuerzas para soportar las fatigas del viaje i los sinsabores de mi triste condicion.

III.

Despues de un viaje penosísimo, entramos a esta ciudad una noche a fines de junio:

era una noche de invierno, hermosa i serena; la luna alumbraba en todo su esplendor, las calles estaban solas i en silencio. Al pasar por el puente, ví por primera vez este rio cubierto en toda su estension de una neblina delgada que me lo hizo aparecer como el mas caudaloso que en mi vida habia visto. Desde aquel paraje divisaba gran parte de los edificios de este pueblo i veia que sobre ellos se alzaban como fantasmas blancas las torres de los templos: al instante me asaltó el recuerdo de Lima i por consiguiente el de mi vida pasada. Maldije de nuevo a los hombres i me resigné a sufrir hasta alcanzar la venganza que tanto ansiaba. Tales fueron los pensamientos que me ocuparon mientras llegamos a un cuartel en donde nos dieron posada en la cuadra de los reclutas.

Al siguiente dia nos filiaron i nos vistieron como soldados, i esto me causó a mí mas gusto que a todos mis compañeros de infortunio. Con aquella ceremonia principiaba para mí una nueva vida, un porvenir mas halagüeño que el que habia tenido presente mientras fuí tratado como criminal. Duran-

te los pocos dias que permanecimos en Santiago practiqué las mas esquisitas dilijencias para descubrir el paradero de Lucia o de Laurencio, pero no pude obtener la menor noticia. Pensé entonces en abandonar furtivamente las filas con el fin de buscarlos con toda libertad, i solo desistí de este propósito cuando consideré qué mas me importaba lidiar contra los enemigos de mi patria i saciar en ellos mi sed de sangre, que perseguir á una mujer que me habia traicionado tan cruelmente. No podia sin embargo apartar su imájen de mi corazon; la adoraba con mas vehemencia a cada instante, porque ya me habia acostumbrado a sus caricias, porque ya habia sentido tiernamente correspondido un amor de toda mi vida.....

En una de aquellas mañanas hermosas que suele haber en invierno, salió para el Sur la division militar a que yo pertenecia. La calle de nuestro tránsito estaba llena de jentes; por todos lados nos victoreaban, nos dirijian tiernos adioses i de algunos balcones nos arrojaban flores, como para presajiarnos nuestros triunfos: las músicas de la division mezclaban sus sonidos al bullicio

popular i entusiasmaban el corazon: yo marchaba con la mochila a la espalda i el fusil al hombro, pensando ver a cada paso a mi adorada Lucia entre las mujeres que lloraban o reian, viendo marchar a la guerra a sus camaradas; pero todo era solo una ilusion. Yo no tenia quien me llorara ni quien me dirijiese siquiera una mirada: era tal vez de todos mis compañeros el único hombre desvalido, el único desgraciado, que en aquellos momentos no podia entregarme al entusiasmo que ardia en el pecho de todos.

Al pasar por cada uno de los pueblos del tránsito, se repetia la misma escena, i aprovechándome de los pocos momentos que en ellos permanecíamos, me ocupaba siempre en descubrir a Lucia, pero sin obtener jamás el menor dato.

Llegamos por fin a Talca, i entramos por las calles en medio de un pueblo numeroso que nos recibia con aclamaciones de entusiasmo, i allí nos incorporamos al ejército del jeneral Carrera. En pocos dias mas estábamos ya acampados en las cercanías de Chillan i sitiando esta ciudad.

Quiero pasar rápidamente sobre mi vida

militar, porque ella pasó tambien sobre mí con la rapidez de un relámpago: de batalla en batalla, marchábamos entonces en una perpétua ajitacion i rodeados de todo jénero de privaciones. Mil veces he oido que el soldado es un vil instrumento que no piensa ni tiene voluntad, pero en aquellos tiempos no era así: todos conocíamos i amábamos la causa porque peleábamos, todos aborrecíamos de muerte a la España i a sus reyes, porque se nos habia hecho entender que nos hacian la guerra por esclavizarnos. De otro modo no habríamos arrostrado la muerte, sin mas interés ni esperanza que tener patria i libertad; habríamos pedido pan i dinero, en vez de sufrir el hambre i el frio i de mirar con avidez i con envidia al que tenia algo para llenar sus necesidades. ¡Ah! pasaron para mí aquellos dias de miseria gloriosa, i hoi no me quedan mas que las amarguras de un mendigo. Todos me desprecian i no habrá un hombre siquiera que sospeche que yo derramé mi sangre por la independencia: yo tambien los desprecio a todos, porque lo único que me ha dejado la esperiencia en el corazon es un ódio ver-

dadero al mundo. Las interminables desgracias a que me he visto condenado durante treinta años me han dado suficiente fuerza para arrostrarlo todo: estoi resignado a mi suerte i ni los peligros ni la injusticia de los hombres me harán bajar la frente. Pero volvamos a mi vida.

Cuando se habia vuelto a romper la guerra entre nosotros i las tropas del rei, despues de los tratados con Gainza, i se habia celebrado la paz entre los jenerales O'Higgins i Carrera, llegó la division a que yo pertenecia al pueblo de Rancagua, en donde procuró hacerse fuerte para resistir al enemigo, que marchaba confiadamente con nuevo jeneral i tropas de refresco a tomar posesion de la capital. Aquí vuelven a ligarse mis relaciones con la mujer que por tanto tiempo habia sido objeto único de mi amor i de mi venganza.

Amaneció el dia primero de octubre i nosotros estábamos alegres i con la confianza en en el corazon, esperando que las tropas del rei se acercaran a las fortificaciones que se habian formado dentro de las calles de aquella ciudad. Apenas formábamos poco

mas de mil hombres i no dudábamos que venceríamos a los cinco mil que nos mandaba el tirano, porque éramos valientes i peleábamos por la independencia. Todos permanecíamos en nuestros puestos, los jefes recorrian las trincheras exortándonos i recordándonos la causa que defendíamos, pero lo que mas nos entusiasmaba era el estruendo del ataque que a pocos pasos de ahí se habia empeñado entre nuestras guerrillas i el enemigo que se acercaba: la mecha del cañon ardia sobre las trincheras, los soldados en silencio i sobre las armas nos mirábamos como para inspirarnos confianza i valor; las calles estaban solas, i de cuando en cuando se veia atravesar de una casa a otra algun hombre o mujer que llevaba el pavor pintado en su semblante. Al fin de algun tiempo de estar en esta situacion violenta, se rompió el fuego en medio de mil aclamaciones que se ahogaban con el estampido del cañon. En la tarde de aquel dia de gloria i de sangre era ya jeneral la batalla: se peleaba en las trincheras, en las calles, sobre los techos de las casas i hasta desde los árboles de los huertos, en cuyos

ramajes estaban los guerreros apiñados, se hacia un fuego vivo i se combatia con arrojo: por todos puntos ardian las casas de la poblacion, i sus llamas producian un calor abrasador; una nube densa del humo del incendio i del combate pesaba sobre nosotros i nos desesperaba de sofocacion: no teniamos en todo el paraje que ocupábamos una gota de agua para apagar la sed. Al estruendo de las armas se unian los repiques de los campanarios que anunciaban victoria, los ayes de los moribundos i el clamoreo de los soldados i oficiales que se animaban a la pelea. De repente el cielo nos manda una ráfaga de viento que despeja la atmósfera, nos hace ver la luz del sol i nos deja respirar en libertad. Un grito ronco de *viva el jeneral* se hace oir en la primera cuadra que corre desde la plaza por la calle de San Francisco hasta las trincheras en que yo me hallaba; el grito se redobla con entusiasmo i el jeneral O'Higgins se acerca a nosotros montado en un caballo brioso i con su espada en mano: su semblante estaba tranquilo, pero severo, sus ojos arrojaban fuego. «Héroes de Rancagua, nos dijo, re-

conoced por jefe de estas trincheras al capitan Millan, porque es uno de los pocos oficiales valientes que os quedan: los demas han muerto por la patria: imitad su ejemplo..... un momento mas de constancia i de valor nos dará la victoria sobre los esclavos de Fernando.....» Nosotros le oimos i dando vivas a la patria i al jeneral, volvimos a la pelea con mas ánimos: el jeneral permaneció con nosotros algunos momentos mas exortándonos i dirijiéndonos; luego marchó a la plaza entre mil aclamaciones: los soldados caian a su lado i él despreciaba las balas que cruzaban en todas direcciones.

Al dia siguiente peleábamos todavia con furor, pero los españoles habian ganado mucho terreno i a veces llegaban hasta las mismas trincheras a buscar una muerte segura a trueque de tomárselas. En una de las salidas que hicimos por la calle de San Francisco a desalojar algunas partidas enemigas que se habian apoderado de las casas vecinas para atacarnos con mas seguridad, tuvimos un encuentro horrible que fué uno de los mas heróicos de aquel dia. Eramos poco mas o menos veinte i cinco hombres

los que salimos de la trinchera a batir una partida de enemigos que, derribando murallas, se habia apoderado de una casa próxima: a la primera descarga nuestra se replegaron al patio i nos cargaron a la bayoneta; yo descargué mi fusil sobre el oficial que los mandaba, i al verle caer a mis piés, conocí que era Laurencio, el traidor. Me fuí sobre él gritándole: «a dónde está Lucia, dímelo antes de morir», pero su respuesta fué una mirada aterradora i un suspiro ronco i profundo que exhaló con la vida..... Todos los demas perecieron tambien a nuestras manos i volvimos a nuestro puesto para defender la trinchera. La venganza que Dios me habia preparado para aquel momento terrrible acababa de desahogar mi corazon: sentí entonces la necesidad de vivir, i cada vez que me acercaba al parapeto para descargar sobre el enemigo, deseaba que no me tocara alguna de sus balas hasta despues de ver a Lucia, a esa mujer que hasta en medio de las zozobras de una batalla ocupaba mi corazon i me atraia con un poder májico.

En la tarde de aquel dia funesto el jene-

ral O'Higgins abandonó la plaza i los españoles entraron en ella haciendo la mas espantosa carnicería: yo me refujié en un templo que estaba próximo a mi puesto, pero a pocos momentos me sacaron de allí con otros varios prisioneros i nos condujeron a la presencia del jeneral Osorio, i despues a una quinta inmediata a donde estaban los equipajes del ejército español. En el patio de esta casa habia varias mujeres que se ocupaban en vendar una herida que tenia en el brazo derecho un oficial realista. Cuando oí que llamaban a este hombre el coronel Lizones, me fijé en él, porque ese era el mismo apellido de aquel a quien dió muerte mi amigo Alonso en Lima, i ¡cuál seria mi sorpresa al ver que su fisonomía era idéntica a la de la víctima de nuestros estravíos! Luego perdí de vista al coronel, porque nos encerraron en una bodega, a donde nos dejaron entregados a las angustias que necesariamente habia de producir en nuestros corazones nuestra triste condición: yo me recliné sobre el suelo húmedo de aquel calabozo, porque ya no tenia fuerzas para resistir la fatiga del cansancio i la

desesperacion que se habia apoderado de mí.

Durante el dia siguiente degollaron en el mismo umbral de la puerta de nuestra prision a varios prisioneros de los que estaban conmigo: yo esperaba i aun deseaba la misma suerte. Llegó la segunda noche i el sueño que en todo ese tiempo me habia abandonado, vino entonces a restablecer mis fuerzas. Hacia mucho tiempo que dormia tranquilamente, cuando oí pronunciar mi nombre a una persona que me habia tomado la mano. Desperté, pero creí que era una ilusion: la luna entraba por la puerta que estaba abierta i a su luz ví que todo parecia en calma i que el centinela dormia profundamente. El que me habia despertado me estrechaba la mano i en silencio me conducia a fuera de la prision, pero yo me le resistia lijeramente porque sospechaba que aquello fuera un lazo que se me tendia. Salimos al patio i todavia me condujo a la arboleda sin decirme una palabra, i yo advertia que su mano temblaba i que su respiracion era ajitada. Al llegar a una de las tapias, me dijo en voz baja:—«huyamos por aquí, no temas, el centinela que tú has visto

durmiendo nos ha favorecido, porque lo he comprado, él mismo me designó el lugar en que estabas.

—Pero quién eres tú, que tanto muestras interesarte por mí?

—Alvaro! no me conoces! Ah te he ofendido tanto! pero no..... no te ofendí jamás! siempre te he amado!....

Estas palabras pronunciadas con ardor me hicieron conocer a Lucia; olvidé mi resentimiento i la estreché silenciosamente entre mis brazos; pero me duraba aun la emocion de las caricias i permanecíamos trémulos cuando me asaltó el recuerdo de mi agravio.

—¿Por qué me traicionaste, mujer ingrata, esclamé, por qué me has engañado! yo no huiré contigo jamás, nunca! Deseaba hallarte, solo para vengarme de tí!

—No seas cruel Alvaro, soi inocente. Huyamos, cuando estés libre, sabrás mis desgracias i me harás justicia.

—No, quién me asegura que esta no sea tambien una traicion. Te aborrezco..... Habla, vindícate, si quieres que te siga.

—Ya que te obstinas, óyeme i perdóna-

me. En aquella noche fatal que fugué con Laurencio de casa de mi tutor, creí que marchaba contigo hasta que la luz del dia vino a revelarme mi error; quise volver sobre mis pasos, pero Laurencio me aseguró que tú vendrias luego a reunirte con nosotros, i que si volvia a mi casa encontraria una muerte segura. De engaño en engaño me condujo hasta Chillan, adonde se encontraba el ejército español en aquel tiempo, i se presentó al jeneral a dar cuenta de una comision que habia tenido durante su ausencia. Despues he sabido que este hombre era el espia que tenian los realistas para comunicarse con sus partidarios residentes en otros pueblos. Perdida ya la esperanza de volverte a hallar, porque Laurencio me notició que habias muerto, quise separarme de él, pero adónde podria yo ir a encontrar el amparo que necesitaba; sola i desconocida en el mundo, no me quedaba otro refujio que permanecer al lado del único hombre que tenia deber de protejerme, porque él me habia sacado de mi hogar i me habia hecho rendirme a sus deseos....! Si bien no le amaba yo, a lo menos él era mi cómplice

i manifestaba amarme. Despues del sitio de Chillan le mandaron de guarnicion a la plaza de Colcura, yo le seguí, porque en aquel destierro iba a estar lejos de la guerra, lejos de un ejército, que era testigo de mi deshonra i de mis lágrimas. Allí permanecimos hasta hace un mes que recibió Laurencio la órden de juntarse a su batallon, i bien a mi pesar he vuelto a seguir sus pasos. Pero el cielo principia ya a compadecerse de mí! Laurencio murió ayer en la batalla i hoi te alcancé a ver a tí, mi pobre Alvaro, entre los prisioneros. Desde ese momento no vacilé ni he descansado hasta prepararlo todo para nuestra fuga; ahora seremos felices, ya no te separarás mas de mí, tú eres mi único apoyo, porque te amo como siempre.

—Lucia, es verdad que has sido inocente hasta el momento de rendirte a ese hombre perverso, que murió ayer a mis manos, porque Dios me le entregó para vengarme; pero ahora eres impura! Faltaste a los juramentos que me hiciste! Yo no puedo partir contigo.

—Alvaro no me abandones.

—Tú me has buscado porque murió Laurencio, no porque me ames!

—¡Dios mio, por qué soi tan desgraciada! Alvaro perdóname, yo te amo!....

La esplosion de un fusil i el silbido de una bala que pasó por mi oido interrumpió sus palabras. Nos quedamos pasmados, la alarma principió en la quinta, e inmediatamente fuimos conducidos a la presencia del coronel Lizones que era el jefe de mas graduacion que habitaba aquella casa.

El coronel se habia levantado de su cama envuelto en una capa de grana i al oir que le decian que yo pretendia fugarme auxiliado por Lucia, esclamó furioso i señalándome a mí:—«Sarjento, haga Vd. que le tiren a ese insurjente cuatro balazos en el momento!....» Lucia se arrojó a sus piés pidiéndole mi perdon i él la escuchaba i la replicaba con una sonrisa de furor:—«ese hombre merece en tu corazon mas que yo, Lucia, i no puede quedar vivo.» Esta le aseguraba lo contrario i le protestaba amarle, porque al pretender salvarme habia sido guiada solamente por la gratitud: «ese pobre soldado, le decia, es inocente, yo le co-

nocí en mi pueblo cuando era niña i le debí servicios, por eso queria ahora restituirle su libertad.»

Ya estaba yo arrodillado esperando que los soldados prepararan las armas que me habian de dar la muerte, cuando oí estas terribles palabras: «Lucia, si consientes en ser mañana mismo mi esposa, se salvará el insurjente.»—Sí, coronel, a ese precio consiento ser su esposa de Vd. Ya no resistiré mas.—«Soldados, gritó Lizones, llevad a ese hombre a su prision.»—«No, repliqué, deseo morir porque no debo consentir en el sacrificio de esa mujer que me pertenece.....» Pero ya el coronel no me oia i los soldados me llevan al calabozo por la fuerza. Yo gritaba frenético i procuraba desprenderme de sus manos, pero ellos me maltrataban i al fin me encerraron violentamente sin tenerme piedad.

IV.

Desde aquella escena terrible estuve privado de mi juicio hasta muchos meses des-

pues. Yo que habia tenido valor para despreciar la muerte tantas veces en presencia del enemigo, no lo tuve para soportar la desgracia de verme despojado de mi Lucia en el momento mismo de haberla recobrado a fuerza de fatigas i padecimientos. Mi locura me valió la libertad: yo vagaba por las calles cubierto de andrajos, riéndome a veces i otras llorando, pero siempre sin hablar una palabra. Cuando tenia algun intérvalo lúcido consideraba todo el peso de mi desventura i me lastimaba el verme despreciado i aun vejado por todos!

Lucia habia partido al Perú con su esposo i yo habia perdido para siempre la esperanza de volver a verla siquiera. Pero la fuerza de mi infortunio calmaba poco a poco mis furores i me restituia lentamente a la razon.

Al cabo de dos años logré enrolarme de marinero en un buque español que partia para el Callao, i despues de una navegacion penosa llegué a Lima en donde debia volver a ver a la mujer que tanto habia influido en mis desventuras.

Todavia vivia aquel amigo mio a quien

debí el salvarme de la pena que sufrió Alonso ocho años antes: a él me acojí de nuevo i volví a deberle mil favores. La historia de mis desgracias le interesó en gran manera, i si yo hubiese seguido los saludables consejos con que pretendió volverme a mi estado primitivo i consolarme, no me hallaria ahora soportando la vejez entre las miserias de la indijencia.

El coronel Lizones, el cual, supe entonces que no era el mismo rival de Alonso, sino su jemelo, se hallaba en aquella ciudad con Lucia i gozaba de todas las consideraciones a que se habia hecho acreedor por sus victorias en Chile i por su capacidad. Me arredraba la idea de amargar los dias de este hombre despues de haber contribuido al asesinato de su hermano, i a pesar de mis crueles padecimientos, sin fijarme en que me habia visto reducido a servir a los hombres como esclavo i a sufrir todas las fatigas de un marinero, tan solo por volver a estrechar en mis brazos a una mujer, traté de refrenar mi pasion por ella i me resolví a permanecer con otro nombre por algun tiempo mas en Lima con solo el objeto de

verla una sola vez para consolarme. ¡Qué mas podia hacer yo, que durante toda mi vida habia sido desgraciado! yo que siempre habia sido contrariado por una fatalidad ciega en mis deseos mas santos i puros, en mis esperanzas mas fundadas!....

Pero mi destino quiso hacerme tocar otra vez la felicidad para arrebatármela luego. Varias veces habia ya recibido el consuelo que deseaba, habia divisado a Lucia en sus balcones, i no me habia contentado con esto, como lo esperaba: sentia tambien necesidad de que ella me viese una vez sola i supiese que yo padecia todavia por amarla.

Un mártes santo por la mañana pasaba por la calle en que habitaba Lucia, una procesion suntuosa. La jente llenaba toda la carrera i la procesion marchaba con trabajo abriéndose paso por entre la muchedumbre que se agolpaba silenciosa a ver las imájenes que se llevaban en las andas. Yo me habia colocado al frente del balcon en que se hallaba Lucia, i en un momento en que se despejó el paraje que ocupaba, la ví fijar sus hermosos ojos en mí: se enrojeció su semblante i permaneció largo tiempo mirán-

dome, como si dudara de lo que veia. Cuando la procesion pasó permanecíamos todavia en la misma actitud, i entonces ella como reanimándose, me hizo una seña para que pasara a su habitacion. Marché trémulo a obedecerla, sin pensar en nada i como arrastrado por una fuerza superior e invisible. Llegué a su presencia, quise abrazarla, i al verla muda i séria me contuve; ella me tendió la mano, la estreché a mis lábios i permanecimos algunos momentos en silencio i llorando..... Nuestras lágrimas esplicaron en aquel momento el estado de nuestros corazones. Al fin nos hablamos, pero no ya con la efusion de ternura que en otros tiempos; el matrimonio habia elevado entre ambos un muro de hierro. Ella me manifestó que la unia a su esposo un sentimiento no menos puro que el amor, la gratitud, i que estaba resuelta a respetarle, a serle fiel, como él le era amante. Pero yo me atreví a reconvenirla, a recordarle su amor, sus juramentos, le hablé de mis desgracias, de mi fidelidad; i ella sin conmoverse, sin suspirar siquiera me respondió:—«Alvaro, por amarte abandoné mis bienes i violé el asilo doméstico;

por amarte sufrí todos los horrores de la guerra, sufrí la pérdida de mi honor i fuí desgraciada; por amarte, en fin, arrostré la muerte, i por salvar tu vida dí mi mano a un hombre que aborrecia; pero era un hombre honrado i virtuoso, déjame serle fiel, déjame cumplir mis deberes. Yo te he llamado, no para avivar esa pasion funesta que nos ha perdido, sino para servirte, para protejerte en este pueblo estraño en donde tal vez no tienes quien te ampare.»—Delirante i ciego de enojo entonces la ultrajé sin piedad, lloré i aun me arrojé a sus plantas pidiéndole una vez sola su mano para estamparle un beso i separarme de allí para siempre; pero ella me rechazó con indignacion; la ingrata se habia olvidado del pobre soldado, porque su amor habia sido solo una de aquellas ilusiones caprichosas de la juventud de una mujer. Ahora se hallaba rica i elevada a un alto rango i ¡quién era yo para considerarme con derecho a su amor, para pedirle otra cosa que compasion! Pero su compasion me irritó i concebí en el momento la idea de terminar allí mismo una existencia aborrecida: tiré un puñal que

llevaba sobre mi corazon, i ella dió voces, creyendo que yo atentaba contra su vida; acudieron en su auxilio, i uno de sus esclavos me hirió i me hizo rodar exánime a los piés de aquella maldita mujer!.... Esta mano mutilada es el recuerdo que me queda de aquel momento de ignominia i de desesperacion!....

Cuando el coronel volvió a su casa, habia sido yo conducido a la cárcel, pero sin sentidos; a pocas horas volví a la vida, mas no a la razon!..../Dejadme, señor, correr un velo sobre lo demas, porque no podria contaros mi vida de entonces, sin volver a la locura!/Ah! pero mi locura era el delirio del amor exaltado por la rabia que dejan en el corazon los contrastes de la suerte. Todos me despreciaban, todos me oprimian: doce años me mantuvieron en San Andres, encerrado en una jaula de hierro, porque no me consideraban sino como un loco; mi locura no inspiraba caridad a nadie, todo el mundo reia de verme delirando por la traicion de una mujer. Y en verdad que tenian razon, porque es mui débil el hombre que delira por lo que sucede a cada paso en esta

sociedad de miseria!! ¿No es verdad, señor, que es mui loco el hombre que delira por el desprecio de una mujer? El tiempo al fin curó mi mal i cuando recobré mi juicio i mi libertad, hallé mis cabellos encanecidos, me ví solo en el mundo, sin patria, sin amigos, sin familia! ¡Es cierto, tenian razon los hombres para reir de un loco que lo perdió todo por una mujer! Yo tambien me hubiera reido! ¿No es verdad que vos no me teneis lástima, señor?....

Hace tres años que llegué aquí, despues de haber hecho por tierra el mismo camino que en otro tiempo para llegar a mi pueblo, i aun cuando siempre me acompaña la miseria i la desgracia, al fin estoi en mi patria: esto me consuela. La viuda de un antiguo camarada me ha acojido: con ella lloro a veces i parto el pan que me dan de limosna: ya veis, señor, que mendigo porque no puedo trabajar, soi viejo i mis locuras me hicieron perder el mejor tiempo i tambien una mano! Qué haré ahora sino mendigar i llorar!....»

Los sollozos ahogaron la voz del pobre

viejo: yo tambien le acompañé en su llanto! Cuando le ví ya desahogado de la opresion de su corazon le pregunté por Lucia, i él con una carcajada satánica i unos ojos de relámpago me respondió: «se fué a España, señor, con su marido: allá será feliz, mientras yo soi un mendigo!....» I tomando su palo, marchó a paso acelerado. La luna estaba en la mitad del cielo i toda la naturaleza dormia en calma.....

Algunas veces despues le volví a ver, pero ya hace tiempo que no sé del pobre anciano: habrá muerto quizá, i Lucia habrá llegado sin duda a ser por su marido una de las damas de la nobleza de España.

EL ALFEREZ

ALONSO DIAZ DE GUZMAN.

I.

Concluyamos, Doña Ines, en este momento estoi resuelto a no continuar nuestras relaciones: vos podeis ser mas feliz con don Juan de Silva. Os dejaré para siempre, pediré al gobernador que vuelva a agregarme a los tercios del Maestre de campo Alvaro Nuñez de Pineda, i me alejaré de Concepcion: no volveré a veros.

—No os comprendo, Alonso, ayer no mas me jurábais eterno amor i me pedíais esta entrevista para arreglar nuestras bodas. ¿Quereis burlaros de mí?

—Desconfio de vuestro padre: es imposible que consienta en nuestra union. ¿Un caballero del hábito de Santiago querrá unir su hija a un soldado que no tiene mas que su espada?

—¿Vos lo dudais? ¿Acaso con vuestra espada no os habeis conquistado un nombre? ¿Con ella no triunfásteis en los llanos de Puren, i arrancásteis del poder de los infieles nuestra bandera? ¿Quién no se honra hoi dia con vuestra amistad?

—No me atrevo a proponer este asunto a vuestro padre, Ines.

—Se lo propondrá el capitan don Miguel de Erauso; es vuestro protector, es mi amigo i no vacilará en prestarnos este servicio.

—Don Miguel os ama, Ines, i no podrá hacernos el sacrificio de su amor.

—Si tal fuese cierto, confiémosnos entonces de mi hermano don Basilio de Rojas, con quien tan estrecha amistad os liga.

—¡Ah! desgraciado de mí! vuestro hermano, Ines, vuestro hermano es un traidor!....¡Decidme adónde se halla, decidmelo, por Dios!....

—¡Por qué os enfureceis, Alonso mio!

Calmaos, mi hermano es fiel amigo vuestro, no os ha hecho ofensa.

—¡Mi amigo! no: decidme, Ines, ¿don Basilio ama a Anjelina, es verdad?

—Sí, a lo menos, lo parece.

—I Anjelina le adora, ¿no es verdad?

—Tambien es cierto, mal que os pese, Alonso: vos amais a Anjelina, vos sois el aleve ¿por qué me habeis engañado? los celos os hacen delirar.... ¡Dios mio!....

—¡Sí, los celos, vive Dios!.... pero os juro que aborrezco a Anjelina, os lo juro, Ines, no lloreis....

Ines habia caido de rodillas, sin sentido, al pronunciar sus últimas palabras; don Alonso la sostenia i temblaba de furor. Una idea le asalta; medita, i luego deja a Ines reclinada sobre las flores del jardin en que se hallaban i huye precipitadamente, salvando las tapias que los separaban de la calle.

La luna brillaba en todo su esplendor i daba un matiz purpúreo a las graciosas nubecillas blancas que flotaban en el horizonte. El bullicioso estrépito de las olas del mar i el ruido de las aguas del caudaloso Bio-

bio formaban una armonía misteriosa, que a veces interrumpian los prolongados i melancólicos ahullidos de los lobos marinos que retozan en las peñas de la playa.

La ciudad estaba quieta i silenciosa. Solo un hombre se divisaba atravesar sus calles con paso presuroso. Era el alferez Alonso Diaz que acababa de abandonar a su querida en un momento supremo, porque estaba dominado de un vértigo espantoso. Él habia concurrido a la cita, por cumplir su palabra de español, pero su corazon de jóven estaba sojuzgado por otra pasion furiosa, i no le era dado halagar siquiera la ternura de Ines, que le amaba con delirio. Largo rato habia batallado por desengañarla; pero ella no podia comprender su lenguaje, porque ya estaba acostumbrada a su amor i fascinada con la seguridad de poseerlo.

Repentinamente se detiene Alonso en las ventanas de una casa contigua a un cuartel: habia en ella gran concurrencia. Las voces de alegría se mezclaban a los dulces preludios de la guitarra, i el tañido de las castañuelas anunciaba que el baile iba a principiar.

Alonso escucha, acecha un momento, i lleno de despecho penetra a lo interior.

—Bien venido seas, alferez Diaz! esclaman todos, i unos le abrazan i otros le convidan a beber.

—Decidme, Alonso, gritó una voz, ¿no os gusta mas la zambra que la guerra?

—Si no fuera el auditor quien habla así, contestárale de otro modo, replicó Alonso con enfado.

—No os olvideis, Alonso, que tambien esgrimo la espada como la peñola; i que lo de auditor no me quita lo valiente: pero hoi se trata de divertirnos; no sea que nuestro historiador don Basilio de Rojas, que está presente en el fandango, como lo está siempre en la batalla, tenga que engañar a la posteridad diciendo que nosotros solo sabíamos pelear i no galantear. Venga un vaso para Alonso i otro para mí i bebamos por la preciosa Anjelina. Su salero me peta mas que un proceso.

Anjelina, que estaba entonces al lado de don Basilio en la mesa del juego, se levantó graciosamente i tomando otro vaso, acompañó al auditor i al alferez que bebian por

ella. El auditor la toma de la mano i pide que se toque un fandango.

Los concurrentes rodean a los danzantes i con movimientos i gritos los animan i celebran.

Alonso se separa i toma el asiento que habia dejado Anjelina. Sus ojos de águila enrojecidos, su aire tétrico i reconcentrado, sus labios trémulos, su rostro pálido i descarnado, todo anunciaba el furor de que estaba poseido su corazon. Don Basilio le dirijió una mirada cariñosa i echándole sobre los hombros su brazo, continuó apostando a los dados. Alonso pareció mas sereno por un momento: pero volvió a enrojecerse de furia, cuando oyó que Anjelina llamaba la atencion de sus amigos diciéndoles:

—¡Qué os parece, caballeros, don Basilio abrazando a ese alferez, que mas tiene cara de mujer que de guerrero!

—Si son celos, Anjelina, replicó el historiador, retirando su brazo, ven acá i verás que sé abrazar de otro modo a las donosas.

Anjelina le contestó con un desden i se confundió entre la multitud de damas i militares que formaban la tertulia.

Alonso permaneció en silencio i pensativo.

Desde aquel incidente no hubo tranquilidad para el jóven Rojas: sus miradas estaban fijas en Anjelina, i jugaba sin atencion ni gusto. Poco mas permaneció en la mesa, i se levantó a buscar el lado de Anjelina, dejando su lugar al alferez, quien siguió jugando de la misma manera, sin fijarse en lo que hacia, por espiar los movimientos de los dos amantes.

Era ya tarde de la noche, el cansancio iba apagando el bullicio i venciendo al contento; pero don Basilio no dejaba de rogar i de ofrecer sus rendimientos a Anjelina, que se le mostraba cada vez mas desdeñosa.

Al fin alguien repara que una mujer tapada se asomaba solícita a las ventanas: todos se fijan, inquieren, conjeturan; cual la cree una vision, este mira en ella al demonio disfrazado de viuda, aquel juzga que es el gobernador en persona, que los observa, i muchos quieren que sea una querida de alguno de los circunstantes. Esta opinion prevalece i principian las burlas i las bromas.

Alonso se levanta i con tono solemne i maligno esclama:

—Yo os juro, camaradas, que esa mujer es la querida de don Basilio de Rojas; una pobre mujer a quien engaña ese pérfido i cuyos hijos abandona por Anjelina.

Todos quedan estupefactos, don Basilio duda de lo que oye; pero incorporándose, rompe el silencio.

—Alonso, no seas majadero: no jures una mentira.

—¡Juro una verdad, señores, es su querida!....

—¡¡Mientes como un cornudo, infame!!—I al decir estas palabras, las espadas de ambos se cruzan. Las damas gritan, se alarman i huyen en tropel; algunos animan, otros quieren la paz, todos se mezclan, se confunden, suenan las armas i el estrépito de la riña crece por momentos.

Don Basilio cae con el pecho atravesado: todos cargan sobre Alonso; i el auditor don Francisco de Párraga le coje fuertemente por el cuello de la ropilla, diciéndole—*date al Rei, asesino*! El capitan don Miguel de Erauso, que se habia levantado de la car-

peta, se acerca a Alonso i le dice en vascuence que procure salvar la vida. El auditor estrecha, i clama favor a la justicia; Alonso le tira un golpe de daga, que le atraviesa los carrillos, sin verse por eso libre de sus fuertes puños; tírale otra estocada i el auditor cae sin vida.

Alonso usa entonces de su espada i se abre paso entre todos los que le acosan, hasta la puerta en donde le dejan solo; huye i toma seguridad en el convento de San Francisco, que estaba inmediato, dejando la consternacion i la muerte en aquel salon en que un momento antes posaban el amor i la alegria.

A la sazon estaba abierto el templo, i la campana llamaba a los fieles a la misa del alba. Alonso se introduce precipitado, encuentra al provincial rezando en el presbiterio, se echa a sus pies, le declara su situacion i le pide asilo. El anciano se levanta con gravedad majestuosa, e imponiéndole su manto, le dice:

—Que Dios te perdone, hijo mio, asi como el patriarca te defiende de la justicia de los hombres.

I conduciéndolo a su celda, se vuelve a su oracion.

Una hora despues, el convento estaba cercado por gran número de las tropas de la guarnicion; i los clarines anunciaban por las calles un bando en que don Alonso García Ramon, Gobernador i Capitan jeneral del reino i Presidente de la Real Audiencia, prometia premio a quien entregase muerto o vivo al alferez Alonso Diaz Ramirez de Guzman, i prohibia, bajo severas penas, que se le diese embarcacion en ningun puerto, ni albergue en ninguna guarnicion, plaza ni presidio, por ser reo de muerte.

A esa hora se hallaba en su palacio el gobernador con su secretario el capitan don Miguel de Erauso, quien escribia i dictaba apresuradamente, interrumpiendo a cada momento su trabajo hondos suspiros que le ahogaban el pecho.

El gobernador se paseaba por la sala i daba repetidas órdenes con voz firme i amargo ceño.

Un oficial avisa desde la puerta que ya esperaban en la antesala todos los testigos i presos que se habian recojido. El trabajo

se suspende, i don García se dirije a su secretario:

—¿A quién interrogarás primero, don Miguel?

—A quien vuesa merced me indique, señor. Para mí, que he sido testigo del hecho, no hai necesidad de interrogaciones: el alferez fué provocado i necesitó defenderse como hombre i como caballero.

—Tu amistad te engaña, don Miguel, el alferez ofendió primero al de Rojas i éste no hizo mas que querer castigar un insulto.

—El de Rojas, señor, cortejaba a la dama de Alonso, mientras que la suya le espiaba desde afuera. Si se ofendió de que el alferez denunciase el hecho, valiérale mas proceder como quien era, i no enredar la pendencia, que no es de caballeros el reñir entre las damas.

—Anjelina me ha jurado esta mañana que no solo no es la dama de Alonso Diaz, sino que ni tan siquiera ha cruzado jamas con él una palabra; i Anjelina no miente.

—Anjelina es una mujer liviana, señor.

—Repórtate, don Miguel, que tu cariño al alferez te torna deslenguado.

—Mucho hablais de mi amistad por Alonso, señor, i pienso que me honra el ser amigo con el mas valiente guerrero de nuestros tercios. ¿Quién tiene hazañas como las suyas? quién mas leal, quién mas bravo en la refriega! Mozo imberbe es todavia i cuenta mas glorias que años. Aqui llegó soldado desvalido, como lo sabe vuesa merced, i si yo le tomé en mi compañía i bajo mi amparo, fué porque ademas de sus prendas, hallé que era de mi pueblo i conocia a mi familia. Si esto es una tacha, señor, pondré para borrarla mis largos servicios al Rei nuestro amo....

Los ojos del capitan brillaron como de orgullo, i el gobernador estrechándole la mano puso fin al diálogo i dió principio a las indagaciones.

Mientras esto sucedia, los claustros del convento presentaban otra escena: a lo lejos i hundido en un escaño se divisaba al provincial, su capucha calada i sus brazos cruzados sobre el pecho. Alonso estaba a sus pies de rodillas, sin armas i con la cabeza descubierta, confesando sus culpas con fervor.

Don Francisco de Rojas, caballero del hábito de Santiago, miraba al penitente con un aire de melancolía i rabia que daban a su cara una espresion misteriosa; pero sin moverse del poste en que se habia apoyado para esperar la terminacion del acto sagrado.

Alonso recibió la absolucion con su frente reclinada sobre el suelo, besó la manga del sacerdote i se levantó, dirijiéndose al templo con sus ojos humildemente cerrados.

El caballero le sale al encuentro i dándole súbitamente con la punta de su capa un golpe en la cara, exclamó:

—¡Ya sabeis, canalla, para qué os busco!

El primer movimiento de Alonso fué poner mano a la cinta i hallándose sin armas, se arroja sobre don Francisco, como un tigre furioso, a devorarle. El provincial, que seguia sus pasos, le pone mansamente la mano sobre la cabeza, preguntándole con voz suave:

—¿Qué hicísteis, mancebo, vuestro propósito?....

El alferez suelta su presa, enmudece, baja los ojos i tiembla de rabia i de dolor....

Don Francisco, libre de su adversario, ha-

ce una profunda reverencia al prelado, i con voz trémula i balbuciente, perdon, padre mio, le dice, este perro es el asesino de mi hijo, el seductor de mi hija, i no puedo lavar mi afrenta sino con mi espada.

—¿Olvidais, señor, que este paraje en que estais, es la casa del Dios que perdona, que dá la paz i nos enseña la humildad?

—No, mi padre, pero sé que este hombre me debe su sangre i que puedo matarle en donde le halle: ya que su paternidad le ampara, señálenos campo i hora, que yo con mi palabra aseguro su libertad, i juro no ofender la santidad del claustro.

—Yo no me batiré con vos, replicó secamente Alonso.

—Porque sois un asesino cobarde! esclamó el caballero.

Alonso se enfurece de nuevo, pero el padre intima a don Francisco que se retire i conduciendo al penitente al templo, se arrodilla con él i le enseña a pedir misericordia....

Alonso tenia fijos en la imájen de la vírjen sus ojos arrasados en lágrimas; las palabras del sacerdote herian su corazon i le lle-

naban de angustia: un crímen acababa de disipar para siempre la mas bella de sus ilusiones....

II.

Era el 1.° de octubre de 1612: la ciudad de Concepcion ostentaba uno de sus mejores dias; sus habitantes, vestidos de gala, llenaban las calles, que en aquella mañana se veian ornadas vistosamente con tapices de diversos colores. Un sol apacible de primavera i el aura embalsamada de los contornos aumentaban el contento, como si la naturaleza misma hubiese querido concurrir a dar la bien venida al nuevo gobernador don Alonso de Rivera, que entraba en aquellos momentos rodeado de un brillante cortejo de oficiales, entre cuyos penachos i cimeras se hacia notar el modesto sombrero del jesuita Luis Valdivia, el cual traia en las manos con gran reverencia los pliegos en que Felipe III proponia la paz al congreso araucano.

Los entusiastas vivas del pueblo se mezclaban al estruendo de la artillería i a los

repíques de los campanarios en el instante en que el capitan jeneral recibia en la sala capitular los homenajes del cabildo, cuando una mujer cubierta de negro se abre paso entre la muchedumbre i llega hasta los pies del nuevo gobernador pidiendo gracia.

—Para quién la pedís, hermosa señora, le dice don Alonso, alzándola del suelo cortesmente; i súbito se interpone el caballero de Rojas i reprimiendo la cólera que le domina, aparta a la bella Ines, diciendo:

—¡La pide, señor, para el asesino de su hermano, para el asesino de mi hijo!.....

El dolor ahoga la voz del anciano, i el silencio sucede por algunos momentos.

El gobernador promete que se hará justicia segun la lei del Rei i la de Dios, sin olvidar la intercesion de una dama honesta, que harta razon mostraba tener, cuando pedia perdon para el asesino de su hermano en una ocasion tan solemne.

El anciano Rojas se retiró llevándose a su hija i los regocijos públicos siguieron, contribuyendo no poco a entretener las conversaciones el lance que acababa de suceder en la sala del ayuntamiento.

Luego que terminó la ceremonia, el capitan don Miguel de Erauso, que habia sido ratificado en su puesto de secretario de guerra, instruia a don Alonso de Rivera en todos los pormenores del suceso ocurrido en casa de Anjelina i movia su ánimo en favor del valeroso alferez, que aun permanecia asilado en San Francisco, aunque no en la rigorosa incomunicacion en que permaneció los seis meses que el gobernador don García habia mantenido las guardias que estableció en el convento.

Fué tanto el empeño que el secretario puso por conseguir la libertad de Alonso Diaz, que el capitan jeneral le prometió que pasado algun tiempo le remitiria agregado a los tercios del Tucuman, de donde él venia dejando amigos a quienes podia recomendar al alferez con gran provecho suyo, porque conocia mui de cerca al mancebo i le habia visto combatir a su lado muchas veces con heroismo.

—No debemos perder, decia el gobernador, un soldado que tanto puede servir a la causa del Rei i de la relijion!

El alferez en aquellos momentos estaba

ignorante de lo que sobre él pasaba, i solo, en su celda, se ocupaba en limpiar sus armas i en aderezar sus vestidos, como si se preparara para una funcion. A veces se le oia suspirar, i murmurando algunas palabras, suspendia su ocupacion i se ponia profundamente triste; luego se arrodillaba, estrechaba fuertemente sus manos sobre el pecho i se veian sus hermosos ojos brillar con lágrimas de dolor. Otras veces empuñaba su espada, la miraba con aire marcial i se reia, como ajitado por el recuerdo de algun triunfo.

En uno de estos delirios se encontraba, a tiempo que el sol poniéndose, apenas daba un lijero tinte amarillo a los avellanos que hermoseaban el claustro, cuando el alferez don Juan de Silva se le presenta.

—Dios os guarde, Alonso amigo.

—Él os guarde, don Juan. ¿Habeis avanzado algo?

—Está todo perdido.

—¿Qué habeis hecho? decidme!

—Desesperado de no poder vencer la pertinacia de doña Ines, i conociendo que es imposible hacerla desatender los consejos de

ese demonio de Anjelina, que no se aparta de su lado, desde que matásteis al hermano, me determiné a pedir su mano a don Francisco.

—Sin prepararle de antemano, sin esperar a que yo hablase con doña Ines... Habeis hecho mal, don Juan, habeis destruido mi plan. Doña Ines habria sido vuestra, si no hubieseis precipitado las cosas.

—¡Qué demonio! Si se me presentó ocasion, cómo no habia de aprovecharla! Esta mañana visité a don Francisco, despues de cierto acontecimiento ocurrido en el cabildo, de que luego os hablaré: halléle determinado a encerrar a doña Ines en un monasterio i aun tomó alli mismo algunas providencias para verificarlo. Habléle sumisamente i díjele que yo admitia a doña Ines por esposa, si él nos otorgaba su venia; pero me dió una negativa tan furiosa i terminante, que no poco pesar me costó reprimirme para rogarle lo mismo i apaciguarle. Él me insulta, me veja i por fin me dice que la hija de un Rojas no puede unirse a un canalla, a un perro que desciende de judios. Mi respuesta se la dí pronto, estampándole mi

manopla en un carrillo i el duelo quedó emplazado para esta noche a las once. Eso es todo.

—¡Qué habeis hecho, don Juan!!....

—Lo dicho: i vos tendreis que acompañarme al sitio, porque no tengo otro amigo que vos.

—Yo no puedo ser testigo de un duelo en que va a batirse ese anciano a quien tanto debo.

—Si no os parece, no sea: yo me iré solo; que a otro no he de fiar mi lado.

—Reflexionad, don Juan, Ines me ama, a mí, al matador de su hermano; su anciano padre es desgraciado por mí.... ¿Deberé yo auxiliar a su contrario?....

—Ya os dije que asi sea: no estoi ahora para responder a los argumentos del miedo. Vos me precipitásteis en esto, i yo os perdono aunque me abandoneis, asi como perdonaba a doña Ines el que os amase.

—Eso menos, don Juan, mi pecho no conoció jamas el miedo, i de mí no se dirá que abandoné a un amigo en el peligro. ¡Fuerte es la prueba que voi a daros, pero os la daré, ¡Vive Dios!....

Escandecióse el rostro del jóven i don Juan le estrechó la mano, separándose de él i asegurándole que en su casa le aguardaba.

Una hora despues se veian en un estrecho cuarto, sin tapiz ni muebles, dos hombres sentados alrededor de una mesa de nogal i apurando una bota de un añejo, cuya fragancia trasminaba el aposento. Las oscilaciones del candil que los alumbraba imprimian un aire siniestro a sus fisonomias i retrataban sus formas en jigantescas dimensiones sobre la pared. El uno era corpulento i abundaba de salud; su frente abultada se dilataba hasta la mitad de la cabeza, por falta de cabello; pero a trueque de eso tenia una barba espesa que sombreaba su roja i espaciosa cara, i el bigote le cubria enteramente la boca. El otro era un jóven de regular estatura, de aire macilento, pelo negro i abundante, pero sin barba; ojos hermosos i de un mirar fogoso i atrevido, nariz corva, i pulida boca; está con su codo apoyado en la mesa i la mano en la mejilla, enteramente contraido a la narracion que de sus hechos le hace el primero, cuyo nombre, como sabemos, es don Juan de Silva.

La noche era horriblemente tempestuosa. El mar ajitado mezclaba el prolongado estruendo de sus olas al estampido del trueno que se repetia cada momento con mas furor: un viento caliente, anuncio infalible de la tempestad, zumbaba sordamente en los techos i los sacudia a manera de un terremoto. La oscuridad era tan densa que el mundo parecia perdido en un caos insondable i espantoso.

Son las diez: los dos alféreces se levantan, apuran el último trago que les quedaba en la bota, i salen con sus espadas i dagas. No se divisaba en las calles ni edificios, ni alma viviente: la poblacion estaba en silencio por que el repentino cambio del tiempo habia puesto fin a los regocijos de aquel dia.

Llegaron ámbos a un sitio próximo a la ribera del Biobio i allí pararon: Alonso propuso a su compañero que se pusiera cada uno su pañuelo atado al brazo, para no desconocerse en lo que pudiera ofrecerse, a causa de la oscuridad, i asi lo hicieron.

Largo trecho hacia que esperaban, cuando una voz, conocida por la de don Francisco de Rojas, dijo—¡don Juan de Silva!

Don Juan respondió—¡Aquí estoi!

Metieron ámbos mano a las espadas i se embistieron rabiosos, mientras los dos testigos permanecian quietos en sus puestos. Fueron bregando sin que ninguno cediera al otro, i la luz siniestra del relámpago brillaba en sus espadas i mostraba a cada combatiente la situacion de su adversario.

Un trueno revienta con fragor terrible casi sobre las cabezas de los que reñian, i al mismo tiempo un hondo quejido muestra a Diaz que su amigo estaba herido: púsose luego a su lado, i al punto el otro, al lado del caballero Rojas: entónces el combate se hizo jeneral, sin que una de las dos parejas estorbase a la otra.

A poco andar, cayeron los dos primeros; i Alonso con su enemigo continuaron tirándose tajos con furor i con destreza. El uno dobla sus rodillas i suelta la espada diciendo—¡Ah! traidor, que me habeis muerto!

Alonso, que era el vencedor, pregunta ¿quién sois vos?..i el moribundo responde:

—¡Don Miguel de Erauso!....

Los tres caidos pedian a voces confesion, i Alonso atónito i casi sin sentido, corre a

San Francisco, les envia dos relijiosos i se encierra en su celda. Los dos primeros espiraron en el acto i el secretario de guerra fué conducido a casa del gobernador.

Allí se le ofrecieron los auxilios del arte, e inmediatamente se dió principio a la sumaria para indagar quién era el que sobrevivia i someterle a la justicia. El capitan don Miguel lo declaró todo, menos el nombre de su vencedor. El gobernador increpábale su reserva, pero nada pudo alcanzar.

Así hubiera permanecido libre Alonso, si en un momento de delirio, don Miguel, que porfiaba con el doctor Robledo porque le diese a beber viño, no hubiera esclamado:

—¡Mas cruel es usted, doctor, que el alferez Diaz, que me ha herido!

Luego murió, i el gobernador pasó la noche en vela preparándose para hacer al otro dia la justicia que todos sus oficiales i los principales vecinos le pedian contra el desgraciado Alonso.

III.

El cadalso está preparado en el centro de la plaza de Concepcion; las tropas lo rodean

i un numeroso concurso vaga en silencio por los alrededores. El dia se avanza i el reo todavia no aparece.

El gobernador se paseaba pensativo en el salon de su despacho, esperando el resultado de la tercera i última intimacion que habia hecho a frai Francisco de Otarola, provincial de la órden seráfica, para que entregase al reo Alonso Diaz, asilado en su convento. Al fin aparece el oficial mensajero, trayendo por respuesta una redonda negativa del provincial.

El gobernador se hace seguir de su guardia de piqueros i marcha al convento, resuelto a allanarlo para sacar por su propia mano al reo. Llega, se manda abrir las puertas, le resisten; las hace derribar, penetra con espada en mano i encuentra a la comunidad que le cierra el paso con sus brazos cruzados sobre el pecho i la capucha calada: pretende abrirse paso i los frailes con tono humilde le intiman que no volverá a salir Su Merced ni sus tropas, si se atreven a violar su asilo.

En tanto, el provincial contiene al alferez Alonso, que, con espada en mano, quiere él

solo impedir la entrada del gobernador; le insta, le ruega que se salve i que evite una profanacion de la santidad del claustro; i miéntras que su comunidad resiste humildemente en la puerta, el santo prelado consigue, casi por fuerza, que Alonso escale las tapias del jardin i salte a las casas vecinas.

Despues de un largo altercado, el Capitan Jeneral, aconsejado por el jesuita Valdivia, se resuelve a respetar la inmunidad eclesiástica, tan consagrada por las leyes de entónces, i se retira confiado en la promesa que le hacen los franciscanos de que el reo será enjuiciado por sus trámites i segun los fueros de la iglesia.

Alonso ha tomado pié en una casa cuyos departamentos le son desconocidos: vaga largo rato cautelándose, sin encontrar a nadie, i despues entra en una sala cuyas puertas i ventanas estaban entornadas. Una mujer cae exánime gritando ¡el asesino! i otra cubierta de luto se reclina sobre ella a prestarla auxilios....

Alonso permanece en pié, helado, con una especie de pavor que jamas ha sentido, sin poder proferir una palabra: acaba de ver

caer a Anjelina i mira a la hermosa doña Ines, que tambien le ha reconocido.

A ese tiempo resonaban en la calle los clarines de los tercios que se retiraban de la plaza, i los gritos i algazara del pueblo que los acompañaba a sus cuarteles.

Vuelta en sí Anjelina, i despues de un profundo i significativo silencio, durante el cual permanecieron los tres mirándose de hito en hito, como espantados, Alonso se arroja a los pies de las dos damas, que estaban fuertemente abrazadas; i sollozando, con voz ahogada i balbuciente,

—¡Perdon, perdon, las dice, no para un criminal, sino para....para la MUJER mas desgraciada que jamas la tierra sustentó!!..

—*¡Mujer!!* repiten ámbas horrorizadas i retrocediendo como si huyeran de un espectro.

—Mujer, sí, la mas infeliz!....

En esta situacion permanecieron sin proferir mas palabra, hasta que doña Ines, rompiendo en amargo llanto, levantó al alferez del suelo en que yacia, preguntándole:

—¿Quién sois? decídmelo sin engaño.... no añadais el escarnio a mis tormentos!...

—Soi doña Catalina de Erauso, nacida de nobles padres en San Sebastian. Pasé mi niñez en un convento, de dondé fugué a tiempo de profesar. Vagué por la España, en traje de hombre, hasta que la suerte me atrajo a estas rejiones, en donde fuí arrastrada por la fortuna a tomar la carrera de las armas. Vosotras conoceis mis hazañas i ahora sois las únicas depositarias de mi secreto....Maté a vuestro hermano, doña Ines, porque le amaba con delirio i mé sentia arrebatada por los celos: yo no podia hacerme amar de él, pero tampoco podia sufrir que entregase su corazon a otra. Por eso os engañé: vos me amásteis, me lo dísteis a conocer, i yo no podia desecharos, porque habria perdido al ídolo de mi corazon. Un arrebato de los celos, un momento de vértigo me hizo cometer aquel crímen que lloraré toda mi vida....¡Perdonadme, doña Ines....Vos sois la única que puede absolverme acá, para que Dios me perdone en el cielo: si vos me condenais, él tambien me condenará....

—¡I mi padre, mi anciano padre, interrumpió doña Ines.

—Yo no he muerto a vuestro padre: el honor, un compromiso me arrastró a ser testigo de su duelo, ¡que ojalá jamas lo hubiera sido! Allí encontré a un hombre, un hombre con quien debia batirme tambien, sin saber quien era; le dí la muerte batallando lealmente, pero ese hombre, doña Ines, era mi hermano, mi protector!....el amigo que me habia favorecido sin conocerme... ¿Quereis mayor expiacion? ¿No es este un castigo de Dios? Mil vidas daria por volverle la que le quité!.....el cadalso es poca afrenta, no es castigo para mí!!....yo merezco mas....yo no debí huir....Aquí, aquí estoi!!....

I diciendo esto quiso correr hácia la puerta i cayó sin sentido....

IV.

Son las diez de la noche: la ciudad está en silencio i sus calles desiertas

Tres mujeres se ven atravesar con paso ajitado i sin hacer ruido alguno: parece que se dirijen hácia el rio, que en aquellos mo-

mentos está abundante i majestuoso, por el flujo del mar.

Al llegar a cierto paraje, donde se encuentran algunos avellanos silvestres que se empinan jigantescos, robustos e inmobles, una de ellas se arroja de rodillas a los pies de una de las otras.

—Aquí es, doña Ines, la dice, donde debeis darme vuestro perdon!!....

Doña Ines la levanta i sollozando le responde: ¡Dios te perdone!....

En aquel sitio habian caido la noche anterior don Francisco de Rojas, don Juan de Silva i don Miguel de Erauso.

Las tres se arrodillan de nuevo: pasan algunos momentos durante los cuales el aura lleva algunos suspiros ardientes i varias palabras misteriosas, i las tres continúan su camino.

Llegan a la ribera: allí está un hombre con un caballo enjaezado i algunas armas en la mano. Una de las mujeres arroja su traje, se ciñe la espada i dando un abrazo mudo i tierno a cada una de sus compañeras, monta el corcel i se precipita a las hondas.

Las dos que quedan en la orilla miran con solicitud a la que se retira....

Ya no se ve mas que un punto negro allá a lo lejos, en la superficie de las aguas, que reflejan las estrellas de los cielos.

El punto desaparece: no se oye mas que el murmurio de las corrientes que juguetean en las arenas. Las dos se postran i rezan....

Despues de una prolongada angustia, se oye en la ribera opuesta un tiro de arcabuz.

Esa señal significa que se ha salvado la *Monja Alferez.*

(Enero de 1848.)

ROSA.

(EPISODIO HISTORICO.)

I.

El once de febrero de 1817 la poblacion de Santiago estaba dominada de un estupor espantoso. La angustia i la esperanza, que por tantos dias habian ajitado los corazones, convertíanse entonces en una especie de mortal abatimiento que se retrataba en todos los semblantes. El ejército independiente acababa de descolgarse de los nevados Andes i amenazaba de muerte al ominoso poder español: de su triunfo pendia la libertad, la ventura de muchos, i la ruina de los que, por tanto tiempo, se habian señoreado en el pais; pero ni unos ni otros se atrevian a descubrir sus temores, porque

solo el indicarlos podria haberles sido funesto.

La noche era triste: un calor sofocante oprimia la atmósfera, el cielo estaba cubierto de negros i espesos nubarrones que a trechos dejaban entrever tal cual estrella empañada con los vapores que vagaban por el aire. Un profundo silencio que ponia espanto en el corazon i que de vez en cuando era interrumpido por lejanos i tétricos ladridos, anunciaba que era jeneral la consternacion. La noche, en fin, era una de aquellas en que el alma se oprime sin saber por qué, le falta un porvenir, una esperanza; todas las ilusiones ceden: no hai amigos, no hai amores porque el escepticismo viene a secarlo todo con su duda cruel; no hai recuerdos, no hai imájenes, porque el alma entera está absorta en el presente, en esa realidad pesada, desconsolante con que sañuda la naturaleza nos impone silencio i nos entristece. Temblamos sin saber lo que hacemos, el zumbido de un insecto, el volido de una ave nocturna nos hielan de pavor i parecen presajiarnos un no sé qué de siniestro, de horrible....

Eran las diez, las calles estaban desiertas i oscuras; solo al pie de los balcones de un deforme edificio se descubria, envuelto en un ancho manto, un hombre que, a veces apoyado en la muralla i otras moviéndose lentamente, semejaba estar en acecho.

De repente hiere el aire el melodioso preludio de una guitarra, pulsada como con miedo, i luego una voz varonil, dulce i apagada deja entender estos acentos:

¿Qué es de tu fé, qué se ha hecho
El amor que me juraste,
Rosa bella?
Acaso alienta tu pecho
Otro amor i ya olvidaste
Mi querella?

¿No recuerdas, linda Rosa,
Que al separarnos jurabas,
Sollozando,
Amarme siempre, i donosa
Con un abrazo sellabas
Tu adios blando?

Como entonces te amo ahora;
Porque en mi pesada ausencia,
A mi lado,

oñaba encantadora,
partiendo la inclemencia
ni halo.

oras, pues, a tus amores
deseches mi quebranto;
é muriera,
ltrajáras mis dolores,
esdeñáras mi llanto!
chicera!.....

ún a las endechas un lijero ruido
alcones i un suave murmullo que,
er. decia:
rlos. Cárlos! ¿eres tú?
Rosa mia, yo que vuelvo a verte, a
a ti para siempre!
ra siempre! ¿no es una ilusion?
e hoi que vuelvo trayendo la liber-
a mi patria i un corazon para tí, al-
, tu padre se apiadará de nosotros:
rvire de apoyo para ante el gobier-
pendiente, i él me considerará como
ido digno de su hija....
h! no te engañes, Cárlos, que tu en-
a cruel! mi padre es pertinaz, te abor-

rece porque defiendes la independencia, tus triunfos le desesperan de rabia.....

—Yo le venceré, si tú me amas; prométeme fidelidad, i podré reducirle.....

—Espera un instante, que en ese sitio estás en peligro!

El diálogo cesó. Despues de un tardío silencio se ve entrar al caballero del manto por una puerta escusada del edificio, la cual tras él volvió a cerrarse

Pero la calle no queda sin movimiento; a poco rato se vislumbra un embozado que sale con tiento de la casa, desaparece veloz, i luego vuelve con fuerza armada, i ocupa las avenidas del edificio: voces confusas de alarma, de súplica, ruido de armas, varios pistoletazos en lo interior, turban por algunos momentos el silencio de la ciudad.

Una brisa fresca del sur habia despejado la atmósfera, las estrellas brillaban en todo su esplendor i la luna aparecia coronando las empinadas cumbres de los Andes; su luz amortiguada i rojiza contrastaba con la oscura sombra de las montañas i les daba apariencias jigantescas i siniestras.

El chirrido de los cerrojos de la cárcel i

de sus ferradas puertas resonó en la plaza: un preso es introducido a sus calabozos...

II.

A la una del dia doce estaba sentado a la mesa con toda su familia el Marques de Aviles. Uno de los empleados del gobierno real acaba de llegar.

—¿Qué nos dice de nuevo el señor asesor? pregunta el Marques.

—Nada de bueno: los insurjentes trepaban esta mañana a las siete la cuesta de Chacabuco: nuestro ejército los espera de este lado, i en este momento se está decidiendo la suerte del reino, señor Marques; entre tanto, ¿V. S. no ha leido la *Gaceta del Rei*?

—No, léala V. i veamos.

Trae la misma noticia que acabo de dar a V. S. i este párrafo importante.

El Asesor lee:

«Anoche ha sido aprehendido en una casa respetable de esta ciudad el coronel insur-

jente Cárlos del Rio. Se sabe de positivo que este facineroso ha sido el vencedor de nuestras avanzadas en la cordillera; i que juzgando el insolente San Martin que podia sacar gran ventaja de la audacia i sagacidad de este oficial, le ha mandado a Santiago con el objeto de ponerse de concierto con los traidores que se ocultan en esta ciudad. Pero la Providencia divina, que proteje la causa del Rei nuestro señor, puso en manos del gobierno el hilo de esta trama infernal, i uno de los mejores servidores de S. M. entregó anoche al insurjente, el cual se habia atrevido a violar el asilo de aquel señor con un objeto bien sacrílego. S. M. premiará a su debido tiempo tan importante servicio, i el traidor espiará hoi mismo su crímen en un patíbulo, adonde le seguirán sus cómplices.....»

Aquí llegaba la lectura del Asesor, cuando Rosa que estaba al lado de su padre el Marques, cae desmayada, lanzando un grito de dolor. Todos se alarman, la Marquesa dá voces, el Asesor se turba, unos corren, otros llegan; solo el Marques permanecia impasible, i diciendo al Asesor.—No se fije V.

en esta loca, yo he sido quien he prestado al Rei ese servicio, yo hice aprehender aqui en mi casa a ese insurjente que me traía inquieta a Rosa de mucho tiempo atras; qué quiere V! casi se criaron juntos! La frecuencia del trato, eh?....El muchacho se inquietó con los insurjentes, yo le arrojé de mi presencia i hoi ha vuelto a hacer de las suyas!....

Despues de algunos momentos, merced a los auxilios de la Marquesa, Rosa vuelve en sí: sus hermosos ojos humedecidos, su color enrojecido, sus labios trémulos, su cabellera desarreglada, sus vestidos alterados, todo retrata el dolor acerbo que desgarra su corazon: es un ánjel que llora, que pide compasion i que solo obtiene por respuesta una sonrisa fria, satánica!....

—¡Padre mio, dice arrodillada a los pies del Marques, yo juro no unirme jamas a Cárlos, pero que él viva!....Un sollozo ahoga su voz.

—Que él muera, replica el anciano friamente, porque es traidor a su Rei.

—¿No os he dado gusto, padre mio? ¿no me he sacrificado hasta ahora por respeta-

ros? Me sacrificaré mas todavia, si es posible, pero que él viva!....

—¡Vivirá i será tu esposo, si reniega de esa causa maldita de Dios que ha abrazado, si vuelve a las filas de su Rei....el anciano se conmovió al decir estas palabras.

Rosa se levanta con una gravedad majestuosa, i como dudando de lo que oye, fija en su padre una mirada profunda de dolor i de despecho, i concluye esclamando con acento firme:

—¡No, señor! quiero mas bien morir de dolor, i que Cárlos muera tambien con honra por su patria, por su causa; yo no le amaria deshonrado....

Desapareció. Un movimiento de espanto, como el que produce el rayo, ajitó a todos los circunstantes....

Las tinieblas de la noche iban venciendo ya el crepúsculo, que hacia verlo todo incierto i vago.

Habia gran movimiento en el pueblo, el susto i el contento aparecian alternativamente en los semblantes, nadie sabe lo que hai, todos preguntan, se inquietan, corren, huyen, el tropel de los caballos i la algazara

de los soldados de la guarnicion lo ponen todo en alarma. La jente se apiña en el palacio, el Presidente va a salir, no se sabe adonde: allí está el Marques, la Marquesa, el Asesor i otros muchos de los principales.

Rosa aprovecha la turbacion jeneral, sale de su casa disfrazada con un gran pañolon: oye vivas a la patria, sabe luego que los independientes han triunfado en Chacabuco, i corre a la cárcel a salvar a su querido: llega, ve todas las puertas abiertas, no halla guardias, todo está en silencio, los calabozos desiertos; corre despavorida, llama a Cárlos, solo le responde el eco de las ennegrecidas bóvedas: penetra al fin en un patio: allí está Cárlos, el pecho cruelmente desgarrado, la cabeza inclinada i atado por los brazos a un poste del corredor....¡Una hora antes le habian asesinado los cobardes satélites del Rei!

Rosa toma entre sus manos aquella cabeza que conservaba todavia la bella espresion del alma noble, intelijente, del bizarro coronel; quiere animarla con su aliento....se hiela de horror....vacila i cae de rodillas.. Una mano de fierro la levanta, era la del

Marques que con voz trémula i los ojos llorosos le dice:

¡Respeta la voluntad de Dios!

III.

Era el 12 de febrero de 1818: el ruido de las campanas, las salvas de artillería, las músicas del ejército, los vivas del pueblo que llena las calles i plazas, todo anuncia que se está jurando la Independencia de Chile!

¡La patria es libre, gloria a los héroes que en cien batallas tremolaron victoriosos el tricolor! Prez i honra eterna a los que derramaron su sangre por la libertad i ventura de Chile!....

En el templo de las Capuchinas pasaba en ese instante otra escena bien diversa: las puertas estaban abiertas, los altares iluminados, algunos sacerdotes celebrando; una que otra mujer piadosa orando: las monjas entonaban el oficio de difuntos, su lúgubre campana heria el aire con sones plañideros.

En el centro del coro se divisaba al traves de los enrejados, un ataud.....

Ese ataud contenia el cadáver de la hija del Marques de Aviles; estaba bella i pura como siempre, i su frente orlada con una guirnalda de rosas....

(18 de Junio de 1847.)

EL RECUERDO DE UN SOLDADO.

(Episodio histórico.)

I.

¿Qué sois, Rancagua, decidme,
Vos, que teneis vuestro nombre
En las hojas de la historia
Y vuestra fama en el orbe?
¿Sois un gran pueblo en riquezas
Que sobre todos desbordes,
O en las ciencias i cultura
Llevais el mundo a remolque?
¿Cuáles son vuestros palacios,
Vuestros templos de gran mole,
Cuáles son los monumentos
Que os hacen famosa i noble?
De inmenso pueblo el bullicio
En vuestras calles no se oye.....

Todo es silencio: no hai nada
Que vuestras glorias blasone!
No parece sino que
Algun crímen mui enorme,
O algun recuerdo profundo
Vuestro corazon agobie.
¡Haceis bien, Rancagua ilustre,
Vuestra tristeza os abone!
Debeis llorar vuestra gloria,
Maldecir vuestro renombre!
Esa gloria, vive Dios,
Es negra cual los pendones
Que en vuestras tapias ondearon
En ochocientos catorce!
Vuestro suelo está teñido
Con la sangre de mil próceres,
Sangre que vi yo aposada
En vastos charcos atroces!
Yacen en vuestras murallas
Aun las balas que entonces
Con furor nos disparamos
Los patriotas i españoles;
Y los altares sagrados
Tambien lucen sus festones
Acribillados de balas,
Porque allí, en su sitio inmobles,

Presenciaron la matanza;
I hoi son los mudos padrones
Que nuestra gloria recuerdan
Ante Dios i ante los hombres!!...
Aquí cayó Ibieta, el niño,
Allí Cáceres i Flores,
Vial allá, i el bravo Cuevas
Combatiendo como leones!
I cayeron mas i mas
En apiñados montones,
Gritando—*viva la patria!*
Que era su grito de entonces!....
Gloria o muerte, la divisa
Que proclamamos feroces;
Guerra a muerte, sangre y fuego
A *lanudos* i españoles.
Perecimos! Nos vencieron!
Pero no como a collones!
Nuestra sangre pisotearon,
Pero siempre es sangre noble!....
I mi capitan! Reniego
De la muerte de aquel prócer,
Cuando me acuerdo. ¡Tan bravo,
Tan bizarro i bello jóven!

II.

Un suspiro profundo el pecho embarga
Del que así hablaba; estático se queda
Y en silencio, agobiado del recuerdo
Que asalta su memoria de poeta.
Su rostro contraido, la mirada
Fija en un punto i a la par incierta,
Que una imájen atroz le sobrecoje,
Nos dicen i su vértigo nos muestran.
Una lágrima corre de sus ojos,
La enjuga con la mano a toda priesa
Porque a un soldado que se dice bravo
Las lágrimas de pena no le sientan.
La luna a la sazon sobre la plaza
Derramaba su luz copiosa i bella;
El soldado la mira i en sus lágrimas
Esa luz traicionera se refleja;
Sus formas de jigante, su apostura,
De una estátua le daban la apariencia
Colocada en el sitio del combate
Que Rancagua sostuvo heróica i fiera;
Una gorra redonda a que los tiempos
Han quitado el color i la visera,

I un leviton barroso mui cuidado,
Son de su antigua profesion las prendas.
Una pierna de palo le sostiene
Auxiliada tambien de una muleta,
Que es imposible que ella por sí sola
Tan vasta mole sostener pudiera....
Otro suspiro desahogó al soldado,
Su cara se mostró ya mas serena,
I echando mano a sus mostachos grises
Da movimiento airoso a sus tres piernas.
Encamínase al lado de la plaza
Donde venden sus cosas las venteras
Que allá en la *Plaza de los Héroes* venden,
Como en mercado público o en tiendas.
A lo menos así era la moda
Cuando pasaba lo que aquí se cuenta:
Entonces aquel sitio de los mártires
Servia a los caballos i a las ventas.
Allí por largas horas se pasaba
Nuestro soldado en íntimas contiendas
Con las muchachas, que, ademas de halagos,
Le obsequiaban almuerzos i meriendas.
Esa noche llegó mui lentamente
Callado, pensativo i en reserva,
Pero luego las mozas le saludan
I arman con él la mas sabrosa gresca.

III.

Soldado.

Guarde Dios a las señoras.

Las mujeres.

I a usted tambien, mi sarjento.

Una.

Jeneral debe llamarse,
No es así, mi seño Pedro?

Soldado.

Algo mas hubiera sido
Si aquellos canallas perros
No hubieran hecho volar
Mi pierna cien varas lejos.

Una.

Solo se han menester piernas
Para correr, cuando hai miedo.

Soldado.

¡Eso, niña, verdad dice
Tu boquita de lucero!

Porque el correr ha valido
Siempre para los ascensos.
Conozco yo corredores
Que han llegado hasta los cuernos
De la luna, cuando al frente
Al enemigo tuvieron;
Y aunque Dios los destinaba
Para quedarse de ceros,
Ellos en nuestra carrera
Los premiados siempre fueron!
Para que veais que sin piernas
No se logran los ascensos.

Una vieja.

¿Siempre le duele la suya,
O ya muda de bisiesto?

Soldado.

Calle usted, señora mia,
Que me trae medio muerto.

Otra.

Pero es usted tan porfiado
En cargar ese madero!

Soldado.

¿Qué madero, el de mi pierna?

Cada dia mas lo quiero,
Porque era el escobillon
Con que yo atacaba recio
El cañon de mi trinchera.
Cuando caí por los suelos
Y mi pierna fué volando,
Conmigo cayó el madero,
Y desde ese instante cruel
El cañon no dió mas fuego:
Cargaron los enemigos
I rodaron nuestros cuerpos
Como harapos empapados
En sangre, sudor i cieno!....

Una.

¿Y el capitan i la niña
Entonces ya habian muerto?

Soldado.

Sí, por su bien. Nuestra afrenta
Ambos a dos no la vieron.

Otra.

Repítanos por su vida
La historia de ese suceso.

Soldado.

La historia no es larga, niña:

Los infames sarracenos,
Votando cercas i tapias,
Venian derecho al centro.
Ya no estaban de nosotros
Sino una pared por medio,
Cuando abriendo una ventana
Aquel ánjel de los cielos,
Hizo una seña amorosa
A mi capitan, su dueño,
I le notició el peligro.
El capitan no era lerdo
Ni en la guerra ni en amores:
Yo lo ví inclinarse tierno
Sobre la mano medrosa
De su adorado embeleso,
I luego dar voz de mando
A diez soldados, que fieros,
Despues de mirar la niña,
Arrojados le siguieron.
Era mas vivo que nunca
Entonces el tiroteo,
I las llamas devoraban
Cien casas que con estruendo
Se desplomaban, formando
Nubarrones de humo negro;
Las campanas, los relinchos,

Los gritos, los clamoreos,
Formaban mas algazara
Que la que hai en los infiernos.
El capitan asaltó,
Los matuchos resistieron,
I a punta de bayoneta
Los hizo morder el suelo.
Pero una bala traidora
Vino a dormírsele al pecho:
Sus fuerzas le abandonaron,
Él cayó, pero venciendo!....
La hermosa niña, aquel ánjel
Que le advirtió nuestro riesgo,
Vé caer a su querido,
I penetra con denuedo
Por entre el fuego i la sangre.....
Llega a él, i con su aliento
Lo reanima, amorosa
Lo apoya en sus brazos tiernos.
Sobre la espalda tendido
Tenia su largo pelo:
Ojos negros, color pálido,
Talle elevado i esbelto;
Cara linda como un oro.....
Paréceme que la veo!
Mi capitan se incorpora,

La reconoce, i al seno
La estrecha con la agonia
De los últimos momentos.
Muere el valiente, i un beso
Recibe de su adorada.....
¡Era el beso postrimero!
Pero su alma no fué sola:
Al instante un sarraceno
De los que allí habia heridos
Descarga su arma certero
Sobre la niña, i la dobla
Como una flor dobla el viento.....

Los últimos acentos del soldado
Ahogáronse en el llanto i los sollozos
De los oyentes, que antes tan gozosos
Pidiéronle la historia que ha narrado.
El guerrero partió mústio i callado,
Los oyentes quedaron, i medrósos,
Con suspiros tardíos, misteriosos,
Comentan el suceso desgraciado.

1848.

CUADROS DE COSTUMBRES.

UNA HORA PERDIDA.

«Hai ciertas horas sin hora» ha dicho en letra de molde un poeta de estos tiempos, i sabe Dios lo que pretendió decir: ya se vé, no es dado muchas veces al miserable vulgo, a esa parte preciosa de la humanidad a que por su solidez le dicen *masas*, el comprender los altos conceptos que allá en sus lucubraciones estampa en el papel un poeta que delira o un pensador de los de ogaño, que tanto gustan de encumbrarse hasta perderse de vista. Ya que ahora está la moda por los enigmas, yo tambien me digo «Hai ciertas horas perdidas», i a la verdad que tampoco entiendo lo que quisiera decir; es tan fácil esto de decir lo que no se piensa i de pensar lo que no se puede espresar: yo

tal vez llamaré perdidas las horas que otros aprovechadas, porque en lo de sacarle jugo a las horas sucede lo que en todo, cada cual sabe su cuento. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que anoche me pasé una de ellas que no sé cómo llamarla; el que me escuche bautícela, que yo trataré de pintarle al neófito tal como salió del seno de su padre porque las horas no son concebidas como lo fué el pecador David: el tiempo las produce i las arroja sañudo sobre los débiles mortales que las devoran sin siquiera masticarlas.

Como el único premio de los escritores valadíes es el que ellos se procuran hablando de vez en cuando con suave modestia de sus talentos i de otras cosillas que les atañen, yo no quiero ser menos, i diré algo de mí propio. Hai un cierto desabrimiento que asalta a veces el corazon sin qué ni para qué, i se pega en él con tan tenaz aficion, que no se halla medio de arrancarlo. Desabrimiento es este que algunos consideran como un signo, como una prueba de la inmortalidad de nuestro espíritu, i dicen que es un requerimiento de pago que Dios nos

hace con mas benignidad que la de nuestra lei de procedimientos. Otros, menos timoratos, lo caracterizan como esceso de vida, como una superabundancia de nuestro ser, que es necesario no desperdiciar, sino dirijir de tal manera que vuelva a fecundar la fuente de donde emana. Mas no estoi para filosofias; lo que no se puede negar es que el tal ataque nervioso causa amarguras en el alma i hace que lo miremos todo, sino con maligna indiferencia, con aquel ódio estúpido que tanto asemeja al hombre con las fieras. Entonces viene aquello de maldecir de la sociedad, de conocer i admirar la falacia del sexo amable, aquello de renegar de la indolencia de los que mandan i de la mala fé de todos: entonces se nos presenta la humanidad con sus deformidades i sus llagas incurables; ya no es el hombre el rei de la creacion: el que es mas necio traga un veneno o se manda guardar una onza de plomo en las concavidades del cráneo, i el que no, se echa a su cama o sale o pasearse, Dios mediante. En esos estremos me hallaba yo a las once de anoche, i ¡quién lo creyera!, el amor a la vida me hizo tomar mis

atavios de calle i plantarme en la que primero se me ofreció, i ni la oscuridad que tanto sublima el aspecto de nuestros pueblos a esas horas, ni el poético silencio en que desde temprano se sepulta nuestro Santiago, ni las precauciones que la sábia i laboriosa policia tiene tomadas para hacernos sentir a menudo la frajilidad de nuestras piernas, i con ella el fin para que fuimos creados, nada, nada me sacaba de mi estupor; cuando de repente, zas, me doi un furioso empellon con un embozado que me dice riéndose:

—¡Ola! V. por aquí, caballerito?

—¡Oh, Sr. D. Fuljencio! me ha conocido V.?

—Tate! no quisiera V. que lo conozcan! Vaya, anda V. en pasos pecaminosos.

—No, que ando en carrera de salvacion: estoi con esplin i de V. pende que yo no me tire esta noche al Mapocho: es preciso que V. me lleve a alguna parte donde pueda divertirme.

—Ah, no, señor mio, no voi yo adonde pueda V. hallar diversion; si lo llevara, no le gustaria a V.

—Pero siquiera habrá con quien conversar un rato.

—Al contrario; si allí no se conversa.....

—Y qué se hace?

—Qué se hace? calentarse la cabeza en silencio; i fuera de chanza, la calentura es de volverlo a uno loco, i siempre en silencio, ¿qué le parece a V.?

—Tanto mejor, me distraerá ese silencio, i mucho que me gustará sobre todo cuando con gracioso menear de cabeza, pregunte una bella— ¿Quién hace coro? — i vuelva a animarse el diálogo suspenso.

—Jesus, amigo! nada de eso; si allí no hai niñas, sino hombres solamente.

—Cosa singular! es alguna sociedad masónica o patriótica? Pues bien, o V. no va, o va conmigo.

—Brava alternativa..... cómo ha de ser, perderá V. una hora, ya que se le pone. ¡Cuidado, que le va a pesar!

No mucho habíamos andado cuando entramos por un postigo entornado a un estrecho patio. Siento voces asi como de riña:— «Estaba fuera.—No, señor, no, esto es adentro en toda tierra de garbanzos.—Retírese

V., no quiero ni debo pagarle.—Decídanlo VV., señores.—Estaba adentro, responden algunos. — Pues bien, pague V.— Pagaré por ser solo un chiquito, pero no tallo si el señor sigue apuntando. — Estábamos con D. Fuljencio en la puerta, cuando vimos salir al ganancioso, que era un donoso muchacho, en cuyo rostro aparecia una espresion de vergüenza i alegria. Lo dejamos salir i D. Fuljencio me dijo: — No se asuste V., amigo, de lo que ve; no le decia yo que venia a incomodarse? pero todavia es tiempo.—No, señor, quiero ver lo que pasa por aquí.

Entramos a una sala donde habia varias mesas rodeadas de encapados, sentados los unos, los otros en pie, i a veces inclinados sobre los primeros de tal guisa, que mas bien parecia se les echaban a cuestas. ¡Vaya que aquellos debian tener fuerzas pulmonares, casi de normandos, pues que se quedaban sin decir chus ni mus i tan contraidos a su asunto como podia estarlo un poeta que se devana los cascos por hallar un consonante! Sentámonos en un sofá, sin ser sentidos de los concurrentes, a pesar de que

reinaba mucho silencio a la sazon: se oia un palabreo sordo i algunas voces perceptibles mezcladas con el tónico sonar de las monedas i el golpe de ciertos huesecillos o de unos cartoncitos que arrastraban tras sí las miradas ansiosas de los circunstantes. En una mesa decian: — Trina, suerte entera, media suerte.—En otro se oia: —Una al rei, dos al cinco, tres al siete, saltó.—Mamarán.—Por veinte onzas en carta.—Ea, poderoso Judas, mañana te hago una fiesta.— A veces se alteraba el órden con alguna ajitacion pasajera. Mi compañero, que permanecia sereno i mirando a todos con un aire significativo, me dijo al oido:

—Ya vé V., aquí no hai diversion.

—¡Con que este es un garito, Sr. D. Fuljencio!

—No, mi amigo, una casa en que se reunen varios señores a matar la noche.

—No tienen mal modo de matarla, asesinándose la honra i el bolsillo. ¡Vea V. una casa de juego en el centro de la poblacion!

—¡Oh! de estas hai varias.

—¡No obstante las prohibiciones de nuestras leyes, a pesar del decreto que última-

mente dió el gobierno para que se llevasen a efecto! ¡Esta es una infamia, un escándalo que no puede tolerarse!

—¡Ja, ja, ja! Se conoce que V. es abogadito nuevo, mi amigo, i que no sabe todavia lo que se pesca en el mundo: ¡qué leyes ni qué niño muerto! ¿Le parece a V. que hai leyes contra lo que el hombre desea? El juego es una necesidad, es una diversion que a todos gusta, que todos aprueban i se procuran por angas o por mangas. No lo digo porque sea yo jugador, nada de eso, amigo, yo jamás pongo ojos en una carta, ni Dios lo quiera: sino que es de tanta necesidad el juego en el dia, que, segun dijo el otro,

> Ya no es un vicio el jugar,
> Y falta a la educacion
> En cualquiera reunion,
> El que no sabe tallar.

¡De qué sirven las leyes ¡patarata! si ni la policía hace juicio de ellas! ¿qué gana V. con invocarlas? Y no me diga V. que no: a pesar de ese decreto, ¿ha dejado de seguir en sus funciones ninguna de las casas de juego que antes habia? Pues mire

V., al poco tiempo de haberse dictado, vino la fiesta de Corpus: en la plaza de Santiago, V. estaria ahí, presumo, i veria la pila rodeada de comuchitos de rotos, ¿qué piensa V. que hacian?..... jugar, amigo, jugar a todas luces: el tallador sentado en la punta de su manta i pegándole a la timbirimba a pierna tendida con naipe; sí, señor, así como el que aqui usan, i otros con la taba; ¡qué! ¡se asusta V.! pues ahí no es nada: al jueves siguiente, el de la octava, desde las dos de la tarde ya estaban en las mismas. Estos ojos, que se ha de comer la tierra, vieron las cartas, la plata i los jugadores: así, en la plaza de la Independencia, en donde se hallaba todo el gobierno i la policia que hai en Chile! ¡qué mas quiere V.! ¿será pecado jugar bajo de techo i a puerta cerrada, cuando en el dia mas grande de los cristianos i de mas concurrencia en la plaza, se juega a vista i paciencia de las leyes i de sus ministros? Ríase V., si todos gustan del juego i la opinion lo favorece, ¡a qué prohibirlo!

—Estupefacto me ha dejado V., señor don Fuljencio! no tengo qué decirle.....

En ese instante se acercó uno de los concurrentes a mi amigo, i al oido le dice: — Se necesitan diez i ocho onzas, D. Fuljencio.— ¿Y cuánto dan?—Un real diario en cada una.— No es poco; pero yo ando aquí con un dinerillo que no es mio, i pide su dueño cuatro reales en la misma forma.— Eso es robar..... pero vengan.—Tambien pide prenda. — No tengo ninguna, mas si V. me espera le traeré luego.—Se retiró el solicitante, tomó su sombrero i desapareció. Incontinentemente llega otro i traba un diálogo parecido con mi compañero, i despues de hablar un poco, recibió veinte onzas de oro, a devolver veinte i cuatro a los dos dias.

—Sr. D. Fuljencio, dije yo entonces, ¿qué contiene esto?

—Amigo, este es el negocito que yo hago aqui, para que vea V. qne no soi jugador, como le dije antes; detesto el juego, i por mí, ojalá lo quitáran en el momento.

—Pero V. no negociaria entonces, i yo lo celebraria, porque me parece que.....

—Hago mal, ¿no es esto? pero qué quiere V., uno tiene su dinero i no lo ha de de-

jar enmohecerse: han salido ahora tantos de esos que llaman ajentes, que ya no me dejaban hacer baza, ya no me buscaban los parroquianos, porque esos demonios de usureros andan buscando a los desesperados i haciéndolos pasar por las mayores iniquidades; es una maldad cómo saltean al prójimo; ya ve V., yo no exijo mucho: un interes moderado en comparacion del riesgo que corre mi dinero.....

Ya me hervia la sangre en tal estremo que iba a descargar una lluvia de dicterios sobre mi D. Fuljencio, cuando a deshora se oye el sonido de campanillas en la calle. — Nuestro amo, dicen unos.—El Sacramento, otros; aquellos se arrodillan, estos permanecen en pié, i los hai que con un aire de despecho se quedan en sus asientos, como para vengarse del que pasaba a consolar un moribundo i no los auxiliaba a ellos. Algunos de los arrodillados, mas piadosos con su bolsillo que con el ajeno, tenian en el rostro pintado el fervor con que suplicaban al Altísimo que los protejiese en la primera talla que se iba a dar; uno murmuraba oraciones, como inspirado; este

suspiraba, no sé si en señal de arrepentimiento, lo que es difícil, o de fervientes deseos. Don Fuljencio decia: «pobrecito, quién será el enfermo; si lo alcanzarán a confesar, si habrá hecho sus disposiciones; esta debe ser muerte repentina, porque ya ve V. tan tarde, nadie que esté enfermo pide estos socorros.»—Todos se levantan i vuelven a su juego llenos de valor i de confianza. El primer solicitante reaparece i presenta a mi compañero una cajita con hermosos brillantes, i a trueque le cuenta aquel diez i ocho onzas, diciéndole alguna palabra de esperanza al sonar de cada una. Luego se acerca otro i encarándose al recipiente le dice:—Hombre, tu mujer está ahí afuera, i me suplica que vea modo de quitarte las alhajas que le has traido, vamos, Anacleto, no seas loco, entrégamelas.—Díla que no sea majadera, que sino se vuelve a casa inmediatamente yo iré a hacerla salir.—Sí, añade D. Fuljencio, dígala V. que este no es cuento de mujeres, que deje a su maridito negociar, que mañana se le aparecerá con un chorizo de huemuleñas que la hará reir a carcajadas. Don

Anacleto i el intercesor se apartaron hácia las mesas i yo que me habia elevado a mas de veinte sobre cero, esclamé:—Es posible, D. Fuljencio, que V. contribuya a fomentar el vicio mas enemigo de la sociedad, con un negocio tan vil, tan inmoral i reprobado, no solo por las leyes, sino por el interes de la misma humanidad?

—Calle V., amigo: es V. mui bisoño todavia. Dale con las leyes, la humanidad, i qué sé yo que otras cosas de estudiante ¡con qué esto llama V. vil! vea V.! un modo honesto de buscar la vida! Clame V. i clamará con mas fruto, contra ese maldito teatro, que no sé a qué fin tolera la policía, a no ser porque los municipales tienen la entrada franca. ¡Cuándo se habian visto mas vicios ni mas crímenes! Si no sé cómo no se repite sobre nosotros el fuego de Sodoma i de Gomorra! Eso sí que es inmoral i corruptor, mi amigo, i no estas casas en que cada uno halla diversion i utilidad! ¡El teatro! qué provecho deja? ¡perversidad i nada mas—allí va la soltera a aprender lo que es amor, a aprender cómo se cita a los mocitos i lo qué se les

dice i hace en esas citas de maldicion; al teatro va la casada a saber que se puede engañar a los pobres maridos i el modo como se les engaña. ¡Mire V. que-escuela! en fin, allí van todos a estudiar la falsía i el crímen, porque aquella es una escuela práctica en que se enseña a los espectadores todos esos amaños, i tan a lo vivo! tan prácticamente lo hacen esos condenados de cómicos! que hasta llegan a abrazarse, amigo, las mujeres con los hombres, i ¡qué abrazos que se dan! Es un escándalo que no se cómo tolera la policía en calma. ¡Jesus! yo me enfurezco cuando trato estos asuntos, ya ve V. aunque uno sea viejo, siempre se interesa por el bien del pais, i no es posible hablar sin rabia acerca de esa escuela de perversidad!....

Dijo i el furor le impidó continuar. Yo ví en mi amigo a un hombre de la clase de tantos justos como uno encuentra a cada paso. Mas furioso que él salí de aquella escuela de moral i de cultura por no habérmelas con un varon tan justo como D. Fuljencio, que al retirarme me decia:—Lleve V. buena noche, amigo; ya vé V. como ha

perdido una hora; pero haga algo porque se quite o se reforme esa *cátedra del demonio.* Clame V. contra el teatro, que es mui fácil, i clamará con fruto!....

Agosto de 1842.

CARTA SOBRE LIMA.

SEÑOR DON BARTOLOMÉ MITRE.

Lima, 6 *de enero de* 1851.

Mi querido amigo: dirijo a Vd. estas cuatro mal formadas letras sobre las cosas de Lima, no porque Vd. necesite un conocimiento sobre este pais, sino porque yo he menester un amigo fiel como Vd., que me las guarde para mejor ocasion.

Y las llamo asi mal formadas letras, por que en realidad no son mas que apuntes de los cuales me serviré mas adelante para organizar mi *Manuscrito del Diablo*, que con tan mal éxito comencé a publicar en la *Revista de Santiago*.

¿Se acuerda Vd. de ese malhadado Manuscrito del Diablo? Cómo sublevó la bilis de los lectores! I sin embargo no era sino un cuadro fiel, pintado con brocha, de las cosas de por allá. Otros muchos cuadros de ese mismo pueblo quedan aun en mi cartera. Guardémoslos por ahora, i descorramos entre tanto el de Lima.

No piense Vd. hallar aquí a un Terralla, nada de eso: mi cuadro es sério i como no he tenido ojo bastante fino para ver las deformidades, no he usado la brocha del Diablo, sino la pluma de un escribiente.

Miraré las cosas a vuelo de pájaro, por encima i con rapidez, pero con imparcialidad.

Entremos en materia, que tenemos algunos detalles fastidiosos.

EL CALLAO.

Anclamos en la bahía del Callao a las siete de la mañana del 6 de setiembre último, en esta medialuna inmensa que tiene como quince leguas de estension, i en cuyo frente yace la estéril isla de San Lorenzo, que se eleva seiscientos piés sobre el nivel del mar i que no tiene menos de cuatro leguas de lonjitud i dos de anchura.

El mar parece allí una estensa plancha de cristal, que refleja en suaves oscilaciones la luz del sol, i retrata en el fondo los amarillos edificios de la ciudad, que se eleva en el centro del paisaje como un conjunto de monumentos destruidos, sin animacion ni esplendor.

Todas las escuadras del mundo podrian abrigarse en aquella hermosa bahía, sin riesgo de ningun jénero. Su tenedero es seguro, profundo i limpio, i hasta sus

aguas son tan puras i frias que las quillas pueden mantenerse libres de los vejetales i animales que en otros puertos las destruyen.

Apenas descolgó el *Chile* sus escalas fué invadida la cubierta por una turba bulliciosa de fleteros que se manifestaban ansiosos de no dejar a nada a bordo. Entre ellos se distinguian muchos por sus fisonomías severas, aire insolente i hablar monótono, pero enérjico: no habia mas que mirarlos para adivinar su oríjen. «¿Vd. es chileno?», les preguntábamos, i respondian—«si, heñor!» con una especie de complacencia en que revelaban su orgullo nacional. Estos tales tenian, por supuesto, la mejor parte del negocio, porque si con su socarroneria no atrapaban su flete, lo alcanzaban haciendo a un lado a los demas i midiéndolos de alto abajo con ojos amenazantes. Acostumbrados a dominar, hacian su carga i su viaje como patrones absolutos de su barca: nosotros buscamos otra clase de jente que nos sirviera i no que nos dominara, porque llegábamos hartos de la dominacion de cierta jente estúpida de Chile, que tanto a bordo

de una chalupa, como en el timon del estado, son capaces de zozobrar por realizar un capricho.

Ya pusimos la planta en el hermoso muelle del Callao, que forma una dársena espaciosa en donde pueden atracar cómodamente los buques de mediano porte: su estension es de seiscientas varas a lo largo i cincuenta i seis de ancho. Mas de 200,000 pesos se han invertido en aquella obra principiada en 830 bajo el gobierno de Gamarra i construida sobre la que habia desde el tiempo de los españoles. Sus cimientos i base son de piedra, i la superficie está formada por un suelo firme i seguro. La obra esterior es de madera i se halla algo destruida i en estado de refaccion. Con todo, no hai peligro de que se destruya completamente, como lo habria si este muelle estuviera en Chile, en donde el espediente de refaccion dormiria en la carpeta ministerial el tiempo bastante a destruir una de las pirámides de Ejipto.

La ciudad del Callao, condecorada con el título de *Asilo de las leyes i de la libertad*, está situada a los 12° 4' de latitud austral,

su clima es benigno i su cielo sombrío. Es capital de la provincia *Litoral*, con una poblacion de tres mil habitantes, que se hospedan en mas de ochocientas casas de humilde apariencia. Sus calles, que son irregulares i mui tierrosas, forman un cuadrilongo que ocupa como setenta mil varas. Esta ciudad comenzó a tomar su forma actual solo en 1826, porque antes se observaban en todo rigor las leyes de Indias i de Castilla que prohiben edificar cerca de las fortalezas. Parece que el gobierno independiente atendió mas a los intereses comerciales que a los de la guerra, los cuales se tenian tan en alta estimacion en tiempo de los vireyes, que bastaba tener bien defendido el Callao, aunque no hubiera poblacion ni industria; no parece sino que entonces la extensa costa del Perú no hubiese sido accesible por otro punto que por este. Los puertos de Huacho, Cerro Azul i otros que dan entrada a la capital del Perú no se contaban para nada: bastaba resguardar la cabeza para esconder todo el cuerpo.

Pero las fortificaciones no son tan antiguas como la fundacion de esta ciudad: son

posteriores a la ruina de 1746. El benéfico Superunda, que tanto se distinguió por su aficion a fundar ciudades, que llegó a merecer el título de Conde de poblaciones, gobernaba entonces el Perú, i tuvo el capricho de aprovecharse de aquella terrible catástrofe, que costó al Callao cinco mil de sus habitantes, para poner término a su mision de fundador: hasta aquí no mas, dijo, quédese el Callao en ruinas i elévense las fortalezas.

Con efecto, el real Felipe, el Sol, Santa Rosa i San Joaquin, vieron entonces la luz i coronaron sus almenas con cañones fundidos en el Perú. Hoi solo se conserva bien el primero, los dos siguientes en ruinas i el último desapareció, por milagro, sin duda, del Sr. San Joaquin, que mas pacífico que Santa Rosa, no quiso mantener en pié con su propio nombre un instrumento de guerra.

El Felipe, que se llama en la república, fortaleza de la *Independencia*, tiene cuatrocientas varas de largo i trescientas cincuenta de ancho. Es obra fuerte a toda prueba. Sus murallas tienen cuarenta i dos piés de

altura, con su contramuralla; i el foso cuenta hasta veinte varas de ancho. Allí se encuentran las célebres Casas-Matas, que tantas veces fueron honradas por las víctimas de la independencia; i para los ojos de un chileno no faltan rastros gloriosos que recuerden el sable de Branzet en la poterna del castillo i los asaltos heróicos de las tropas que de allá vinieron a traer la libertad a sus hermanos.

Insensiblemente he descrito el Callao, sin decirle a Vd. que no me fué permitido entrar en la ciudad sin pagar antes el derecho de muelle i sin presentarme al resguardo. Esto se supone: es tan corriente el someterse a esta especie de sustraccion antes de pisar los umbrales de un puerto, que nadie hace alto en ello. Pero no por eso deja de ser un odioso ataque a la libertad personal de un viajero el rejistro i la contribucion a que le someten las leyes de aduana. Cuando navega uno, aunque sea en un mal buque como el vapor *Chile*, se imajina que es libre i no se acuerda de la sociedad terrestre sino como de un paraiso de venturas; pero apenas entra en ella, la aduana tiene buen

cuidado de espetarle su *memento hommo*, ni mas ni menos que lo hace la iglesia con sus fieles a la entrada de cuaresma. Con el rejistro del resguardo se da principio a la esclavitud en que uno cae a presencia del qué dirán, de las preocupaciones, del fanatismo, de la policía i de esa multitud de leyes calculadas para poner a contribucion el bolsillo, la libertad i el bienestar del individuo. El Perú no se queda atrás en esta senda, por que no es menos civilizado que los demas paises en donde la civilizacion ha sentado plaza de madrastra de la humanidad: aquí están en todo su esplendor la aduana, el resguardo, el pasaporte, con mas otro progreso recientemente inventado por la policía, a saber, la presentacion que el viajero debe hacer de su persona a la autoridad local, so pena de pagar una multa, sino va a ofrecerle sus respetos en regla.

Pero debo ser justo i agradecido: merced a nuestro carácter de proscriptos, el resguardo del Callao perdonó a nuestros equipajes la pesquisa; i la policía de Lima nos escusó de la multa en que habíamos incurrido por no saber que debíamos presentarnos

a ella apenas nos limpiásemos el polvo del camino. Este proceder sin duda es equitativo, i mui distinto del de cierto intendente de mi tierra que exijia la multa por si acaso hubo intencion de infrinjir su mandato.

No dejaremos el Callao sin que Vd. sepa que es una ciudad que no muestra en nada su carácter de primer puerto de la república. No hai animacion en sus calles ni se ve comercio: unos cuantos almacenes i tiendas de anchas puertas i algunos depósitos de víveres prueban que allí se merca, pero no que se celebren grandes transacciones. El comercio está centralizado en Lima, i el Callao no es sino la entrada. El camino de hierro, cuyo wagon vimos correr en los momentos de nuestro arribo, contribuirá a definir mejor esta situacion, porque acercando la distancia, vendrá Lima a convertirse en depósito de todas las riquezas comerciales i por consiguiente en un verdadero puerto.

La línea del ferro-carril recorre una extension como de tres leguas, i está ya terminada mas de la mitad. Sus rieles i silletas son de la mejor calidad i están si-

tuadas sobre camas de robles que se han hecho venir de Valdivia i Concepcion. Al principio se presupuestó el costo de este camino en trescientos mil pesos, pero hoi se calcula en mas de setecientos mil. Su principal empresario, Sr. D. Pedro Candamo, natural de Chile, es tal vez el capitalista mas fuerte de estos contornos, i tiene la gloria de haber sido el primero que ha acometido en la América del Sur una obra de tanto interes i de tan vitales resultados como esta.

Merced al Sr. Candamo, los viajeros futuros no llegarán a Lima con peligro de muerte, como los que hoi tienen la dicha de entrar a sus calles, adivinando por analojía lo que debieron ser los potros que usaba la santa inquisicion para hacer abjurar sus errores a los herejes.

Parten de hora en hora del Callao unas enormes dilijencias tiradas por seis caballos i un negro, que no reciben la órden de partida hasta que el número de embarcados sea suficiente para que se aprensen entre sí como aceitunas. Los empresarios tendrian a menos zarpar en aquel océano de polvo con media carga, porque entonces los viajeros

valsarian dentro de la dilijencia como las bolitas de una lotería dentro del teruelo en que se revuelven.

El primer movimiento de la dilijencia que parte es de estertor, que luego se convierte en ondulaciones alternadas con balances tan fuertes como los que recibe un buque sin carga sobre la mar picada. La dilijencia salta, baja, corre a la bolina i a veces patas arriba con la mayor velocidad. Vd. grita, reza, suda, pero los chasquidos del postillon i sus reniegos ahogan los clamores, i le prueban a Vd. que el camino está algo disparejo i con tal cual tropiezo.

Al fin se llega a la portada que en la ciudad de los reyes lleva el nombre del Callao. Debió ser magnífica, porque su costo con el del camino subió de 340,000 pesos, no gastándose menos de 23,000 en la portada sola. El camino desapareció, i la portada queda aun en pié para atestiguar la riqueza i la munificencia del comercio i de las varias corporaciones que costearon estas obras.

LIMA.

La antigua ciudad de los reyes o, como la llamó San Martin, la *Heróica i esforzada ciudad de los libres*, está a los 12° 2' 24", de latitud Sud, i a los 79° 27' 45", de lonjitud del meridiano de Paris; i su elevacion tomada desde la plaza mayor por el Sr. Rivero es de 176 i cuarta varas sobre el nivel del mar.

Mirada desde la bella torre de Santo Domingo, presenta un plano inclinado de Oriente a Poniente, en forma triangular, i abraza una extension que equivale a dos tercios de la de Santiago. Sus calles son de doce varas de ancho, cortadas en ángulos rectos, jeneralmente derechas, con enlosado i bien empedradas en forma convexa que da salida a las aguas por los costados, dejando un trayecto cómodo para los carruajes.

Su aspecto ofrece novedad para un chileno como para cualquier estranjero, porque esta ciudad no tiene parecida entre todas las demas del mundo. Las casas, que son de regular altura, tienen casi todas hermosas galerías voladas i cubiertas de celosías o rejas pintadas de verde, que le dan un aire de antigüedad mui conforme a la idea que tenemos de ser Lima la ciudad de los misterios.

Hai variedad de aspectos en todas las calles, de modo que la vista no se fatiga ni con el dañoso blanqueo, ni con los grotescos i pardos tejados, que aquí no se conocen, ni con aquella pesada uniformidad de nuestra pelucona capital. La multitud de ventanas voladas sobre los techos, las graciosas cornizas i las elegantes torres, cúpulas i miradores que coronan los edificios de Lima presentan un golpe de vista airoso, que revela que el arte no se desdeñó de embellecer la opulenta capital del Perú.

Lima es una ciudad monumental en comparacion de las de Chile: a cada paso se encuentran en ella vestijios claros de una córte que fué rica i altanera en otro tiem-

po, i que ahora se inclina para amoldarse a la frívola elegancia i a la efímera brillantez de la civilizacion del siglo. Sin embargo no se edifica, sino que antes bien se deja a cada edificio su libertad para desmoronarse como quiera. En Lima hai mas libertad que en Inglaterra, porque los edificios están fuera del alcance de la lei.

Pero el lujo monumental de Lima se halla en sus templos.

Hai sesenta i nueve iglesias, todas las cuales han sido fundadas o en gran parte costeadas por la piedad de los fieles; i se calcula su costo de fábrica i de reedificacion en trescientos cuarenta millones de duros, suma prodijiosa, que hoi bastaria para hacer del Perú el primer Estado de la América del Sud. De estos templos, cuya renta anual no bajaba, hace pocos años, de seiscientos mil pesos, se han suprimido unos doce o trece por órden del gobierno.

La catedral, que ocupa el costado oriental de la plaza de Lima, cuesta mucho mas de dos millones de pesos. Su fachada, obra del arquitecto Noguera, tiene sesenta varas de ancho i veintidos de elevacion; toda de

ladrillo, i guarnecida por dos graciosas torres que miden cuarenta varas de altura, en una de las cuales hai una campana que pesa nada menos que trescientos diez quintales. Este frente que es de un gusto modesto i elegante, está pintado de diversos colores. Lo interior del templo es suntuoso i de una vista airosa por sus elegantes columnas i sus bóvedas de ojiva, cuyos filetes estan dorados i pintados de rojo. El coro de los canónigos, que es todo de madera primorosamente tallada, tiene en bajos relieves multitud de estátuas de santos, entre las cuales hai una notable por su ejecucion. El altar mayor, que está sobre una gradería de mármol i que ostenta columnas de mal gusto forradas en plata, cubre el panteon de los arzobispos i canónigos, en el cual se dice que está el cuerpo de Pizarro.

No era posible dejar de saludar los restos del famoso marqués de los Atabillos. Antes de entrar en la bóveda me lo imajinaba en los momentos de su muerte. Las doce i media del dia 26 de junio de 1541 eran cuando Almagro el jóven atravesó la plaza mayor con once compañeros mas dirijién-

dose al palacio al grito de *¡muera el traidor!* Hoi que la América española cuenta tiranos i verdaderos traidores que no valen tanto como Pizarro, no hai Almagros que se atrevan a arrostrar un peligro semejante para salvar a su patria. Pizarro fué abandonado de los que lo rodeaban i solo quedó con su hermano, dos sirvientes i el capitan Chaves, que habiendo salido al encuentro de los conjurados, tuvo la gloria de ser la primera víctima; pero el viejo conquistador no desmintió sus hazañas: crudamente riñó con sus enemigos, derribando cuatro i maltratando a otros. Sus tres fieles perecieron i él sintiéndose herido de muerte, trazó una cruz en la tierra con su propia espada, i cayendo airosamente como el gladiador romano, la selló con sus labios. Su cuerpo, que fué arrojado al cementerio de los criminales, por caridad fué colocado, segun se dice, en el panteon que yo iba a visitar.

Dos luces nos alumbraban en aquella descuidada mansion: los féretros estaban hacinados con los huesos i despojos de ropas viejas; i el espeso polvo que los cubria mostraba claramente que no hai en

Lima quien se acuerde de aquellos restos. Mi guia me mostró en un nicho un fornido esqueleto cubierto de inmundos harapos, diciéndome «*que aquel canónigo era el cuerpo de Pizarro.*» Me acerqué con reverencia: ví que sus formas i los resíduos de vestidura que las cubrian no podian estar en aquel estado despues de trescientos años, i concluí por reconocer que era realmente un canónigo, en lugar del guerrero que yo buscaba. En vano me esforcé en hallarlo: Pizarro ha desaparecido, i mi guia agregó que nadie lo habia visto, sin embargo de que aquel robusto canónigo lo representa a los ojos de todos los viajeros que gratifican al sacristan.—Sin embargo, en el altar mayor hai un pequeño dosel, que goza de capellanías, puesto allí en señal de que el cuerpo de Pizarro está debajo.

Ya que mi curiosidad profana no habia sido satisfecha, pretendí ver los restos de Santo Toribio, segundo arzobispo de Lima. Pero no fuí mas feliz: apenas me señalaron el nicho en que se conservaba su cabeza, en el lado izquierdo del tabernáculo. Su retrato se encuentra en la capilla que con-

tiene los de los demas arzobispos, i si he de creer a su fisonomía, el santo debió gozar de un carácter anjelical i de una piedad ilimitada.

Entre los doce conventos que cuenta la ciudad debe señalarse como el primero el de San Francisco, cuya fábrica costó dos millones doscientos mil pesos, i que goza de los mismos privilejios i gracias que el palacio pontificio de San Juan de Letran en Roma. Su fachada de piedra i sus dos fornidas torres forman un conjunto de buen gusto i de primorosa arquitectura: este es el edificio mas monumental de Lima, i merece los honores de un tomo en cuarto que se ha publicado describiéndolo.

Síguesele en magnificencia el templo de San Pedro, erijido por los jesuitas. Es de una construccion elegante i entre algunas obras artísticas de tal cual mérito, cuenta un altar de cedro tallado con gusto i una capilla destinada a los confesonarios. Los reverendos discípulos de San Ignacio dejaron en este departamento una muestra de su especialidad: el ancho techo de la capilla es plano i está sustentado por varios órde-

nes de columnas modestas, que distribuidas en grupos de a cuatro, sirven de base a unas claraboyas lijeramente cóncavas, con un círculo al centro de media vara de diámetro por donde penetra una luz ténue, que no alcanza a aclarar los ángulos de aquel departamento: todo está calculado allí para infundir pavor i apocar el espíritu.

Los agustinos, mercedarios i domínicos tienen templos tambien de una construccion costosa i de algun primor. En el último se encuentra una estátua de mármol que representa a Santa Rosa muerta i que admiran todos los intelijentes. Esta escultura debe ser del siglo pasado; pero su autor ha probado en ella un jenio superior i capaz: la naturalidad i la blandura de sus formas, sus correctos i suaves perfiles, la pureza i mansedumbre con que descansa la santa, i la vivacidad i gracia del ánjel que vela sobre ella, presentan un conjunto que respira amor i dulzura.

El convento de dominicanos posee tambien las reliquias del donado Martin de Porres, que floreció allí por su santidad i que fué canonizado por Gregorio XVI; las

de Santa Rosa, i una cuenta del rosario del patriarca, la cual está en un agujero practicado en la pared, adonde metiendo el dedo, se ganan centenares de dias de induljencias. Ya Vd. puede calcular cuán grande será el afan de los devotos por este agujero tan privilejiado.

Lima es la ciudad de América que ha tenido mas santos: ademas de Santo Toribio, Santa Rosa i San Martin, que ya he mencionado, cuenta a San Francisco Solano, que fué primer guardian de la Recoleta franciscana, a San Juan de Masias, lego de la Domínica, i a otros siervos de Dios que pronto serán elevados a la misma categoría. Con esto tiene un título mas que suficiente a la envidia de Santiago de Chile, que no puede todavia colocar en los altares a su padre Bardesi. Que quiere Vd., en Lima no habrá sido tan difícil hallar testigos para los procesos de la canonizacion, como allá, en donde no fué posible hacer declarar a D. Ramon Vargas, que a pesar de sus ochenta años era bastante despreocupado para no contribuir con su dicho a la santificacion del siervo Bardesi. Esto no quiere decir

que dejen de merecer los honores del culto los santos de Lima: Dios me libre de ser juez en esta cuestion.

Visité la Recoleta Domínica en donde floreció San Juan en el empleo de lego-portero. Su actual sucesor, el hermano Manuel, tuvo conmigo una plática sabrosa, antes de la misa que se celebró sobre el cuerpo del santo, que está en una capilla que él mismo fabricó a la Vírjen de Belen, a un lado de la puerta que cuidaba. El hermano Manuel me aseguró que su antecesor frai Juan de Masias habia venido de España, acompañado de San Juan Evanjelista, en union del cual tomó el hábito despues de haber ejercido ámbos el oficio de pastores en la parte que está al Norte del Rimac.

—¿Quién le ha dicho eso, hermano? le pregunté.

—Lo cuenta la vida del santo i está probado.

—¿A quién pertenecia el rebaño que cuidaron los dos santos?

—A un abastero, señor, que era el obligado del pueblo.

—¿I el pueblo comia esa carne cuidada por tales pastores?

—Como no, i se cuenta que todos los que la comian sanaban de sus dolencias.

Luego siguió el hermano Manuel narrándome los milagros de su antecesor, i me señaló una viga maestra que no alcanzando al ancho del edificio que se levantaba en la porteria, fué alargada por un pasamano del santo. Admirado yo de este prodijio, en presencia de la misma viga del milagro, el hermano Manuel agregó:

—Eso no es nada: el padre Camacho, que está enterrado en esta misma capilla, alargó otra viga mucho mas i sobró de ella un pedazo, que está ahora junto con su cuerpo.

—Hé ahí una manera económica i provechosa de hacer milagros.

—Sí, señor, eran pobres los conventos, i sin estos milagros no se habrian acabado las fábricas.

—I Vd., hermano, no ha tenido la tentacion de alargar alguna viga. Ahora se podria hacer gran bien al camino de hierro, que se halla tan escaso de maderas.

—Sí, pero yo no soi santo.

—No piensa Vd. serlo con el tiempo?

—Puede ser: todo está en Dios....

En esto apareció el sacerdote en el altar. Concluida la misa, en la cual se cantaron unas endechas del Santo, comenzó la exhumacion.

Mantiénese el cuerpo en una urna de forma comun, guarnecida de sobrepuestos de mosáico i de adornos de bronce tallado. Fué mandada fabricar esta alhaja a España por un amigo de San Juan. El amigo presintió la canonizacion del lego. La urna estuvo desocupada hasta que llegó la noticia de la beatificacion, es decir, mas de ciento cincuenta años despues de hecha, i se abrió con tanta felicidad para recibir los despojos del santo, que todos vieron en ello un milagro patente. En efecto, dentro de ella se conserva el cuerpo con sus ropas interiores i los hábitos de la relijion. La mandíbula inferior i una pierna han sido arrancadas de su centro i transportadas a otra iglesia. Doscientos cinco años habian transcurrido desde la muerte del Santo hasta el dia en que lo ví. Sin embargo sus ropas parecen de menor edad, por el buen

estado en que se conservan. Tuve en mis manos una de sus medias de lana, tan bien tejida i tan limpia, que hoi no se desdeñaria de calzarla el provincial de la órden.

Despues de satisfecho este acto relijioso, fuí conducido a la bóveda donde se guarda el cadáver del padre Camacho, muerto en 698. Allí ví el pedazo de viga sobrante de la que alargó este siervo de Dios: tiene como dos varas i es de roble de Valdivia. Pienso que los valdivianos debieran reclamarla con tiempo, porque de un momento a otro aparece en el calendario el nombre de San Francisco Camacho, i entonces ya no les será posible hacer valer la nacionalidad del madero. Desde luego Chile puede agregar un timbre mas a los que pretende tener en materias de santidad: siempre que por allá se habla de Santa Rosa, oirá Vd. decir que fué chilena la madre de esta bella santa. Mañana se podrá decir tambien con orgullo que fué chilena la viga de San Francisco Camacho. Pobres paisanos! que se consuelen con estas migajas siquiera, ya que nuestro suelo ha sido i es

tan estéril de santos, i tan abundante en mediocridades de todo jénero.

Los complacientes padres recoletos i su escelente prior, el padre Segura, nos mostraron todo su convento, señalándonos con especialidad los sitios que están ligados a algun recuerdo de San Juan de Masías. Vimos la celdita que éste ocupaba i supimos cómo el diablo tuvo la ocurrencia de desplomarla un dia sobre la cabeza del santo, que no salvara si en aquel acto no se hubiese presentado su antiguo compañero San Juan Evanjelista, quien con solo alzar la mano reedificó la celda. Pero la conmocion que sufrió el edificio debió ser tan violenta, que hasta hoi se ve medio ruinoso todo aquel claustro.

Despues nos fueron presentados los padres de San Juan de Dios, que se hospedan en la Recoleta desde que les fué quitado su convento para servir de término al camino de hierro. A propósito de esta herejía, se habló allí contra los ferro-carriles i en favor de los conventos, como si los que asi hablaban hubiesen asistido a la sesion del Senado de Chile cuando se discutieron

las bases del proyecto del camino entre Santiago i Valparaiso. El formidable argu mento del senador Vial del Rio contra el ferro-carril por el perjuicio que irrogaria a los carreteros i arrieros, fué reproducido por los RR. PP. en todo su esplendor. Yo, con mi manía de politiquear, no dejé de tirar mis cuentas sobre el propósito que tengo de hacer que en Chile sean ciudadanos i puedan optar a los empleos los estranjeros que quieran, sin necesidad de requisitos prévios. ¿Y si los que asi piensan van a Chile? decia yo entre mí, ¿no los harán senadores? No tienen con solo pensar asi un título incontrovertible a sentarse en el Senado i en el Consejo de Estado de mi pais? ¡Vaya, que así sea! Al fin estos podrán siquiera sufrir una discusion, ya que han tolerado en paz que se les quite su convento: esto no es tan malo como lo de por allá.

Otra de mis incursiones relijiosas fué al santuario de Santa Rosa. Asi se llama un templete largo i angosto fabricado en el sitio que fué huerto de la santa. En el costado derecho del altar mayor se señala un

cuartejo de dos varas de largo i una de ancho, en dønde la beata fabricó su hermita: allí está la silleta de madera tosca en que ella se sentaba. Su pelo, su letra, su anillo i algunos de sus huesos se muestran en otro altar. Los principales pasajes de su vida se ven tallados en láminas de piedra de Huamanga en las paredes. Pero lo que hai de mas notable es una plancha de cobre situada en el piso del corredor, en la cual se noticia a todo el que la lea cómo sucedió que cuando se zanjaban los cimientos de aquella casa, salió de aquel punto una fragancia de esencia de rosa, que admiraron las jentes, i que la causa de tamaño prodijio consiste en que allí «se enterraron *las pares* de la divina Rosa, que fué desposada con Jesucristo.» Esto es testual.

Son tantos los portentos de este peso que se cuentan de los santos limeños, que las jentes están ya mui familiarizadas con ellos. Vd. deducirá de aquí que hai gran devocion i multitud de beatas de manto largo que llenan las calles a toda hora: pero se equivoca. La familiaridad con los santos i sus milagros ha producido en Lima el efec-

to contrario: no hai en esta ciudad la vijésima parte de los devotos que en Santiago. Ordinariamente están desiertos los templos, aun en las horas de la misa: nueve personas he contado una vez en la misa solemne de la Merced, i quince otra vez en San Agustin. De noche las iglesias están cerradas, pero en la tarde suele haber lecturas en algunas, con presencia de seis beatas i tal cual viejo. Sin embargo, se me asegura que hai jesuitas que se desviven por formar clientela i por apoderarse de la direccion doméstica, que tambien ejercen con el nombre de direccion espiritual; pero nada logran de la espantosa corrupcion que deploran. Mas, seria una injusticia llamar irrelijioso al pueblo de Lima, que cumple estrictamente con sus deberes a su tiempo. En los dias de fiesta, i en los consagrados a la penitencia sirven los templos maravillosamente a su objeto.

Pero en mi narracion he invertido el órden que seguí en mis visitas. Confesaré verdaderamente que tuve la ocurrencia de visitar primero los establecimientos profanos antes que los relijiosos.

Los hospitales se hallan aquí perfectamente servidos i planteados. El de San Andres ha asistido durante once meses del año pasado 8,875 enfermos, de los cuales han curado 7,702 i han muerto 723, lo que dá una mortalidad de 8 ½ por ciento. Sus gastos han ascendido a 62, 410 pesos. El de Santa Ana ha tenido en el mismo tiempo 6,140 enfermos, i de ellos han curado 5,109 i muerto 634, es decir, un 10 por ciento. Sus gastos suman 48,561 pesos en los once meses corridos hasta el 30 de noviembre. Anexo al primero está el departamento de los locos, cuyo número asciende actualmente a 58: i en el segundo hai un colejio de obstetricia i una sala de parturientas en la cual se asiste a las mujeres que por necesidad, o por su situacion escepcional, quieren gozar de atenciones o usar de secreto en acto tan solemne. Mas el hospital de locos no corresponde al resto del establecimiento, porque en lugar de atender, maltratan a los pacientes. Solo estaria buena esta loquería para ciertos dementes chilenos que disfrazan su furia con el honroso nombre de *enerjía*; allí quedarian mansos

en dos minutos i podrian recobrar su humanidad. En uno de los solares de San Andres hizo enterrar el virei Hurtado de Mendoza las momias traidas del Cuzco de los incas Viracochas, Tupac Yupanqui, Yupanqui, i Huaina Capac.

Hai ademas el hospital de incurables i el militar de San Bartolomé que ha tenido el año pasado 2,927 enfermos, de los cuales han sanado 2,616.

Otros establecimientos de beneficencia, que no se hallan en tan buen pié son el colejio de San José, para huérfanos, el colejio de niños huérfanos, el beaterio de amparadas i el hospicio de viudas pobres de comerciantes.

Todos estos establecimientos cuentan rentas que aunque son pingües, no igualan a las que proveen a los de Santiago. La beneficencia pública se mantiene tambien a costa de la moralidad, porque no retira menos de 50,000 pesos de la lotería que se juega casi todas las semanas en la plaza.

Los corredores de este ramo pasean todo el dia las calles vendiendo sus boletos: *¡cuatro mil pesos por dos reales! ¡mil pesos por un*

real! ¡cinco mil pesos para esta tarde, quien los quiere! Hé aquí las frases de que usan para inquietar a los transeuntes a que prueben su suerte. Pocos son los que se resisten a tan insinuantes ofertas, sin caer en la trampa que la autoridad les tiende para convertirlos en benéficos, cuando ellos se creen solo jugadores.

Los establecimientos literarios principian a recibir en Lima un desarrollo saludable. La Universidad de San Marcos, que es la mas antigua de América, está hoi en receso, lo que por cierto no es una pérdida: su tiempo ha pasado, i su antigua constitucion no podria hoi sino servir de estorbo al progreso literario. Sin embargo, conserva todavia su jeneral adornado con los retratos de los numerosos doctores que se distinguieron en sus mejores tiempos. Tiene un rector i muchos doctores, algunos de los cuales se titulan catedráticos, aunque no dan lecciones.

Las cátedras en accion están en el seminario, que fué fundado por Santo Toribio, en el colejio de medicina i en el de San Cárlos, que se mantiene de sus propias ren-

tas. El segundo de estos establecimientos posee un gabinete de física i de anatomía dotado de buenos i numerosos instrumentos i de una coleccion de plásticos completa. El anfiteatro anatómico está en el hospital de San Andres, que se halla situado a un costado del colejio.

En el de San Cárlos se enseña el derecho civil, canónico, natural, constitucional i de jentes, las matemáticas i algunos ramos de instruccion elemental, entre los cuales no se cuenta la historia. Asistimos a los exámenes públicos de este establecimiento nos complacimos grandemente de ser testigos del aprovechamiento de sus alumnos i de la idoneidad de sus profesores. El número de estos no pasa de diez, incluso su rector, el Sr. Herrera, hombre acreditado de toda capacidad.

Es sensible que estos colejios nacionales no estén sujetos a un plan de estudios comun i sistemado. Llenando cada uno de por sí su respectiva tarea, no pueden hacer el bien que reportaria la educacion, si se sistemara la elemental preparatoria para todas las carreras literarias, i pudieran es-

clusivamente consagrarse estos establecimientos a la educacion profesional que les está encargada. Otra reforma que quisiéramos ver introducida seria la de los testos de estudios. Los libros de este jénero que nos vienen de Europa, por buenos que sean, nunca pueden adaptarse a la enseñanza de los americanos, tan bien como los que se trabajan especialmente para ellos. El derecho constitucional de Pinheiro Ferreira, por ejemplo, traducido por el Sr. Herrera para la enseñanza en San Cárlos, dará las nociones teóricas de la ciencia, pero no les enseñará a conocer el gobierno republicano, que es el de la América, ni guarda consecuencia con los principios que los alumnos ha/n aprendido en el testo de derecho natural, que pertenece a una escuela diversa i que sin duda es mui sano en sus doctrinas.

Fuera de esto, tuve el dolor de ver que se enseñan a los alumnos varias doctrinas subversivas agregadas en notas al testo de Pinheiro. Por ejemplo, se dice que la soberanía es el *derecho de mandar*, que la sociedad tiene la obligacion de obedecer, i que el que manda ejerce una mision divina segun San

Pablo. No quiero esponer esta doctrina en toda su estension por no darla a conocer del ministerio i de la prensa ministerial de Chile. Basta ya con los errores que jerminan por allá.

El gobierno necesita prestar mas atencion a la educacion. Tiene escelentes elementos que aprovechar en estos colejios, que solo esperan sistema para tomar un gran desarrollo.

Tambien hai colejios particulares de alguna fama en Lima. Solo conocí de ellos el del Sr. Zapata, de este infatigable i laborioso preceptor de la juventud, a quien Chile debe tan buenos servicios. Las clases que en él se cursan son todas elementales. Este establecimiento es notable por su organizacion i por la atencion que en él se presta a la educacion personal, que es tan descuidada aun en los colejios en que mas esmero se presta a la instruccion. Otro colejio de que tengo noticia, por lo que los diarios hablan contra él es el del Espíritu Santo, que es dirijido por unas monjas francesas jesuitas, de las mismas que tanto estiman por allá. La prensa habla contra esta institu-

cion acusándola de perjudicial por su jesuitismo.

La instruccion primaria está todavia en Lima abandonada a los que tienen la voluntad de prestarla.

Sin embargo de que la educacion jeneral no se halla con mucho en el brillante estado a que alcanza la de Chile, i no obstante de que aquí no se encuentran tantos hombres dedicados al cultivo de las ciencias, como los que allá las ilustran con sus obras, son mui comunes los conocimientos i a cada paso se encuentran personas que muestran una educacion esmerada. Lima no tiene tantos literatos ni tantos sábios como Santiago, pero sí mas escritores, i mas lozanía i brillo en sus producciones. Pero al oirme hablar asi, no me confunda Vd., por Dios, con la *Silfide* (1) que pone como sábios a los tontos, como oradores a los mudos, como hombres de Estado a los hacendados i como publicistas a los teólogos, i todo por ponderar las capacidades de Santiago. Cuando yo hablo de literatos de Santiago, no cuento mas de diez, i esto es mucho extenderme.

(1) Periódico de Santiago.

Si tratáramos de *escritores*, no tendríamos papel en que escribir los nombres de los que cuenta Lima.

En el teatro se representan frecuentemente dramas i comedias escritas dentro de murallas. Varias he visto en el corto tiempo de mi residencia, entre las cuales es notable por su estension i por su último acto, que es un estrambote de la pieza, una titulada la *Muerte de Bellini*; i tambien otra llamada *Morir siendo dichosa*, por ser de dos autores chilenos, los señores Diaz i Ovalle, que no habian querido lucirnos por allá su gracia. Pongo aquí la noticia para que la *Silfide* aumente su catálogo.

Pero lo que mas muestra la facundia de los limeños es la prensa periódica. Hai corrientes: El *Comercio*, el *Correo* i la *Revista* que son diarios, i el *Peruano*, el *Progreso*, el *Rimac* i el *Nacional* que son periódicos. Los dos primeros, cuyo tamaño es colosal, están llenos todos los dias de remitidos: son una palestra a donde van a esgrimir sus armas literarias todos, desde el Ministro de Estado hasta el último mercachifle, siempre que sus intereses están ofendidos. Allí se

tratan los negocios públicos i los privados, los jenerales i los personales, en prosa i verso, con elegancia i gracia, i mui a menudo con virulencia i desvergüenza. Mas no crea Vd. que hai memorialistas o escritores consagrados a poner en jerga periodística las ocurrencias diarias, no señor, aquí escriben todos, sin escluir a las mujeres, que tambien publican sus producciones cuando les conviene.

No hai necesidad de decir que todo el mundo lee i que los periódicos cuentan con una numerosa suscripcion. El *Comercio* tiene mas de mil doscientos suscriptores, es decir, cuatro tantos mas que los que puede tener el periódico mas favorecido de Chile. Esto fuera de los lectores de café que en Lima son numerosísimos, porque esas casas están llenas a toda hora de toda clase de jentes, sin escluir a la mas alta aristocracia, que no se desdeña de tomar el chocolate en una mesa de fonda.

A mas de los periódicos hai otras lecturas populares que se venden al pueblo sin duda con provecho, puesto que se costea la impresion i el salario de los corredores.

Entre estos se nota un ciego, que recorre hasta tarde de la noche los portales i calles del comercio pregonando con voz estentoria sus mercancías: se le oye ofrecer a los transeuntes *cuatro panes de jabon i la pasion i muerte de Nuestro Señor Jesucristo, por medio.*—El chasco *del arriero i peines a medio, listines, instruccion para hacer una buena confesion i la beata gata.* Asi mezcla el título de sus romances con el nombre de otros artículos que forman su fondo, agregando de vez en cuando tal cual espresion ajena de la seriedad de las damas que lo escuchan, como por ejemplo.—*Un bellísimo romance en que se aprende por principios el arte de alcahuetear, por medio.*

Me iba olvidando de noticiarle a Vd. algo mas sobre los establecimientos públicos. Hai un museo que todavia ofrece mui pocas curiosidades, a no ser una que otra antigüedad peruana i los retratos de todos los vireyes que gobernaron durante la dominacion española, a los cuales han agregado el de Francisco Carvajal, aquel célebre maestre de campo de Gonzalo Pizarro, con quien fué degollado por órdenes de Gasco, que unia a

su título de virei el de jeneral de la inquisicion. Fuera del salon se halla incrustarda en la pared la plancha de bronce que se colocó en el sitio de la casa de Carvajal, con la inscripcion que contiene la pena infamante a que se le condenó por sus proyectos de independencia.

En el mismo edificio se halla la biblioteca pública fundada por San Martin. Ocupa dos hermosos salones i tiene mas de cincuenta mil volúmenes colocados en buenos estantes. No hai en ella obras modernas, pero sí posee muchas antiguas de elevado mérito, entre las cuales hai una Biblia i un ejemplar de las de Platon, cuya edicion es de fines del siglo XV, a los mui pocos años despues del descubrimiento de la imprenta. La concurrencia de lectores es, sin embargo, numerosa.

A cargo de este establecimiento se halla el presbítero Vijil, que mas tarde será celebrado por los americanos como el sacerdote mas ilustrado del siglo. Hoi es sin duda uno de los primeros hombres de nuestro continente, por sus conocimientos i sus talentos. El primer mérito de este sábio con-

siste en la obra que acaba de publicar, en seis tomos, con el título de *Defensa de los gobiernos contra las pretensiones de la Santa Sede i de los obispos*, en la cual trata con profunda sabiduría todas las cuestiones que hasta hoi ha suscitado i que en adelante promoverá el clero contra los fueros de la autoridad civil i los intereses sociales. El servicio hecho por el señor Vijil en este libro es inapreciable, porque en él pueden los gobiernos hallar la defensa de los intereses que les están confiados contra el espíritu egoista del ultramontanismo que tanto cunde en la América. Los peruanos no se enorgullecen como debieran del mérito de este hombre tan modesto como eminente.

En una de las salas de la Biblioteca deberia existir una academia de dibujo, mandada establecer por un antiguo decreto del gobierno republicano; pero no existe, por que todavia es de lujo solamente un establecimiento de esta clase para el gobierno, que creerá sin duda preferente al arreglo de los de educacion científica.

Sin embargo, hai en Lima elementos suficientes para plantear con provecho i a

poco costa una academia de pintura, i asi lo han creido las cámaras cuando han señalado en el presupuesto una partida con tal objeto. El Sr. D. Francisco Lazo, jóven peruano de gran mérito i pintor distinguido, está dispuesto a servir la academia por amor al arte. Este jóven que ha cultivado su talento en Europa, es un artista en toda la estension de la palabra: sus obras revelan sus conocimientos, i su album muestra al verdadero jenio que tiene inspiracion, que concibe con fuerza i naturalidad i que ejecuta con valentía i orijinalidad sus concepciones.

Fuera de esto el arte ha tenido su época en Lima i la aficion subsiste todavia, de modo que con estímulo i proteccion se desarrollarian prodijiosamente. Los conventos poseen aun pinturas estimables i las han tenido de tanto mérito, que han escitado la admiracion i la codicia de los estranjeros, quienes por bien o por mal han obtenido las mejores piezas para llevarlas a Europa. Hoi mismo hai tanto gusto por la pintura, que casi no existe casa alguna por pobre que sea que no ostente sus cuadros. A lo

menos todas tienen sus patios i zaguanes adornados con frescos que representan pasajes de la fábula o de la historia o grupos caprichosos. No hai mérito, es verdad, en la jeneralidad de estos cuadros, pero tienen regularidad de formas, i no pueden dejar de acostumbrar la vista a las proporciones de la belleza. Cuando el ojo del pueblo se disciplina de este modo siquiera, hai mucho avanzado en favor del buen gusto para todas las circunstancias de la vida: quien sabe si esto no es una de las causas que contribuyen a hacer que el pueblo limeño sea mas artista que el de Santiago.

Con todo, no hai en Lima muchos pintores notables, asi como tampoco se encuentran profesores de música. Parece que los artistas, que diariamente emigran de Europa, huyen con estudio de esta hermosa ciudad de los reyes, sin duda porque temen no tener en ella la seguridad personal que necesitan. Asi es que no son aquí tan comunes como en Santiago i Valparaiso los conocimientos musicales: hai mui pocas señoritas que se distingan en el canto o en el piano.

Pero sigamos con la descripcion de la

ciudad, que dejamos suspensa por hablar de algunas de las infinitas curiosidades que llaman la atencion de un viajero.

Vamos ahora de afuera para adentro: Lima está circunvalada en la parte alta, de una muralla de adobes que costó mas de un millon de pesos, i que hoi se halla destruida en muchos puntos o por destruirse. En ella hai treinta i cuatro bastiones para colocar artillería, i nueve portadas que franquean su salida, cuyos nombres son: Matasiete, Maravillas, Barbones, Cochorcas, Santa Catalina, en la cual hai un cuartel de artillería con un pequeño jardin, Guadalupe, Juan Simon, Monserrate i la del Callao. El virei Abascal refaccionó esta muralla i creyó ponerla en pié de guerra, pero creo que ni entonces ni ahora ha podido servir a tal objeto, pues que su debilidad, su mucha estension i su poca elevacion hacen imposible una defensa sostenida, aun contra un pequeño ejército. Este es un hecho tan conocido, que el gobierno hace mui poco caso de tal fortificacion, i la deja desmoronarse, sin atribuirle el mérito, que tuvo para Abascal. Hoi podria la muralla servir

siquiera de paseo, porque presenta hermosos puntos de vista hácia el campo i huertas de la vecindad, pero su soledad la hace peligrosa: no es raro que algunos paseantes hayan sido sacados de sus abstracciones por los bandidos que allí pueden hacer su presa sin temer a la policía.

La parte baja de la ciudad está separada del resto por el Rimac, que corre a una cuadra hácia el Norte de la plaza, i termina en un campo estrecho circundado de colinas estériles i feas. Esta parte es accesible por la portada de Piedra Lisa, que está al Oriente y por la de Guia al Poniente. Este fué el lugar por donde entró el ejército chileno que tomó a Lima en 839, batiéndose primero en los arrabales i despues en el puente del rio, el cual rigorosamente no habria sido forzado si hubiera habido un poco de empeño en sostenerlo.

El puente es de cal i piedra i mide quinientos piés de lonjitud, sobre cinco arcos que miden treinta i siete. Presenta una hermosa vista sobre el mar a un lado i la cordillera al otro. En la bajada del Sur está adornado con un hermoso arco de mampos-

tería por debajo del cual se hace el tránsito. Este arco remata en su parte superior en una galería adornada con dos graciosas torrecillas en medio de los cuales hai un grupo de estuco que cubre un magnífico reló de dos esferas.

A una cuadra de allí está la plaza mayor con sus viejos portales, al Sur i al Poniente, la catedral al Oriente i el antiguo y ruinoso palacio de gobierno al Norte. En el centro tiene una fuenet de bronce, que debió ser magnífica ahora doscientos años, cuando se gastaron en su construccion ochenta i cinco mil pesos.

Hai otras plazas menores, entre las cuales notaré la de la Inquisicion, donde debe colocarse la estátua de San Martin, i notó este sitio, no por lo que valga, ni por hallarse allí el local del Congreso, sino porque a su costado del Sud mantiene todavia el edificio del santo oficio, que hoi sirve de cárcel. El salon del tribunal de inquisidores i la capilla encierran un gran cuadrado en donde están los calabozos tambien cuadrados i aislados entre sí, de modo que cada uno de ellos está rodeado por todos sus án-

gulos de un estrecho callejon: el conjunto forma una figura igual a un tablero de ajedrez. El salon está cubierto por un techo de cedro tallado primorosamente. A la izquierda del dosel está el cuarto desde donde el delator podia ver á su víctima, sin ser él visto, y a la derecha se halla el cuarto del tormento.

Al presentarse uno en aquel sitio no puede evitarse un movimiento de indignacion, que luego cede a la curiosidad que sentimos hoi por conocer detalles relativos a aquel monstruoso tribunal. Yo habia visto ya en jeneral de la Universidad los retratos de los principales inquisidores, i mi fantasía me los representó sentados bajo del dosel i confabulando el asesinato de sus víctimas. Repasé en mi memoria el auto de fé de 1736, i me figuré a los infelices ajusticiados desde el primer instante en que fueron llamados por esos satélites del demonio, que invocaban el nombre santo del Salvador del Mundo para ahogar con el fuego la libertad. Usted no conoce tal vez, ese hecho de la historia de este pais. Voi a trasuntárselo de una crónica que tengo a la vista.

El 20 de noviembre de 1736 se publicó el bando en que se esponia la pena decretada por los inquisidores contra varios reos acusados de crímenes contra la relijion, solemnizando este acto los consultores, calificadores, familiares i secretarios del santo oficio, juntamente con su alguacil mayor i gran acompañamiento de la jente principal, de tropas i de bélicos instrumentos. Desde ese dia se construyó en la plaza mayor un gran tablado, frente al cabildo para la exhibicion solemne que debia proceder al asesinato.

El 22 de diciembre a las cuatro de la tarde, es decir, despues de siesta, se hizo la ceremonia con todo el aparato de estilo. Guarnecian el tránsito las tropas veteranas i de milicias. La procesion partió de la capilla de la inquisicion, llevando el virei. Cáñamo Sotomayor, el estandarte de la fé, cuyas borlas sustentaban el jeneral Lamas, gobernador de la plaza fuerte del Callao, i el teniente jeneral don Diego Abarca. Seguian despues los comisarios, nobleza i títulos; los colejios de San Martin i Santo Toribio con sus maestros i colejiales reales; los doctores de la Universidad formando

cortejo al rector del santo tribunal, quien llevaba una cruz blanca, para significar de este modo que sus infamias eran apoyadas por la ciencia i santificadas por una relijion de paz i mansedumbre. Despues aparecian las órdenes relijiosas, segun su antigüedad, siendo la última la de Santo Domingo, cuyo provincial conducia una cruz verde de dos varas de alto, que alumbraban con cirios los familiares, maestros, calificadores i consultores, revestidos de sus respectivas insignias. Cerraba la procesion el inquisidor fiscal, acompañado del alguacil mayor de vara alta i de un destacamento compuesto de una compañía de veteranos y de la caballeria de pulperos i chacareros.

Llegada la comitiva a la plaza, dice la crónica, colocaron la cruz verde en el tabladillo i siguió el santo tribunal hasta las tierras del Acho en donde situaron el quemadero, i allí al pié de la hoguera dejaron la cruz blanca, i una escolta para su custodia. La comitiva volvió a la capilla de la Inquisicion, en donde continuó la fiesta.

Entre tanto los reos estaban en sus calabozos asistidos de multitud de sacerdotes

que los catequizaban i procuraban con su sabiduría disuadirlos de los errores que los infelices no se empeñaban en sostener.

El dia siguiente, que fué domingo, a las ocho de la mañana partió de la capilla la misma procesion aumentada con la real audiencia i con los reos que habian sido contumaces hasta el estremo de dejarse quemar por no abjurar lo que se les atribuia. Estos desgraciados eran Juan Francisco Lazo, chileno, acusado de brujo i por haberse casado tres veces; Juan de la Cerda i Matias Cabre, ámbos limeños, por haberse casado tres veces, Nicolas Araus, limeño, escuelero i Felipe Latorre, trujillano, por brujos; Antonio Soliz por algunas proposiciones heréticas i José Esquivia, autor de muchas herejías; Bernabé, de casta china, Bernardo Aguirre, Matias del Rosario, Juan Bautista Gomez, Manuel José Arias, relijioso franciscano, José Ruiz, negro, todos peruanos i condenados por bígamos; Fr. Juan de Ochoa, lego domínico, Maria Fernandez, llamada la Pulga, chilena, Teodoro Villarruel, Micaela Zabala, Maria Josefa, negra, Rosa Ochoa, la *Capuli*, i Teresa Malavía, to-

das las cuales eran brujas consumadas. Por fin el licenciado D. Francisco Javier Neira, chileno, fué sentenciado por haber dicho dos misas, i la señora doña Maria Ana Francisca Castro, española, por bruja.

Tambien eran conducidas con estos infelices las estátuas vestidas con las ropas del orijinal que representaban al padre jesuita Francisco de Ulloa, chileno, que murió en el tormento sosteniendo sesenta proposiciones heréticas que formaban su proceso; a D. José Soliz de Obando, tambien chileno, acusado de varias herejias i muerto en el tormento; a Francisco Nuñez, que se reconcilió con la iglesia antes de morir en los calabozos, i a José Luis Dara que tuvo la fortuna de fugar antes de ser juzgado. Los huesos de los muertos eran conducidos en cajones para ser quemados.

Cada uno de los ajusticiados marchaban con sus padrinos, que eran peruanos de distincion, i auxiliados por varios sacerdotes, cuyas voces atronaban, alternando con el lastimero son de las campanas. Los inquisidores i el virei con toda su familia i servi-

dumbre cerraban la comitiva i eran escoltados por una fuerte partida de tropa.

Llegado que hubieron al tabladillo de la plaza, tomaron sus asientos los tribunales, autoridades i demas corporaciones i se procedió a la lectura de los procesos de los reos, que habian sido conducidos en un cofre de plata por dos secretarios del santo tribunal, vestidos con anchos ropones negros. Entre tanto los reos estaban a la espectacion, oyendo relijiosamente sus juicios sin poder protestar siquiera con una mirada contra las iniquidades de que eran víctimas.

Terminado el acto, se retiró el virei a su palacio, fueron devueltos a la cárcel los reos que habian sido condenados a presidio, los cuales habian marchado tambien en la procesion, i los que debian morir partieron para el Acho a cargo del Alguacil mayor. Allí fueron entregados a las llamas de la hoguera, que a cada momento cebaban los verdugos, juntamente con las estátuas i restos de los que habian perecido en el tormento, i los de la señora Castro que murió a garrote.

Esta infeliz mujer no habia podido sopor-

tar la idea del suplicio a fuego, i pidió perdon sometiéndose a cuanto quisieran imponerle, valiéndose de la madre de Desamparadas para que obtuviese misericordia. Peró el santo tribunal apenas se dignó conmutarle la pena de fuego en la de garrote, que se ejecutó en aquel mismo acto, con la condicion de que su cadáver fuese arrojado a la hoguera.

Ese licenciado Neira, tambien chileno, que figura entre los ajusticiados, era, segun la tradicion, un jóven abogado de veinte i tres años, de hermosa figura i de talento distinguido. Tuvo la ocurrencia de celebrar dos misas por realizar no se qué travesura, i pagó en las llamas su profanacion.

El jesuita Ulloa, chileno, era un teólogo eminente, a quien perdió su talento investigador i filosófico. Se atrevió a sostener varias proposiciones que ofendieron el orgullo de los doctores de San Marcos, i pereció en el tormento sin abjurar su razon. Hoi habria sido perseguido de otra manera mas culta.

¿Me demoraré en lanzar una invectiva para execrar la memoria de tan horrendo

atentado? No, que sentaria mui mal cualquier anatema en esta carta narrativa. Limítome a contar el suceso tal como acaeció pues que él por sí solo basta a sujerir un libro de reflexiones i de admiraciones, sin que yo interrumpa mi descripcion.

Estamos todavia en lo material de la ciudad. Contiene ésta en su recinto como tres mil quinientas casas. Sus calles, que tienen un nombre distinto en cada cuadra, son vistosas; la de Mercaderes, la de las Mantas i la de Palacio sirven al comercio de lujo i a las tiendas de aparato, i ofrecen un agradable recreo a la multitud que las pasea de noche. Pero hai otras varias en las cuales se hace el comercio que se centraliza en esta ciudad, como que es su emporio: pasan de cinco mil las tiendas que hai en Lima, fuera de infinitos talleres, pulperías i fruterias que se hallan en todas direcciones.

Al hablar de talleres i de fábricas, no debo pasar en silencio la de tejidos de seda movida por vapor i sostenida, casi sin provecho, por el presbítero Navarrete: la de tocuyos i la de papel.

La segunda que es traida de los Estados

Unidos desde su edificio hasta su última herramienta, cuesta un fuerte capital a sus empresarios. Tiene una rueda perpendicular impulsada por agua que dá movimiento a cien telares con sus respectivos aparatos preparatorios que toman el algodon en bruto i lo benefician hasta convertirlo en hilo a propósito para el tejido. Esta fábrica que ha tenido que luchar con todos los inconvenientes de la falta de conocimientos i de esperiencia, i con todos los costosos ensayos consiguientes a su establecimiento, puede tejer hoi hasta tres millones de yardas al año, i con el millon i medio que produce, retribuye un buen interes sobre el capital invertido. En el Perú se consumen anualmente once millones de yardas de tocuyo. La fábrica da ocupacion a mas de cien personas pobres, la mayor parte mujeres.

La de papel pertenece a los señores Amunátegui i Villota, empresarios del diario llamado el *Comercio*. Se mueve por agua i por vapor, pero necesita todavia de algunos elementos para producir mejor papel que el que fabrica. Sus productos se consumen en la imprenta del *Comercio*.

Creo que los ensayos que el Perú hace en estas tres fábricas le serán provechosos, porque cuentan con las primeras materias i con un consumo seguro. Ojalá no tenga la tentacion de hacerse mas fabricante, lo que no seria estraño puesto que aquí como en Chile abundan hombres que miran como el mayor progreso de estos paises el establecimiento de fábricas. Error es este que ha hecho perder a la América del Sud muchos capitales i mucho tiempo, bien que el tiempo abunda tanto por acá, que no se siente su pérdida. La esperiencia vendrá a enseñarles que no pueden rivalizar como fabricantes con la Europa i que su provecho está en producir las primeras materias con la mayor perfeccion posible, para que otros les den la última mano. Las pocas escepciones de esta regla están ya realizadas en el Perú.

Mucho deseará Vd. ya que le hable de la sociedad. Vamos a ello, pero mui sériamente.

La poblacion de Lima, segun el censo de 1836, consta de 54,628 almas, diez mil menos que las que tenia en 1820. Segun mi

cálculo formado por los datos que me han sido suministrados, esta ciudad no tiene menos de setenta mil habitantes.

De ellos las dos terceras partes son de indíjenas, negros, i castas intermedias. Los esclavos no bajan de 4,000.

Es curioso lo que sucede con la esclavatura en todo el Perú. El congreso de Huancayo declaró libertos a los que cumpliesen 25 años, obligando a sus patrones a que retribuyesen su trabajo, con un mensual de cuatro pesos. La Constitucion vijente declara en su art. 155 *que nadie nace esclavo en la República.* Sin embargo se encuentran por lo menos 20,000 de estos seres desgraciados en toda la costa, que es la parte del Perú que los conserva: en la sierra no hai esclavos.

De esos 20,000 imbéciles, la mayor parte se compone de libertos i de nacidos despues de la fecha de la Constitucion, i no obstante, ni aquellos reclaman su pré ni estos su libertad. Todos siguen en la esclavitud, sin darse cuenta de sus derechos i sin inquietarse por su situacion. Hai haciendas que necesitan centenares de hombres

para sus faenas, i no cuentan sin embargo un solo hombre libre de hecho: todos son libres de derecho, pero ellos no lo saben o por lo menos desprecian su libertad.

No se hallan en mejor estado de cultura los negros, indios i demas castas intermedias: su pasion es la pereza i su bienestar consiste en trabajar poco. La poblacion baja de Lima gana su vida con gran comodidad, i apesar de ser cara la subsistencia, no hai quien no tenga cómo comprarla. Paseándome un dia por una alameda en la portada del Callao, encontré una negra con su grueso puro en la boca: asi andan todas por la calle. Pedíle fuego para encender el mio i ella me hizo sus atenciones con mucha dignidad.

—¿Fuma Vd. mucho? le pregunté.

—Un poco, señor, me respondió.

—¿Cómo cuánto?

—Como un real o dos al dia, porque tambien se da cuando a una le piden.

—¿Y entónces cuánto gana Vd. al dia, para poder fumar, comer i vestir?

—Gano cinco reales todas las mañanas.

—¿Y por la tarde?

—No trabajo, porque no hai para qué molestarse tanto.

—¿Cuál es su oficio de Vd?

—El pasto, señor: siego por la mañana o cuando quiero, me pagan mis cinco reales, i agur.

—¡En segar pasto gana Vd. tanto! le repliqué admirado.

—¡Vé, el señor, i por qué no, pues? me dijo la negra echando a andar con una carcajada bulliciosa, que le hizo mostrar sus gruesos dientes de marfil i sus labios inmensos de vermellon.

Esta mujer afortunada que, como todos los negros de Lima, llevaba la alegría en su rostro i todo el vigor de un atleta en sus movimientos grotescos, es el tipo mas perfecto de su clase.

No son menos alegres i felices los mulatos i los mestizos, ni ceden a los negros en lo bullicioso. Los viera Vd. en número de seis u ocho mil en la plaza de toros; perfectamente vestidos, i las negras de trajes blancos o de vivos colores. ¡Qué algarabía! qué reir tan cordial i descompasado! ¡Qué de dichos graciosos! qué de altercados

violentos, furiosos que estallan en una risotada universal.

El gusto del pueblo por los toros es tan pronunciado como en España. El negro o el cholo se abren la entrada de la plaza aunque les cueste vender su colchon para conseguirla. Hai algunos que en su figura i sus andrajos prueban su mendicidad, i sin embargo esos hombres se presentan en el tendido tan alegres i valientes como los que mejor visten, i silban o aplauden con tanta oportunidad como cualquier taurofilo. Asi no es de estrañar que la plaza rindiera de diez a doce mil pesos por tarde, cuando Lima era la córte de los vireyes. Hoi que es la córte de los presidentes, asciende ese producto a la mitad.

La plaza está situada en Acho. Es de inmensa estension i de forma circular. Tiene tres órdenes de asientos: los cuartos tapados, el tendido i las galerías, i puede contener mas de doce mil personas. Tambien hai palcos para el Presidente de la República i para la autoridad local. A las tres de la tarde, hora en que principia la corrida, el circo está ocupado por un pueblo

numeroso: un batallon de línea ejecuta el despejo, i cada cual ocupa entonces su lugar. El toro aparece i es saludado por diez mil voces, por músicas i por cohetes. Los capeadores a caballo lo reciben, i el toro les corresponde derribándolos alguna vez o matándoles de una cornada su caballería. El aplauso es universal. Luego entran a lidiar los toreros a pié: los lances i capeos, las banderillas, la espada, el puñal, i el rejon se suceden entre los gritos, los víctores, sarcasmos i silbos hasta que el toro muere, no pocas veces mechado i cubierto de sangre. Hai toros felices que levantan en los cuernos a su adversario, que lo estropean i lo revuelcan: entonces el pueblo suspende el aliento un instante i luego hace llegar su grito a los cielos aplaudiendo al toro o al torero, segun su comportacion respectiva.

La concurrencia evacua la plaza i sale al paseo de Acho, en donde esperan las señoras en sus carruajes i las tapadas en grupos o sentadas en largas filas.

Ocupémosnos primero de este lindo paseo. Está situado sobre la ribera derecha del

Rimac i casi al nivel del tajamar. Consta de tres calles angostas de sauces, de un verde risueño, de pequeña altura i recortados en copos graciosos. El rio se desliza bullicioso i juguetea por entre las tupidas yerbas i arbustos que alfombran su cauce. En la orilla opuesta se elevan sobre una inmensa masa de edificios amarillos las torres, las cúpulas i miradores de la ciudad presentando un conjunto de panorama, que doran con los colores del íris los últimos rayos del sol. Las colinas del norte, que arrancan sus declives casi desde el mismo paseo i los lejanos cerros que cierran el valle del oriente, completan este cuadro encantador.

La calle del medio de la Alameda está destinada para los pocos coches i para las innumerables calesas doradas de dos ruedas i de forma vetusta que usan las limeñas. Las de los costados pertenecen a la jente de a pié. Este sitio es mui frecuentado diariamente, i los lúnes i viérnes, que son los dias destinados al paseo, i en los cuales asisten a él tres bandas de música militar, está tan concurrido que es poco menos que difícil recorrerlo libremente.

Hai otra alameda llamada de los Descalzos, tambien de sauces, pero no tan elegante ni tan concurrida como la de Acho.

El dia del Acho, como digo, es el de corrida de toros. Los carruajes estacionados al centro i las tapadas de saya i manto en el costado opuesto al Rimac, forman el formidable ejército que esperan a los taurofilos. Las tapadas ocupan los asientos i están allí como en su estrado recibiendo los dichos, las galanterías i las curiosas manotadas de los transeuntes. Ellas no se inquietan, sino que al contrarió charlan i responden con gracia las jovialidades de sus cortejos. La voluptuosa saya, que cae en simétricos pliegues desde la cintura hasta el empeine de un pié pulido i ricamente calzado, el vistoso chal de seda que asoma por delante, dejando descubiertos unos lindos brazos desnudos i adornados con pulseras mas o menos preciosas; i por fin, ese estrecho manto ajustado a la espalda i a la cabeza i prendido con la mano sobre la cara de modo que no deja descubierto sino un ojo negro, espléndido i radiante, dan a estas mujeres un aire mis-

terioso, lascivo, encantador, que fascina i deslumbra.

La tapada es el tipo de la belleza, i al mismo tiempo la dominadora mas absoluta de los sentidos i aun de la intelijencia del hombre. ¡Cómo atreverse a dudar de que es hermosa la mujer que revela tanta gracia al traves de ese vestido misterioso! ¡Cómo dudar un momento de que es intelijente i capaz la mujer que se encara a todos i que para todos tiene palabras oportunas, frases espirituales, risas insolentes, i burlas picantes, que siempre van exordiadas por un *huá!*, que revela su superioridad!

La saya i manto son las armas de la independencia de la mujer, i ellas han hecho mas por la elevacion i por la influencia social del bello sexo, que los libros i congresos con que las francesas han procurado conquistarlas.

La saya i manto esplican perfectamente el poder que la limeña ha ejercido siempre en los destinos políticos i sociales de este pais. Con la saya i manto dominan las mujeres en el paseo, en la barra de las cáma-

ras, en el salon de gobierno, que invaden impávidas cuando se abren sus puertas para cualquier solemnidad, i hasta en el templo, cuyas naves ocupan i recorren en las grandes fiestas.

Es verdad que cada dia pierde mas su poder el bello sexo en Lima, pero la única causa está en que a las señoras les ha dado el capricho de abandonar la saya por el vestido de gros, i el manto por la manteleta i la prosaica gorra de la moda francesa. Ellas conocen que su vestido nacional es mas gracioso i mas cómodo i que les da mas dignidad i libertad; pero culpan de su abandono a sus maridos, que les ordenan vestir la moda europea como la librea de su poder conyugal i de la esclavitud de la mujer. ¿Mas, por qué no se revelan contra semejante tiranía? por qué no recobran su independencia declarando una guerra a muerte a las modistas francesas, a los figurines i a los tules i a los encajes; levantando al cielo el estandarte de la saya, como el emblema de su emancipacion?

Desgraciadamente no es esta la única orijinalidad nacional que han abjurado las

señoras: el lugar que sus abuelas ocuparon en la plaza de toros está desierto, porque las nietas no pueden ver correr la sangre de esos entes cornudos; i la zambacueca, el maicito, el don Mateo i la zambalandó no hacen oir sus estrepitosos i voluptuosos compaces en los salones.

Tan lamentables pérdidas no tienen reparacion, a no ser que aparezca una Bolivar o una San Martin, que espada en mano, dé el grito de alarma contra el coloniaje de la moda a que con tanta humillacion se somete la clase elevada de Lima.

¡Loor a las pocas limeñas que sustentan todavia la gloria de su traje! ¡Santa Rosa les dé el valor que necesitan para luchar contra esa invasion de la moda, que es a las costumbres de Lima lo que la invasion de los bárbaros fué a las costumbres de la antigua Roma!

Mas el hábito es todavia poderoso. Las limeñas no se pueden acostumbrar todavia a descubrirse: no abundan las sayas en los dias comunes, pero en el teatro, en el comercio i en todas las calles vénse diariamente las mujeres tapadas, con el pañolon

europeo sobre la cabeza i ajustado sobre el rostro ni mas ni menos que el manto. Es verdad que este traje no es tan gracioso, pero conserva siempre el misterio, i pica la curiosidad.

Una mañana iba yo a encontrarme con una de estas tapadas en la calle de Mercaderes. Su pañuelo i vestido de seda, su salero, su porte, su pulido pié me revelaron una beldad. ¿Quién será? al encontrarla me acerqué a ella tanto para traducirla por el ojo descubierto, que un boton de mi levita se enredó en la flecadura de su pañolon. Un paso mas, pif! i el difraz se desprendia de la mano que lo sostenia. En lugar de desenredarme, digo: «perdone Vd. señorita,» i clavándole mi vista con avidez doi un grito de espanto: habia visto el rostro diforme de una chola ñata, boca prominente i que tenia tuerto el ojo que llevaba tapado! Fué tal la prisa que me dí por huir de aquel vestiglo que no me desenredé sino que arranqué el boton con un jiron de mi levita, dejándoselo todo como trofeo de mi derrota.

Apénas me recobro del espanto, miro al-

rededor como uno que se levanta despues de haber dado un resbalon en la calle, i veo otro tuerto. Como me parecia que todos habian sido testigos de mi chasco, seguí mirando todas las caras para descifrar en sus facciones la risa que yo creia que me ocultaban, i la casualidad quiso que en menos de dos cuadras que anduve encontrase cinco tuertos mas: suma total—siete tuertos.

Un viajero frances habria sacado su cartera i con gran seriedad hubiera escrito en su diario lo siguiente: «Todos los habitantes de Lima son tuertos de un ojo i por eso las mujeres no se dejan descubierto mas que el bueno.» La Europa habria visto luego un libro que contenia esta frase i lo habria creido: ¡Pobre Lima!

Mirad a todo lo que se esponen las limeñas por abandonar su traje. Esa chola desgraciada habria pasado por una sílfide sino es por el pañolon de raso. Su manto sin flecos le habria libertado de mi boton i a mí me habria dejado mas contento i venturoso.

Ojalá fueran mas frecuentes los chascos de esta especie, i pudieran ellos influir en

la conservacion de las antiguas costumbres, que asi habria siquiera un pueblo orijinal en esta América infeliz.

La alta sociedad de Lima no es ya limeña: hombres i mujeres han adoptado los usos i trajes de la culta Europa.

Los cholos tienen sus zambras bulliciosas en que las cuerdas de la guitarra i el jaleo monótono pero ardiente de todos los circunstantes, animan a la pareja que corre i se cruza siguiendo los balances de la zambalandó: el fuerte almizcle se confunde allí con el olor de los negros i el de los candiles, i todos estos vapores dan al cuarto una atmósfera tan densa como la de la ciudad. En los salones elegantes del Presidente de la República, del jeneral Lafuente, del señor Armero i de otros altos personajes, alternan la polka, el valse i las cuadrillas; se oyen las melodías de Bellini i Donizetti, i se aspira ámbar i flores. El brillo del sarao corre allí parejas con el candor i la dulzura. Las limeñas no abandonan su jovialidad fraternal, ni su suave amabilidad por mas que adopten las esterioridades francesas: a Dios gracias, están libres i exen-

tas de esa etiqueta ceremoniosa i fastidiosa, de ese estiramiento tan insípido como vano, que afectan algunas de nuestras damas por imitar el *buen tono* de los pacotilleros a quienes toman de modelo.

Las señoras son jeneralmente bellas, aunque no abundan las bellezas raras. El mayor número de bonitas cuenta la numerosa clase que se halla entre la mas alta i el pueblo bajo, esa clase que mantiene i conserva todavia las glorias de la saya i manto. La mujer del pueblo es fea en toda la estension posible.

La primera sociedad no abunda en hombres, pero los que la forman son bien educados i afables sin afectacion. Muchas veces me he acordado de la vana severidad de los chilenos, que forman tanto contraste con la culta llaneza de los limeños. Para un estranjero es mui visible este contraste. A Santiago puede llegar por primera vez el primer sabio, el mas elevado viajero, seguro de que no le harán caso, sino lleva recomendaciones: la afamada hospitalidad chilena se ha convertido en la chocante escentricidad inglesa. Pero cuando llega a

Lima algun estranjero recomendable por sus prendas, recibe las atenciones cordiales que son propias de pueblos como estos de la América, en que la facilidad i limitacion de las relaciones hacen innecesaria la ceremonia europea.

I esto que Lima ha sido una verdadera corte i ha tenido una verdadera aristocracia de sangre, que todavia conserva de hecho, aunque no de derecho, sus títulos i su vanidad. A ochenta alcanzan los títulos de Castilla que ha habido en Lima, i que hoi mismo se apellidan marqueses i condes.

¡Aberracion degradante, que puede ser bien funesta a la realizacion de la República democrática en el Perú! Tolerable podia ser que el juego formase, como forma hoi, la primera distraccion de las tertulias. Nada significa que se conserven todavia muchos usos del coloniaje, i hasta gracioso es ver que nadie cabalga sin baticola i pretal, i que no hai viejo que no lleve por la calle su gorro i su capa aunque raye el sol de la canícula. Pero que se usen los títulos de nobleza i se pretenda significar con ellos un mérito que no representan es bien im-

propio de un pueblo culto que ha sabido emanciparse i hollar la corona de los reyes. Harto deseo que los limeños tuvieran mas dignidad i desprendimiento para trasladar a sus perros de caza o a los choquitos falderos los títulos de marques o conde con que hoi recomiendan a ciertas familias.

Pasando de los detalles al conjunto, presenta el pueblo de Lima uno de los cuadros mas animados i orijinales que pueden verse en la América del Sud. Es un pueblo sin ocupaciones i callejero, sin felicidad material, pero alegre i bullicioso. El paseo de Acho, el puente del Rimac, los portales, las calles del comercio, el teatro, los cafés, i el mercado de abastos, tienen siempre una concurrencia numerosa, que se mueve i charla con animacion.

En las fiestas del aniversario de Ayacucho i de la noche buena de 850, vi en todo su auje la movilidad de Lima. El 9 de diciembre se celebró aquel triunfo espléndido de los independientes sobre las fuerzas españolas. La guarnicion veterana ocupó la plaza principal, le hizo los honores al Gobierno que asistió a la misa de gracias en

la catedral. La mayor parte de la concurrencia de este templo la formaban las tapadas de saya i manto. Era aquello una verdadera mascarada, en que el disfraz no era bastante poderoso para eclipsar las formas de la belleza. Las tapadas lo veian todo con su ojo radiante i lo hablaban todo con su boca, que debemos suponer de rosas, si atendemos al color de los brazos desnudos.

Allá en la nave del centro se celebraban los oficios divinos para el Gobierno i unos cuantos devotos; pero en las de los costados se paseaba, se conversaba i se cruzaban jovialidades como en un salon de baile. Acabada la funcion, se retiró el gobierno a su palacio con un céquito innumerable de caballeros i tapadas. El larguísimo salon del sillon presidencial se apretó de sayas i fraques, i allí se revolvió todo i se continuó la mascarada.

En la tarde se reunió el pueblo en la misma plaza a gozar de balde las pruebas de una compañía de equitadores i por la noche a los fuegos artificiales. Inútil es recordar que en ambas funciones dominaban las tapadas, oscureciendo a los equitadores

i eclipsando las luces de los fuegos. Ellas lo ocupaban todo i daban la lei. Sus fallos no tienen apelacion: *¡Huá, qué feo!* esclamó una derribándome el cigarro de la boca. Yo me resigné humildemente i me conformé a no fumar; pero aun todavia se resiste mi naturaleza a admitir el epíteto! A veces lo tomo como una ironía, otras como equivocacion, lo que no seria difícil en una mujer que mira solo con un ojo, i siempre me consuelo creyendo de mui mal gusto a la tapada que me lo lanzó. Con menos piedad esplico el parecer de una destapada que me creyó *serrano*.

Lo noche buena no tuvo sayas, pero sí tuvo cabezas cubiertas a la moda actual, es decir con pañolon. Celébrase esa noche el nacimiento del Salvador con una feria en la plaza principal. Toda ella se rodea de mesas i armazones que contienen comestibles, bebidas, jéneros, pañuelos, cristales, lozas, juguetes i cuanta chuchería acarrean sobre la América los franceses i alemanes. En el centro, alrededor de la puerta se instalan las cocinas. Hai un costado de la plaza que está todas las noches del año ocupado por

fondas portátiles compuestas de unos cuantos bancos i de una mesa iluminada en que se hallan las vasijas de refrescos i bebidas. Allí van todos a refrescar, blancos i negros, altos i chicos. Pero en la noche buena tienen esas fondas una concurrencia estraordinaria. En el resto de la plaza se pasea el pueblo, es decir, todas las clases de Lima: la algazara señala a los negros i cholos, que entonces son iguales de hecho a los caballeros i señoras con quienes se entreveran i rozan. La misa que celebran en las iglesias despues de las doce de la noche despeja un poco la feria, pero al fin los primeros rayos del sol iluminan al populacho en la plaza i sorprenden a la alta sociedad repartida entre la carpeta i el piano.

Un pueblo que tanto se divierte no puede tener enerjía, diria un espartano. I con efecto, no tiene sino indolencia por todo lo que no sea molicie i holganza. Pero no es porque se divierta ni porque ande a caza de cualquier accidente para repicar, tocar músicas i callejear: su molicie proviene del clima i su amor por la holganza es un

resto de la corrupcion del coloniaje. El clima enerva, debilita el sistema físico i moral, predisponiéndolo a la indolencia. En vano aseguran todos, haciendo coro unánime que este clima es benigno: los hechos desmienten su aseveracion. Ya dejo indicado que los hospitales no han tenido durante el año 850 menos de 20,000 enfermos. Los que se han curado en sus casas no pueden bajar de 10,000, si consideramos la preocupacion que aleja a las jentes del hospital, i lo mui numerosa que es la clase de personas que tienen comodidad para no acudir a él. Tenemos, pues, que durante un año se ha enfermado la mitad de la poblacion i que la mortalidad no baja de un nueve por ciento: si esto es resultado de la benignidad del clima, no sé cómo podria ser mas rigoroso. Es cierto que la temperatura es jeneralmente suave i que en Lima no se conocen los fenómenos de la electricidad, i tambien puede ser mui cierto lo que sienta Unanue, a saber «que hombres ancianos i relijiosos aseguran ser menos comunes i violentos los temblores en Lima desde que resuenan sus templos con el sagra-

do cántico del *trisajio;* pero a mi modo de ver esto es lo peor, porque faltando la electricidad a la atmósfera, falta tambien a los habitantes. Por lo mismo diré francamente que la aplicacion del trisajio al uso de *paratemblores* no me parece tan bien como el descubrimiento de Franklin: el para-rayos impide los estragos de la esplosion eléctrica, sin que por esto la atmósfera pierda su carácter; mas el *paratemblores*, segun Unanue, arrebata a la tierra su electricidad i la imposibilita para hacer el bien: esto es como si sacáramos a las limeñas los ojos para impedir que pecasen con ellos. Sin embargo, el descubrimiento no deja de ser importante, aunque al parecer de efectos mui locales, puesto que Santiago no se ha salvado del terremoto de 6 de diciembre último, a pesar de que allí se rezan tantos trisajios.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que falta la electricidad en la poblacion de Lima i que por eso es indolente, hasta el estremo de dejarse saquear, cuando a los bandidos se les ocurre llenar su bolsa dentro de murallas. Al grito de ¡ladrones! todos cierran sus puertas, si no abandonan sus propieda-

des por ocultarse. Durante los meses de octubre i noviembre se ha entretenido en Lima una banda de facinerosos, que ponian en alarma a todo el vecindario, sin que nadie se molestara en hacerles frente. La policía no era bastante a cortar el mal, porque tambien carece de electricidad para todo, hasta para hacer la limpieza de la ciudad: la policía de salubridad está confiada a los gallinazos.

A propósito de gallinazos, ¿sabe Vd. que este es un pájaro de nota? su figura es como la de los que llaman jotes en los campos de Chile, i su propension característica es apoderarse de todas las inmundicias que salen a la calle. Los gallinazos se apostan en las cornizas de las azoteas i desde allí se lanzan a la calle instantáneamente; cuando ven correr por la acequia un despojo cualquiera. Los gallinazos gozan de inmunidad en Lima: nadie puede atacarlos ni asesinarlos sin incurrir en una multa. Por consiguiente es inútil decir que tampoco pueden ser desterrados: por eso ellos se portan con una confianza admirable; reposan i duermen a pierna suelta i se pasean sin hacer caso si-

quiera de los que transitan por la calle. El gallinazo, en fin, es la vera efijie del senador i del consejero de Estado de Chile: su figura, su color negro, su indolencia, su carácter, sus propensiones, sus privilejios, en todo son iguales. Tal vez se me observará que alguna vez ha sido atacada la libertad personal de algun senador chileno, mientras que no hai ejemplo de que un gallinazo haya sido turbado en su persona: en horabuena, eso seria porque el senador no habia adquirido todavia el carácter de su empleo puesto que desde que se convirtió en gallinazo ya fué inmune i sagrado. No hai que echar esto a la risa. Es tanta la identidad, que en Lima tienen a cada paso una cópia de lo que es una sesion del senado chileno: cuando calienta el sol se colocan los gallinazos sobre las azoteas en hileras de diez a doce, con mucho órden, doblan el pico i permanecen allí taciturnos, sérios i soñolientos. Eso quiere decir que están en sesion.

Despidámosnos de Lima con una palabra sobre política. El sistema democrático tiene aquí obstáculos insuperables que vencer: la diferencia de castas, la indolencia e igno-

sino tambien la voluntad de gobernar.

Si la situacion se complicara hasta el grado de un trastorno, puede asegurarse que la paz se restableceria a poca costa. No hai sistemas ni intereses que fanaticen, que dividan profundamente al Perú. Hai solo afecciones e intereses efímeros, i unos i otros se doblegarán ante el que tenga mas fuerza material o moral para infundir esperanzas.

El Perú cuenta pocos hombres de Estado i por consecuencia pocas rivalidades. Los que descuellan en las cámaras, en el consejo i en el ejército, se comprenden fácilmente i pueden acercarse sin ódios ni rencores, porque no los divide el fanatismo político.

Las evoluciones i choques de la política peruana, segun algunos de sus mismos prohombres, se esplican por el huano de las islas de Chincha, por ese inmenso centro de riqueza que tiene a la mano el gobierno. Pero a juzgar por los sentimientos de patriotismo que revela el jeneral Echenique cuando espresa sus ideas, un estranjero no tiene derecho para dudar de que esa ri-

queza aprovechará a la república, cuando suba al mando este candidato.

Si el jeneral Echenique mantiene la paz que le lega el jeneral Castilla, si continúa la organizacion administrativa que éste ha iniciado i la moralizacion que ha dado a los negocios públicos, el progreso del Perú es incuestionable. Pero es indispensable que dé mas actividad a los trabajos i que estimule al congreso a dar a los pueblos mas pruebas de la bondad del sistema parlamentario.

Una cuestioncilla internacional le queda que concluir con la Nueva Granada. El gabinete del jeneral Castilla ha cometido la imprudencia de no admitir en el cuerpo diplomático al jeneral Obando que se presentó con poderes de las tres repúblicas colombianas para arreglar la deuda. El motivo de esta negativa ha sido porque el ilustre Obando no se ha vindicado ante el Perú de la imputacion de que este jeneral ha sido víctima. ¿Acaso no está vindicado a los ojos del mundo entero? ¿La Nueva Granada no le ha dado ya su sentencia llenándole de honores i gloria para hacerle olvidar

esa calumnia atroz? El gobierno del Perú no tenia para qué hacerse el eco tardío de una cuestion, que no puede hoi remover sin ofender al gobierno granadino i sin poner en peligro sus relaciones con aquel Estado, que mira en Obando no al asesino de Sucre, sino al guerrero ilustre i desgraciado.

Por lo demas, el jeneral Castilla baja con la gloria de haber gobernado realmente, de haber propendido en cuanto lo permiten las circunstancias del pais, a la realizacion del sistema republicano, i de haber creado i consolidado el crédito público. Yo tambien acabaré mi larga carta con la gloria de haber cansado con ella a Vd. de quien soi seguro servidor i amigo.

José Victorino Lastarria.

Postdata.—Diga Vd. reservadamente a los chilenos que los limeños tienen la fortuna de no conocer la escolta del presidente de esta república, porque el jeneral Castilla se pasea como cualquier ciudadano en la Alameda i en las calles.

EL MANUSCRITO DEL DIABLO.

I.

ANTECEDENTES.

Viajábamos de Santiago a Valparaiso: la noche era tenebrosa i fria, el silencio de los campos de Casa-Blanca solo era interrumpido por el atronador rodado de nuestro carruaje, que saltando aquí i brincando allá, de repente suelta una de sus ruedas, nosotros nos chocamos violentamente i vamos a dar de cabeza i por distintos rumbos en la arena de una pequeña corriente.

Cuando volvimos del aturdimiento, nos hallamos rodeados de nuestros conductores i de una vieja i otra moza que tenian luces en la mano. El paraje donde habíamos caido es aquel que está frente a una capi-

lla que la piedad cristiana ha elevado en una de las esplanadas que forman los portezuelos de Vazquez. Al frente del lugar sagrado yace el rancho a que nos condujeron aquellas pobres mujeres.

Nos sentamos al amor del fogon, la vela quedó a un lado puesta de asiento en el suelo, i los birlocheros comenzaron entre maldiciones i risas la compostura del infame carruaje. A poco andar trabamos un diálogo con la vieja:

Ella. Siempre se quiebran aquí los birlochos, señor, yo no sé por qué no componen este paso.

Nosotros. Por falta de ganas, señora, i no por otra causa.

—Asi es, señor, porque plata debe tener una porcion el gobierno. ¡Si roba tanto!

—El gobierno no roba, mujer de Dios.

—Asi es, señor, pero una dice lo que oye.

—A quien le ha oido V. eso?

—A todos, i el otro dia lo dijo....

Las dos mujeres se dieron una mirada de intelijencia i la mas moza esclamó:

¡Ave María!

—Un caballero, señor, a quien se le que-

bró el birlocho aqui mismo, i que segun dicen era el Diablo.

—¿Cómo es eso? ¿En qué conocieron que era el Diablo?

—Traia anteojos, señor, i andaba todo vestido de mujo. Era alto, mui alto, colorado i rubio; parecia ingles, i esta niña dice que le vió una espuelita en un pié. Aquí se sentó en ese mismo banco en que está V. Estuvo renegando contra el gobierno, mientras le compusieron el birlocho, i luego salió tirándonos a la ceniza un peso fuerte i dejándose olvidada una bolsa que vimos al otro dia.

—¿Conserva V. la bolsa, buena mujer?

—Sí, señor, está arriba del rancho i nadie se atreve a tocarla.

—¿Por qué no la devolvió V?

—No supimos mas de él. Cuando el birlocho siguió su camino, el capataz nos dijo que se iba solo, porque el pasajero se habia acercado a la capilla, i al llegar a nuestra señora del Cármen, que está en la puerta pidiendo limosna, reventó en llamas de fuego i solo quedó el olor a azufre. Nosotras nos pusimos a rezar i al otro dia vimos

la bolsa, i la tiramos arriba, porque solo tenia un envoltorio de papeles.

—Pero el peso fuerte lo gastaron Vdes., ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Venga acá la bolsa.

Las mujeres se escusaron de bajarla del techo i nosotros con gran trabajo la alcanzamos. Abrímosla i hallamos adentro infinitos manuscritos, que contenian apuntes de un viajero, i entre ellos los que ahora publicamos sobre Chile. El Diablo, sin duda habia viajado de incognito entre nosotros, i como tal se habria ido a su rejion, sino es que el mal camino le proporciona ese feliz encuentro con Nuestra Señora del Cármen. Este solo motivo bastaria para tener caminos malos. En sus apuntes de viaje por Chile hallamos mui importantes apreciaciones de nuestro estado social i algunos tipos nacionales admiriblemente descritos, tales como el *Modesto*, la *Beata*, el *Enamorado*, *el Hombre público*, *el Estadista*, *el Caballero*, *el Chismoso* i otros que sucesivamente iremos publicando. El deseo de no dejar inéditas estas estrañas producciones nos hace arros-

trar el peligro de publicar verdades amargas; pero nuestra buena intencion servirá para abonarnos a los ojos de las personas imparciales que se penetren de la importancia del *Manuscrito del Diablo*. Nosotros no dudamos un momento que sea el mismo rei de los infiernos, en persona, el que ha escrito las siguientes líneas con tanto calor i veracidad, porque estamos persuadidos de que la verdad ha huido de todo ser que pertenezca a la humanidad. (*)

Luego que nuestro carruaje estuvo listo, nos retiramos del rancho, haciendo lo mismo que el Diablo, no en lo de reventar, sino en lo de dejar a las mujeres otro peso fuerte en recompensa de su hospitalidad.

(*) Este artículo que fué publicado por primera vez en la *Revista de Santiago* en 1849, está escrito en un tono de exajeracion adecuado a las circunstancias i al objeto con que se escribió de llamar la atencion sobre los hechos a que se refiere. Hoi no tiene oportunidad i lo reproducimos aquí únicamente como una pincelada que tuvo su época i que merece ser ahora mirada con induljencia.

II.

EL PAIS.

La naturaleza en Chile es espléndida, pero tiene una regularidad admirable.

Un valle es igual a todos los valles: el mismo aspecto, las mismas corrientes, la misma vejetacion. Basta ver una colina, una montaña, para conocerlas todas. El que busque la variedad o los caprichos de la naturaleza tiene que mirarla a la luz del crepúsculo del alba o al resplandor del sol en su ocaso: entonces se ven las sombras profundas, los tintes varios i contrapuestos, los caprichosos perfiles de la montaña i la majestad misteriosa de las selvas.

Pero el chileno que puede mirar de cerca a su pais en estas horas no ve nada, tiene ojos como todos los hombres i no ve con ellos lo que le rodea; tiene orejas, pero son sordas a los ruidos de la naturaleza; solo las usa para oir lo que le interesa; tiene corazon, sin duda, aunque todavia no sé si se haya hecho alguna autopsia para verifi-

car este hecho, pero debe ser un corazon que no ha de tener otro oficio que el de una bomba colocada al centro del aparato vascular para recibir la sangre de todas las partes del cuerpo del chileno i dirijirla ácia los órganos respiratorios, volverla a recibir i distribuirla por todo el organismo. Lo que prueba que su corazon es un miembro importante i que está destinado a recibir todas las mejoras morales que se le quieran aplicar.

Esto no es decir que el chileno de los campos deje de ser racional. Al contrario, he hallado en él muchos síntomas que hacen sospechar su racionalidad: es bondadoso, aunque arisco; humilde i al mismo tiempo suspicaz.

Este chileno no ve, pues, a la naturaleza de que está rodeado; pero participa de su esencia, porque es monótono como ella, perezoso i terco como su medio dia, insensible como sus riscos.

El habitante de las ciudades es otra cosa: tiene las mismas prendas que el campesino, mas un tantico desfiguradas por el lustre de la sociedad. Su corazon debe desempe-

ñar otros oficios, que trataré de analizar.

Ese no ve al pais: solo mira las derechas calles de su pueblo, siempre cortadas en ángulos rectos, los uniformes tejados de sus habitaciones, siempre inclinados sobre la cabeza del pasajero, las pesadas carretas que trafican con la majestad i pachorra de una tortuga.

El habitante de las ciudades podria cegar sin pérdida ninguna a los diez años de edad; i no sé cómo hasta ahora no se les ha ocurrido hacerlo, para no tomarse el trabajo de mirar todos los dias de su vida una misma cosa. Creo que si dieran en ello, habria en Chile poetas i hombres de jénio, como en todas partes. Lo que es ahora no pueden tenerlos, porque esa cara de todos los dias que ostenta su pais, en el campo i en la ciudad, debe matar la inspiracion i convertir la espiral en línea recta, el capricho de la fantasía en un discurso recto, i las palpitaciones de la sensibilidad en latidos horizontales i rectos.

Yo tambien me he rectificado asombrosamente. Cuando llegué por primera vez a la cuesta de Prado, hice parar el carruaje

para saciar mi curiosidad de ver los Andes nevados. La relijiosidad del sublime cuadro absorvió todo mi ser: se veia al frente un grupo inmenso de montañas colosales sentadas con majestad en una planicie oscura i dilatada. La aurora enrojecia los perfiles soberbios del cordon, i hacia brillar aquella enorme masa de nieves con un resplandor mas vivo que el de la luna, pero mas dulce i suave. Algunas nubecillas distribuidas en celajes de grana i en copos amarillos como el oro daban al paisaje un aspecto encantador.

Cuando pasó mi arrobamiento, me vino aquella necesidad natural al corazon de comunicar las impresiones agradables: ¿No ves esa hermosura? pregunté al postillon que me guiaba. ¿Cuál señor? me replicó. Esa cordillera, esos colores.....—Una risa burlona se desprendió de los labios de mi hombre, que me decia—«Cuando está limpio, señor, se ve siempre lo mismo.»—¿Todos los dias?—Si, señor, todos los dias.—¿No te gusta a tí?—Qué, ¿eso? la nieve me gusta cuando hace calor, i en helados es mui buena.

Ahora que he visto muchas mañanas igua-

les a esa, he comprendido al postillon i le he hallado mucha justicia en su gusto por los helados, que en Chile se hacen mui buenos i en abundancia.

Comunicando estas impresiones a un chileno i haciéndole notar la insensibilidad de sus paisanos, me dijo con todo el orgullo nacional pintado en su cara: que ellos estaban connaturalizados con las bellezas de la naturaleza i que ya no les hacian impresion. Sin embargo, añadí, hai mañanas que deben despertarlos a ustedes del letargo de la costumbre!—No sé, continuó él con su candor, yo no me he fijado, ni nadie se fija aquí en eso.

Por esta respuesta creeria cualquiera que las bellezas naturales andan botadas en Chile, sin tener quien les haga caso.

No es así. Lo que anda botado es la monotonía, i cuando la naturaleza prodiga sus bellezas, los chilenos están durmiendo o van dominados de la pereza que la monotonía les comunica.

En la ciudad no hai actividad ni hai impresiones que ajiten el corazon i lo saquen del imperio que deben ejercer en él esas ca-

lles largas, sucias i de aspecto severo: en la campaña no hai variedad i la jente no tiene cultura ni por consiguiente gusto ni sensibilidad. El clima por otra parte, tan benigno, ejerce en los miembros una influencia apagadora que los pone laxos en verano i entumidos en invierno, i obra de tal manera en las funciones del mecanismo animal, que embota el espíritu i la sensibilidad.

Este es el pais considerado en su acepcion mas jeneral: la campaña, las cordilleras, el cielo, el clima, la ciudad i por consiguiente el hombre. Cuando yo visito un pais, no lo separo de sus habitantes. La esperiencia nos ha dado a conocer que el hombre no es independiente de la naturaleza que habita: es preciso considerarlo al lado del árbol, de las montañas i dominado por el clima bajo cuyo imperio vejeta.

Bajo este aspecto el hombre de Chile, comprendida en su jénero su amable costilla, es bello, sinuoso, entrecortado, como su pais, pero sus sinuosidades i cortes son regulares i siempre idénticos; asi como basta ver una corrida de colinas para cono-

cer las demas que cruzan el pais, basta ver a un chileno para conocerlos a todos. La mañana de su vida, como la mañana de su rejion, es bella i alegre, inocente i apacible; su dia es terco, silencioso, adusto, lleno de luz, pero de una luz que no centellea, ni se ajita, sino que permanece fastidiosamente calmada i severa; su tarde es triste, reconcentrada; i su noche es apagada, solemne, misteriosa.

El pais parece en Chile satisfecho de sí mismo, porque no convida con su aspecto: los cerros rechazan con sus empinados quiscos, con sus breñas sinuosas, con sus rocas de basalto o de granito, escarpadas como una fortificacion: las campiñas se muestran orgullosas con su vejetacion i aparentan decir risueñas que no necesitan de la mano del hombre. Asi es el chileno: orgulloso, contento con lo que tiene, da a entender a cada paso que no necesita de nadie ni tiene nada que aprender.

Sin embargo, los chilenos no se han dejado vencer por el desden de su naturaleza. En muchas partes han querido dominar el orgullo de sus montañas, oradándolas o ta-

jándolas para penetrar en sus entrañas i descubrir veneros fecundos de metales preciosos que alimentan la riqueza; en otras han desgajado las selvas; aqui han cruzado con canales de riego vastos terrenos incultos; mas allá han poblado de árboles útiles los que son feraces. Pero todo esto lo hacen sin querer aprender de nadie: las minas son agujeros hechos con las reglas que usa el raton para fabricar sus cuevas; los canales son zanjas que se dirijen a un fin, sin reparar en los medios, porque sirviendo para llevar el agua, no importa que sean inconsistentes o que dañen al vecino; los plantios i el cultivo en jeneral están entregados a la naturaleza, i el hombre no hace mas que dejarla obrar, sin valerse de amaños ni de procederes para ayudarla. Los bosques adonde llega el hàcha, se despiden del mundo para siempre, porque el cortador no guarda para otro dia, ni se acuerda de la jeneracion que él está formando.

Mas, el pais es rico en todo jénero de producciones: tiene metales preciosos, mármoles, hulla; maderas de construccion, yerbas medicinales i de tinte; cereales, cueros,

cuernos i demas productos agrícolas. Puestos estos productos en manos de otro pueblo mas activo, mas emprendedor i menos egoista harian su riqueza i celebridad.

Dejemos el pais, que no he mirado como naturalista, ni como negociante. Vamos a la sociedad que tiene mas riquezas que esplotar en beneficio del que quiera contar cosas nuevas.

III.

LA SOCIEDAD.

La sociedad de Chile tiene fondo i superficie como el mar: en el primero están aconchadas todas las heces de la colonia española; en la superficie aparece un barniz a la moderna, que le da un color tornasol e incierto, pero que participa mucho del color frances.

Cualquiera que vea a los chilenos vestidos a la europea, con su aspecto sério, sus modales cultos, su oficiosa hospitalidad al estranjero, cree hallarse en un pueblo civi-

lizado i cristiano, como cualquiera otro. Asi nos imajinamos que viven en armonía i en relaciones íntimas las arañas, cuando las vemos cruzar sin estorbarse, porque no conocemos la guerra civil en que perpétuamente viven empeñadas. Mas es necesario no dejarse alucinar: asi como el mayor enemigo que tiene la araña es el individuo de su especie, el chileno no tiene un enemigo mas implacable que el chileno mismo. Cada uno de ellos es enemigo de todos, todos son enemigos de cada uno. ¿Quereis conocer la vida i milagros de alguno, quereis saber cuáles son sus vicios, sus estravíos? Acercaos a cualquiera, al mayor de sus amigos, por ejemplo, i quedareis satisfecho. ¡Oh! Don Juan es un guapo mozo, os dicen, tiene dinero, gran talento; pero es mui petardista i embustero; no se fie V. en él: es mi amigo, nos tratamos de muchos años a esta parte i le conozco demasiado: es hombre peligroso, inmoral i sobre todo mui mala lengua.—¿Y qué piensa V. de la señorita tal?—Linda, ¿no es cierto? i mui amable i virtuosa; pero se habla de algunos deslices que ha tenido. Sus amores con fu-

lano fueron públicos i bien desgraciados por cierto....

Asi hablan el viejo i el jóven, la vieja i la niña; pero hai muchos moderados que se limitan a empreñaros de sospechas con una sola palabra, i luego una reticencia, una sonrisa os esplica lo demas i os saca de vuestro embarazo.

La envidia es, pues, la primera virtud chilena. Aparece un hombre que se ha hecho rico por sus esfuerzos: los demas se asombran de que haya enriquecido i todos se preguntan cómo ha podido alcanzarlo; se esplican sus especulaciones, sumando la ganancia que hizo cuando ganó a éste, con lo que le produjo la jugada doble que hizo al otro i con lo que le granjeó la estafa que hizo al público vendiéndole por ocho lo que le costaba dos: hai tanto; lo demas no se sabe como ha llegado a sus manos: sin duda ha robado. No se le concede talento para especular, sino sagacidad para engañar; economia en sus gastos no ha tenido, sino miseria; el resultado de sus cálculos no fué obra de su prudencia sino capricho de la fortuna ciega que le favoreció.

Esto no quita sin embargo que todos le rodeen, le saluden, le mimen i le hostiguen con sus atenciones: él fué ladron, pero ahora es rico; fué pícaro, pero ahora no tiene necesidad de serlo. Al fin, vence la riqueza: en público se le concede talento, jenerosidad, buen trato, mucha honradez i hasta se le hace senador. Pero en privado se cuenta su vida tal como la trazó la envidia. Los que se honran con su amistad no se empeñan en defenderle, porque para alcanzar su proteccion o un empréstito a interes moderado, les basta tomar el té con él i hacerle la corte.

Este es el triunfo de la honradez laboriosa. El de la honradez protejida por la casualidad es mas difícil i peligroso, porque los chilenos son justos i no quieren dar pase libre en la sociedad a nadie que no haya sufrido la prueba de una iniciacion rigorosa, de un noviciado severo.

Os haceis rico por el descubrimiento de una vena metálica.

Allí fué Troya: cien demandas civiles i criminales os esperan en el juzgado. Teneis que pasar primero por el crisol de la justicia,

que seguramente no os da lo que os pertenece, porque como ella es distributiva, no renuncia jamas su poder de distribuir todas vuestras riquezas entre los que desean participarlas. Sois pues ajusticiado por millares de trámites i de sentencias, que se aumentan en número i en severidad a medida que es mayor la lei de vuestros metales: si ella es pobre, si la vena se estingue, os librais de todo, quedais tranquilo, como el monje que no soportó los rigores del noviciado i renunció a su vocacion. Ya veis que en esto hai equidad: no se persigue al que no da motivo.

Si lograis emanciparos de la justicia o si conseguís connaturalizaros con su yugo, afirmándose la veta, sois ya otro hombre; sois senador, teneis prosélitos, ocupais en la aristocracia un rango, que habeis conquistado palmo a palmo en esa guerra cruda que os hicieron para impediros el triunfo. Vuestros enemigos se conformaron con la tenacidad de vuestra fortuna, pero respetando vuestro puesto, os atacan de otro modo, por lo bajo, con las armas de la calumnia. Si quereis salvaros de esta nueva

prueba, teneis por fuerza que convertiros en beato, oir misa diaria, rezar la via crucis, protejer las instituciones monacales i sobre todo teneis que tomar un aire sombrio i terco: ese es el término de la carrera del minero.

Al fin tiene un término esa carrera, i esto no es poco, porque llegar a ser *pelucon*, como llaman en el pais a los aristócratas, es mas que alcanzar a lord en Inglaterra.

La carrera del literato no tiene término. ¿En qué deseais ejercitaros? ¿En el foro, en la poesía, en las ciencias, en el diarismo? Elejid, que siempre obtendreis lo mismo. Si teneis bastante gas para elevaros en la atmósfera, estad seguro de que se rompe vuestro globo antes de levantarse un palmo de la tierra, porque todos vuestros paisanos se aferran de vuestros pies i contienen las amarras para tiraros abajo, para que no partais a vuestro viaje. Su amor por vos no les permite dejaros libre para arriesgar en los aires una vida tan cara, i si ven que la fama se empeña en soplar su trompeta a vuestro lado, ellos ahogarán sus voces para que no se lastimen vuestros oidos.

Si sois abogado, sois ladron: tendreis elocuencia, pero no sabeis leyes; sabreis las leyes, pero no sabeis hablar; poseeis ambos dones, pero no tendreis tino o táctica para vuestras defensas; mas, de todos modos sois ladron, enredoso i algo mas.

Si sois poeta, sois digno de compasion. ¡Pobre poeta! o sus versos no son bien medidos o no tiene imajinacion, o es mui cáustico e insolente, o es tibio i de mal gusto: pero de todos modos es un pobrecito, calavera si es alegre; pretencioso i necio, si es sério; tonto, si es filosófico; imbécil, si le dá por la tristeza. El poeta es un jóven sin fundamento, sospechoso, bueno para nada. Se queda siempre así, cuando no abandona los versos por otra ocupacion mas digna del hombre i mas séria, como un empleo en la oficina o en un escritorio, por ejemplo.

Si sois hombre de ciencia, sois perdido para la patria. ¡Qué lástima! No tiene mas que teorías, filosofías, utopías irrealizables. No conoce a su país, no tiene una sola mira practicable.... En vano hareis prodijios para probar que habeis estudiado el pais i que vuestros principios son realizables. Na-

da, todo eso es inútil, dais lástima, todo el mundo se hace desentendido de vuestras pruebas fehacientes. Si instais, os llaman orgulloso, tenaz; si escribis emitiendo vuestras ideas sin disfraz, sois hereje, condenado, mui peligroso. Pueden llegar a confesaros talento, pero para un ministerio no servis, para una intendencia, menos; para la majistratura peor; ¿para diputado? ¡Eso seria arruinar al pais i esponerse a no hacer algo de provecho. Teneis que encerraros en vuestras ciencias, para conversar con ellas i nada mas, para comer ciencias, para beber ciencias, para vestir ciencias i marcharos con ellas al sepulcro. Nunca llegais a ser pelucon, este no es el camino: al contrario, por él se va a los antípodas.

(Haceos diarista. ¿Estais loco?) ¡Oh! eso es ponerse por sí mismo en el potro: quereis ser mártir. En hora buena, sedlo. El diarista tiene por enemigos a todos sus lectores, en primera fila, i en segunda a todos los que tienen la noticia de sus talentos i de su ocupacion, i en tercera a todos los que no saben nada, ni leer siquiera, es decir a todos los habitantes i estantes en el pais.

El diarista es siempre hereje para las beatas, cismático para el clero, doble i sin principios para los abonados al diario, hombre de poco peso e indigno de confianza para los aristócratas. El artículo que gusta a los unos este dia, horripila a los demas, i el que halaga a estos mañana, da náuseas a los primeros. El único modo de agradar siempre que tiene un diarista es el hacerse calumniador i manejar bien la injuria. No trateis principios, no os acordeis de cuestion ninguna; insultad a vuestros enemigos, ultrajadlos, calumniadlos como querais. Entónces los que os leen lamentan el estravío de la prensa, pero celebran con todo su corazon vuestras gracias; desean que se acabe esa escitacion que provocais, pero os auxilian con la suscripcion. Estais bien, teneis muchos celebradores, un público entero que os aplaude porque saciais la envidia que lo carcome; pero no conteis hacer mucho. Cuando dejeis vuestra cátedra de difamacion, os despreciarán, i nunca os darán un lugar en el senado. Cuando mas sereis empleado en aduanas o en una intendencia.

Pero en todo esto es solo la envidia quien

ataja su vuelo a la intelijencia i quien se opone a su triunfo.

La envidia se convierte en egoismo, si se trata de medrar de cualquier otro modo.

Haceos comerciante i vereis. El comercio tiene por objeto la ganancia: el modo de obtenerla poco importa. La buena fé es la base de las especulaciones, porque de otro modo no hai crédito; pero la buena fé del comerciante consiste en pagar bien i exactamente. Proporcionaos fondos para pagar i ya estais a cubierto de todo: sois hombre de crédito, aunque para conseguir esos fondos hayais estafado a medio mundo. Lo que interesa es que no se descubra la deformidad de la estafa.

Tales son los principios de moralidad del comercio. Si sois comerciante por menor, sois tambien víctima de esa moralidad: vos estais obligado a ser buen cristiano, buen pagador, pero no así vuestros protectores. Los comerciantes de Valparaiso son los protectores de todo el comercio por menor de la República. Ellos, por lo jeneral, son consignatarios de casas estranjeras: reciben los efectos para venderlos con alguna ga-

ganancia
por los
buena fé
que si es-
salvando el
el resul-
? Se
comercian-
ya es
contado
a plazo,
dar por
mayor que
el menu-
vender
seis me-
abonar
por todo el
i se va
realizar
el uno
no le al-
personales si-
empieza a en-
el uno por
debiendo: el con-

signatario va recibiendo i va por supuesto aumentando con el interes el cincuenta por ciento de ganancia que sacó en la venta.

El comerciante por menor no puede sufrir por mucho tiempo haciendo este negocio cuyas ganancias son para sus protectores, sin que le dejen algo para su comodidad. Si es bribon, procura retirar algunos provechos i quiebra; si es honrado, cruza los brazos humildemente, se limpia los bolsillos i tambien quiebra. Los tribunales reciben todos los dias estas representaciones de fallidos i forman sus concursos.

¿Pero el consignatario padece? No lo creais: si padeciera con este modo de jirar, no venderia al fiado, venderia al contado i en tal caso tendria que remesar a su consignante el valor de los efectos consignados. Vende pues al fiado, i avisa al consignante la operacion diciéndole que le remitirá su capital cuando realice. El comprador le paga el todo o parte del precio de su compra; el consignatario recibe, pero no ha realizado todavia, porque los efectos consignados están repartidos entre muchos compradores. Sigue recibiendo de otros de ellos, ya el pre-

cio íntegro de la venta, ya una parte de él, ya los intereses que le abonan los que se han tardado; pero todavia no realiza, hasta que todos le paguen sin quedar uno, sin escaparse los que han quebrado. Mientras tanto él está aprovechando los capitales en numerario que va recibiendo, porque con ellos especula del modo que le den mas ganancia. ¿Qué importa que algunos de sus deudores no le paguen puntualmente? Qué importa que otros quiebren? El valor de la consignacion que recibió es de cien mil pesos: en la venta que él hizo i en los intereses que usuró ha sacado un sesenta por ciento de ganancia; en el uso que hizo del dinero que fué recaudando ha sacado otro tanto. Rebajad cuanto querais, lo cierto es que con quiebras, averias i demas desgracias, él no ha dejado de sacar en todo menos de un cincuenta por ciento de ganancia para sí: a su consignante le abona una ganancia moderada al estilo de Europa i le cobra su siete i medio de comision, aun sobre lo que se perdió. I no es raro, sino mui frecuente que los consignantes reciban cuentas en lugar de dinero u otros retornos, i

aun, que salgan alcanzados en algunos picos.

Aquí teneis la carrera del que se aplica al comercio por menor de aquel pais. Para qué os he de hablar del pequeño capitalista que se aplica a la agricultura; para qué del artesano, del menestral i de otros infinitos que se aplican, como ellos dicen, a buscar la vida; todos, todos son víctimas del egoismo: allí sucede al pié de la letra aquello de que el pez grande se come al chico. El comerciante de diez proteje al de cinco, para hacerle servir a su interes, para darle una ocupacion honrosa—la de espender sus efectos a trueque de ganar la comida. Él a su vez sufre lo mismo del comerciante de veinte, este del que está mas arriba i asi hasta llegar a los protectores natos del comercio que son los estranjeros europeos i americanos.

El poseedor de un fundo lo arrienda por lo que produce, para que aquel que por necesidad se lo toma en arriendo, trabaje para pagar el cánon i saque cuando mas para subsistir. El que da dinero a interes, exije siempre lo que produce su capital aplicado a cualquier negocio i algo mas; lo que él

desea es que otro le trabaje su dinero i le pague puntualmente sus productos. El comerciante que vende las primeras materias de las artes i oficios usados en el pais tambien vende al fiado i proteje a su vez a los artesanos, dándoles un objeto sobre qué ejerzan su industria, aunque no coman. Él tiene razon, porque asi lo hacen con él sus protectores, o porque no puede de otro modo sacar el interes de su capital. Todos ansian por trabajo, todos piden proteccion, todos se protejen mútuamente en esta forma i el primer protector de todos es el gobierno, con la diferencia que no proteje para ganar, sino para que ganen los mas poderosos a costa de los mas flacos. Proteje a los comerciantes estranjeros, dándole todas las facilidades posibles, para que ellos hagan su proteccion con los comerciantes por menor; proteje a los ricos mineros, a los acaudalados agricultores, dándoles influencia en los negocios, haciéndolos senadores para que ellos contribuyan en cuanto está de su parte a mantener este estado de cosas, que tantos provechos les reporta. Asi el gobierno que debiera ser el azote del egoismo es el

primero en protejerlo; i no puede menos, porque el gobierno se compone de chilenos i seria mui raro hallar uno qué no tuviera las virtudes de sus paisanos.

Esto es lo que pasa en las esferas elevadas de la sociedad. Descendamos un grado mas.

Hacia poco tiempo que yo me hallaba viajando por los pueblos del sud de Chile. Estaba encantado con aquel aspecto apacible de los habitantes, con aquella quietud i reposo en que pasan la vida; pero no hallaba cómo conciliar su afabilidad con el aislamiento en que viven las familias unas de otras. ¿Por qué no se reunen, por qué no se buscan para alegrar las pesadas horas de la noche, para suplir la falta de diversiones públicas? Tal era la pregunta que dirijia a mis conocidos. Todos me respondian una misma cosa: hai enemistades, me decian, hai siempre muchas rencillas en un pueblo corto como este.

"Fuíme aplicando a estudiar este hecho," i hallé con efecto que era una verdad. Los villanos en Chile viven como los caribes, haciéndose la guerra: hai ódios antiguos, que

pasan de jeneracion en jeneracion, como los de Montescos i Capuletos; los celos, las rivalidades, las venganzas de los caballeros de la edad media están conservados allí con toda relijiosidad. Yo reflexionaba cuán propia es esta costumbre de los pueblos atrasados, veía cuánta analojía tiene con la de los Araucanos i otros pueblos bárbaros, que, sumidos en la ociosidad i en la ignorancia, gustan de alimentar en perpétua actividad sus pasiones mezquinas, porque es lo único que los distrae del tedio de su inactividad. Cuando no hacen la guerra al estraño, estan haciéndosela entre sí los miembros de una tribu, para matar el rato, para alimentar el fuego de la vida.

Por eso me consolaba con la esperanza de que este mal se iria estinguiendo a medida que creciera la poblacion: en las ciudades mas importantes de Chile, me decia yo, no habrá estas discordias. ¡Petardo!

Lo mismo es en todas i Santiago es la que dá ejemplo. La desgracia no está solo en la falta de actividad, en la falta de ocupacion, en lo limitado de las relaciones, cuanto en el carácter nacional: todos son

villanos porque todos son egoistas i envidiosos, asi es que en donde quiera quo he parado, he hallado Montescos i Capuletos.

La sociedad está dividida en círculos, algunos de ellos tan estrechos, que se componen esclusivamente de los miembros de una sola familia. Hai otros mas estensos, que han ido conquistando afiliados, por la comunidad de interes, de instintos o de ideas. Los del círculo A hacen la guerra a los del círculo B, los de éste a los del círculo C i asi hasta concluir; la guerra vuelve de los últimos a los primeros, los del círculo C la hacen a los del círculo B i éstos a los del círculo A; i por fin la guerra está en todas partes, porque cada círculo la hace a todos i todos a cada uno, i aun se enciende entre los miembros de un mismo círculo. Aqui las decepciones, las traiciones, las alianzas, las treguas i lo demas que es propio de las hostilidades, pero sin observar nunca los preceptos del derecho internacional.

Las armas empleadas son la calumnia i el chisme, i es admirable la destreza que en su manejo han adquirido aquellas jen-

tes. Todos se calumnian i se entretienen en ello; no hai vicio, no hai defecto que no tenga el enemigo, i si aparece alguno cuyo talento o cuya virtud no pueda negarse, los adversarios hallan luego el reverso de la medalla; i si está en blanco, esculpen en él lo contrario del talento o la virtud que se distingue: el ilustrado, por ejemplo, es de mal carácter, de horribles intenciones, un mulato por lo menos; el virtuoso es un hipócrita, se le han descubierto crímenes horrendos.

Mas o menos todo esto pasa como moneda corriente: hai costumbre de fiarse en la conciencia para despreciar esas calumnias; pero lo que no se desprecia nunca, lo que labra hondamente el amor propio es la imputacion de plebeyo, sobre todo en los pueblos de provincias. Nadie es mulato ni mestizo, todos son de raza española pura, i es curioso ver cómo arreglan sus jenealojías para mostrarse descendientes jenuinos de caballeros..

Como la calumnia no es arma arrojadiza, sino un vientecillo, en sentir de Beaumarchais, necesita tener quien la ayude i le dé

direccion. Asi es que el papel de transportador de calumnias, el del *chismoso*, es un papel interesante en la sociedad de Chile. Sin embargo de que lo desempeñan ciertos seres ambiguos que tienen cabida en diversos círculos, en Chile todos *chismean*. Unos por oficio, otros por beneficio; estos de buena fé, aquellos por malignidad, tales por costumbre, esos otros porque no tienen qué hacer. Un amigo le cuenta a V., sin ánimo de ofender lo que han dicho contra la conducta de V., i si falta un amigo, se lo repite a V. una señorita con todo su candor en los labios, i si V. no tiene amigos ni amigas, encuentra V. a cada paso chismosos que gastan la oficiosidad de decírselo, o cándidos que se lo dicen sin saber cómo. El chisme está allí en el carácter nacional, o mejor dicho, en la naturaleza orgánica del chileno: los niños se cambian chismes con inocencia, las mujeres por distraccion, los hombres por negocio, los políticos por conveniencia, los comerciantes por ganancia, los beatos por relijiosidad i hasta los altos funcionarios, quienes chismean por diplomacia o por hacer el bien del pais.

El chisme es un elemento que mantiene el fuego sagrado en el corazon. Sin el chisme la vida del chileno seria tan insípida como la de una monja; tan fastidiosa, tan llena de tedio como la de un encarcelado en prision solitaria: no hallarian qué hacerse, no tendrian qué conversar, no sabrian emplear sus horas. Lo mas curioso es que ellos no saben que son chismosos, i cada cual afecta horror a las renecillas, pero en eso tienen razon, porque la mayor parte chismea sin saberlo. Solo tienen en cuenta que han hecho mal, cuando el chisme ha provocado algunas esplicaciones entre el ofensor i el ofendido.

¡Esplicaciones! qué raras son! Basta la conciencia tranquila para no darse por ofendido. «¡Qué me importa, tengo mi conciencia limpia!» Hé aquí la frase con que el chileno rechaza las calumnias mas espantosas, las injurias mas atroces. Pero cuando se hacen necesarias las esplicaciones, es cuando se muestra el carácter nacional en todo su esplendor. La manera mas usual de esplicarse consiste en conversar con el ofensor, dándole satisfacciones, a fin de que él

no ponga escusa en decir «yo me creia ofendido i por eso hablé de V., pero ya que V. me asegura que no me ha ofendido, le declaro a V. que yo tampoco he tenido el ánimo de ofenderle.» Esta declaracion deja allanadas todas las dificultades, pero no impide que ofensor i ofendido sigan aborreciéndose i calumniándose a mansalva. Otra manera de esplicarse puesta en uso entre la jente de tono, consiste en que el ofendido pese sus fuerzas i hallándolas bastantes, espere a su ofensor en un punto i le dé bofetadas o le escupa, aunque le sorprenda. Si el caso no tuvo testigos, queda concluido; pero si los tuvo, pasa a terminar en esplicaciones verbales. Una u otro vez suele proponerse un duelo! que no cuesta poco arreglar; pero una vez ajustadas las condiciones, es del dominio del público i por consiguiente de la policia, que no se hace rastra para impedirlo. La historia de Chile no conserva noticias de ningun duelo ocurrido entre la clase acomodada de aquel hermoso pais. La plebe lo usa con frecuencia i por eso hai entre ella menos calumnias i menos chismes, menos injurias i mas lealtad, mas franqueza.

Tales son los caracteres mas prominentes de esta sociedad. Como ellos bastan para perder a un pueblo, no tengo necesidad de fijarme en otra multitud de accidentes que podria notar, si fuera preciso que yo procurase proclamar la solemne profecía que hago sobre que una sociedad semejante se arruinará luego.

Esta sociedad no puede rejenerarse porque no tiene ni elementos, ni capacidad, ni conciencia para hacer su reforma. El único término que va a tocar es el de ser reemplazada por el verdadero pueblo americano, ese pueblo numeroso que crece i se educa por su propia virtud al lado de aquella primera clase corrompida, caduca i débil. El pueblo se compone en América, i por su puesto en Chile, de toda la jente que no blasona un oríjen español, de todos los que no tienen otro título que alegar que su trabajo personal, i que por tanto están escluidos de los círculos, del gobierno, de los empleos públicos, i de los estrados de cualquier persona *decente*. Esta es la verdadera clasificacion: personas *desentes i no desentes*. Las primeras forman la sociedad que ha de arruinarse por

sus vicios: los indecentes están destinados a apoderarse de todo i a ocuparlo todo.

Este es el hecho que se está produciendo en Buenos Aires i que despues dará brillantes resultados. Tal es el hecho que Chile i las demas repúblicas americanas deben preparar en lugar de temerlo. Si le facilitan su curso, la rejeneracion viene sin estrépito; si lo resisten o embarazan, la revolucion i la ruina son inevitables. En Chile lo resisten, porque hai una verdadera aristocracia organizada con todos sus elementos: Chile está por consiguiente mas próximo a su ruina que cualquiera otro estado americano.

En el Brasil, asi como en la América Española domina la preocupacion de hidalguía, que divide a la sociedad en dos clases *caballeros i mestizos*, los cuales toman diversas denominaciones en cada pais. Pero en todas partes hai un roce íntimo entre ambas clases de modo que hai un punto en que se confunden i se hermanan: en el Brasil no encuentra el hombre libre obstáculo que le detenga, porque si es intelijente, le da la mano el Emperador para levantarle o el pueblo le eleva por medio de una eleccion,

o la industria le abre cien caminos a la prosperidad. En el resto de la América sucede mas o menos otro tanto i cada dia se borra mas definitivamente la línea que separa a las dos clases.

En Chile es otra cosa: hai una clase privilejiada, cuyo privilejio no está en la lei ni en los derechos de que goza, sino en el hecho, en la costumbre. Aunque en esta clase no se hace mucho alarde de la nobleza de familia, el sentimiento de hidalguia está en todos los corazones i autoriza en unos el desprecio i en otros la superioridad con que miran a todo el que no pertenece a una familia hidalga o no lleva un nombre antiguo i conocido. Otro elemento que sirve de apoyo a esta superioridad es la riqueza: todos los antiguos nobles i caballeros del pais son todavia los grandes propietarios, i como tales se han arrogado el derecho de entender o de influir en los negocios públicos, porque alegan que ellos son los únicos que tienen que perder, los únicos que arriesgan en cualquier trastorno. El gobierno busca en ellos su principal apoyo, oye su consejo, sigue sus inspiraciones, i man-

tiene así la superioridad que se arrogan sobre el pueblo, sobre la gran mayoría que se compone de pobres i de jentes de familia desconocida. Al lado de esta influencia constantemente sostenida, tiene la aristocracia chilena las relaciones que su riqueza i esa misma influencia le procuran, no siendo la menos importante de esas relaciones la que mantiene con el clero. La educacion de sus vástagos la va fortificando, i su predominio, en fin, está ya sancionado i defendido por todo el prestijio de que tales circunstancias la revisten. Esta aristocracia no tiene como la inglesa una base liberal, que se vaya ensanchando i admitiendo mayor número de individuos a medida que el desarrollo de la sociedad hace surjir a la superficie nuevas capacidades. Bien al contrario, ella es demasiado celosa de sus fueros i no admite en sus filas sino a los que tienen los caracteres que forman su distintivo. Un gran talento, una vasta instruccion, una injente riqueza, una virtud estraordinaria no bastan para llegar a merecer la confianza de la primera clase, ni colocan al hombre entre los aristócratas. Un espíritu restrictivo i apoca-

do, mucha santimonia, un apego a todo lo que es retrógrado i horror a las reformas, hipocrecia, disimulo, son las virtudes del *hombre de órden*, (denominacion con la cual se ha honrado i disfrasado el partido retrógrado;) si a ellas se agrega la nobleza de sangre o alguna riqueza, o tal cual intelijencia, el hombre de órden tiene todos los títulos necesarios para ser aristócrata i enrolarse en la primera clase, como miembro nato. Pero el aristócrata, el hombre rico o de talento que en la administracion, en la prensa o en la conversacion familiar se muestra reformista, franco, liberal, ese lo pierde todo: no inspira confianza, es un calavera, hasta un hereje, segun las circunstancias, i es borrado del libro de oro en que sus antecedentes le habian colocado.

Sin embargo esta clase privilejiada pone en accion todos los medios sociales en cuanto le convienen a su defensa i conservacion: arrogándose la tutela del pueblo, manifiesta desear mucho su progreso, pero no hace jamas por él todo lo que *desea* Posesionada como está del gobierno, muestra propender al engrandecimiento i respetabilidad de

la nacion, pero cifra el engrandecimiento en el *órden*, i hace consistir el órden en conservar todo lo que existe, en no reformar i en no admitir nada de nuevo ni en ideas, ni en administracion, ni en política, ni en personas. Mas como esta aristocracia rechaza el nombre que le conviene de retrógrada, i prefiere llamarse *conservadora*, justifica su denominacion aparentando que quiere reformas, con tal que no se destruya lo existente: su modo de reformar consiste pues en remendar, en refaccionar; asi es que Chile en poder de estas jentes es una casa vieja i ruinosa con puntales por aquí, alzaprimas por allá, paredes remendadas i agobiadas de promontorios por acá, i goteras por todas partes.

Dividida así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede i lo goza todo, i otra que nada vale, preciso es todavia considerarla dominada por el clero, ante el cual desaparece la diferencia de aquellas. El clero estendiendo un brazo protector al pueblo, se intima con él, i prestando al mismo tiempo su apoyo a la aristocrácia, hace de ella su mejor defensor. El clero podria hacerse so-

berano de éste pais en un momento; pero como limita su ambicion al dominio espiritual, está contento con ser el dueño de las conciencias de todos. El clero es mas respetado en Chile que el gobierno: un Ministro, un majistrado, un jeneral pasan inapercibidos por entre la muchedumbre, pero un padre o clérigo va dejando rastro por donde quiera que pase, porque todo el mundo se descubre. Cuando se habla del Presidente de la República o de otro alto funcionario no se le dá tratamiento alguno; pero no se nombra a un Obispo, sin decir el señor Obispo, ni se nombra a un clérigo, sin anteponer un tratamiento respetuoso. En todas las circunstancias de la vida se advierte esta superioridad del clero en el ánimo de los chilenos sobre la autoridad civil; i la mas lijera observacion convence de que esa superioridad no es de fórmula, sino tan real i efectiva, que podria mirarse al clero como el verdadero señor de la nacion.

La sociedad en Chile es, pues, eminentemente monacal i en los dias destinados al culto, puede confundírsela con una comunidad relijiosa.

El clero, por otra parte, ofrece al pueblo la única carrera brillante a que le permite llegar la aristocracia: un hombre del pueblo con talentos mediocres puede llegar a merecer en esta carrera las consideraciones que no alcanzaria en cualquiera otra con un talento sublime. Quizá el clero podria salvar a esta sociedad, rejenerando i alzando al pueblo, si a sus reconocidas virtudes evanjélicas agregase mas virtudes cívicas que las que practica. El clero católico en Chile hace católico al pueblo; si fuera monarquista, estableceria fácilmente la monarquía; siendo republicano lo hará tambien republicano. (*)

(*) Nos tomamos la libertad de anotar este pasaje, porque el viajero autor se equivoca en su manera de considerar al clero chileno. Lo supone contento con el dominio de las conciencias i aun desea verlo rejenerando al pueblo. Seguramente no habria escrito asi el Diablo si hubiese leido las siguientes líneas que se han publicado hace poco en las notas de un sermon predicado en la Compañía por el presbítero Larrain en los funerales del señor Castro Barros.

"La revolucion americana, dice, ha sido pues mui inconsecuente i le queda todavia mucho que hacer. Mientras no cese la servidumbre de la Iglesia, la libertad será una palabra vana. Es preciso—

"1.° Que se deje a la Iglesia entera libertad para elejir sus ministros i nombrar los beneficiados eclesiásticos.

"2.° Debe dejarse esclusivamente a ella la direccion científica i gubernativa de los seminarios.

"3.° Como encargada de conservar el depósito de la doctrina deben proporcionársele medios para impedir que en la enseñanza pública de los establecimientos privados i nacionales sufra detrimento la fé. Con este objeto debia confiarse a la autoridad eclesiástica el nombramiento de los profesores de Relijion, Derecho Canónico, Filosofía e Historia.

"4.° Abolir el pase o *exequatur*, i todas las trabas que impiden a los católicos comunicar libremente con la cabeza de la Iglesia.

"5.° Garantir el *poder lejislativo* de la Iglesia derogando las leyes que requieren el consentimiento de la autoridad civil para convocar concilios o para dar a sus decisiones fuerza legal.

"6.° Garantir el *poder judicial* de la Iglesia, aboliendo los recursos de fuerza.

"7.° Garantir la libertad de los ministros de la Iglesia, devolviéndoles todas sus temporalidades.

"8.° Devolver a la Iglesia la administracion de los cementerios i establecimientos de beneficencia.

"9.° Colocar en fin a la Iglesia respecto del Estado sobre el pié de una perfecta igualdad, no atribuyendo a este ninguna facultad o privilejio que no se conceda a aquella.

"Esto no es mas que parte de lo que para su diócesis pedia al rei protestante de Prusia el ilustre confesor de la fé, el santo Arzobispo de Colonia, el señor Clemente Augusto Droste Vischering."

CARTA AL Sr. D. A. MONTT.

Valparaiso, 15 *de agosto de* 1855.

Ha venido V., mi distinguido amigo, con sus cartas sobre la *Esposicion Universal*, a darme un doble placer, porque no solamente he sentido todo lo que tiene de agradable i lisonjero una dedicatoria tan honrosa para mí, como la que V. me hace, sino que comienzo ahora a gustar el de escribir una carta de *Ultra-tumba*, cosa que habia estado reservada solo a Chateaubriand, i que yo, pobre Lázaro, no me habia imajinado participar, si no fuera por la precision en que me hallo de rectificar ciertas ideas.

La eleccion de Diputado con que me acaba de honrar un pueblo laborioso i libre da a V. motivo para metaforizarme con el Lázaro de la Escritura. Ya otros lo han sido

con Jesucristo de una manera que me ha horripilado, porque comparar con el Salvador a Napoleon el chico, por ejemplo, (i no hablo de otros mas chiquitos) es lo mismo que decir que la morfina se parece a la camiseta, porque ambas necesitan de la costumbre para ser soportadas. La metáfora que V. me brinda es mas conforme a las reglas, porque al fin es cierto que yo *morí* mui de veras en 850 i que resucité al cuarto año de entre los muertos. De otro modo no podria serme permitido usar el pretérito del verbo morir con alguna mayor propiedad que lo hacia el viajero Michelena, al decir: —«*Cuando a mí me asesinaron,*» siempre que referia una de palos que sufrió en Guayaquil.

Cuando yo *morí*, pues, mi amigo, convengo en que las cosas no estaban como ahora, despues de mi resurreccion. Pero por lo que a mí toca, no me creo desligado del matrimonio, a fuer de resucitado, porque no estaba yo ligado con *Utopia*, «esa bella i romántica, pero poco juiciosa i discreta, esa mala esposa,» que V. me atribuye, sino con la Patria, hermosa mujer, fiel i noble, que

no hará ni ha hecho conmigo lo que con el Matías del *Muérete i verás* hizo su novia. La mia ha sido mi Salvador, porque solo con palabras, i no con artes ni cohechos, rompió la piedra de mi sepulcro, tendiéndome sus brazos i apoyando en mi hombro su cabeza para asegurarme que siempre me habia sido fiel, a pesar de mi muerte.

Ella me juzga mejor que V., querido Montt, que a pesar de su amistad, que tanto aprecio, i de su respeto, que tanto me honra, cree que he sido *víctima de malas causas, i apóstol de malas doctrinas.*

Su juicio de V. sobre mi carácter político me coloca al tiempo de mi resurreccion en el mismo desfiladero en que me ví al nacer a la vida pública en 849. No sé si le pasaría a Lázaro eso mismo. Recien elejido Diputado, me ví entónces en la precision de esplicar en una carta tambien mi alistamiento en el partido liberal, porque temia que los juicios desfavorables sobre mi carácter político, de los cuales he sido liciado, llegasen a falsear la opinion de mis comitentes; i escribí estas palabras en cuyas idea estoi firme todavia: «Juzgaba (dije re-

firiéndome a la época en que conocí i apreció al partido dominante en Chile) que el gobierno se hallaba bastante fuerte i con sobrado prestijio para comenzar a reaccionar en favor de la forma republicana, i me fastidiaba su conducta restrictiva, su empeño por adulterar las formas democráticas. Yo, que nunca habia tenido partido, ni la menor relacion con los pelucones ni con los pipiolos, no podia concebir el alcance de esos ódios profundos que dividen a los prosélitos de dos bandos opuestos; pero tampoco hallaba justificable *que el gobierno se empeñase tanto en centralizar el poder, en acumular toda la autoridad en el Ejecutivo, en escluir i rechazar a los que no eran sus adeptos, en perseguir a sus enemigos, en arrogarse una perfecta tutela sobre la sociedad, sin cuidar de educarla, ni de prepararla para la vida pública, ni de ejercitarla poco a poco en el uso de sus derechos.*»

I en efecto, amigo, mientras viví no hice otra cosa que atacar esos vicios funestos que deploraba; i no sé por qué aberracion, V. que ha leido mis escritos, oido mis palabras i presenciado mis actos, me juzga ahora

utopista i casi me dice a boca llena *apóstol de malas doctrinas*, advirtiéndome que me «llega el tiempo de hacer obras buenas.» ¿Cuándo las hice malas, mi querido Montt, a lo menos con ánimo de hacerlas? Pero no, no destino esta carta a justificarme. Me fastidia hablar de mí i prefiero que se me juzgue mal, aunque sea despues de mi muerte, antes que hacer otro *Manifiesto*. Dejemos esta forma para los presidentes destronados o para los candidatos por entronizarse: yo no pretendo ser presidente, no pretendo nada, sino ser honrado, i me lisonjeo mucho de serlo ya en su concepto de V. Esta es la mas inocente de todas las pretensiones humanas, i está libre del reproche que dice «que cada cual pretende ser lo que menos es.» Bueno es ese reproche para el que se supone calidades que no tiene, pero no para el que aspira a tener una virtud. Precisamente las virtudes son mas fáciles de conseguir que la riqueza, estan al alcance de la humanidad: Dios no se las niega a ninguno que se empeña en poseerlas; como niega talento al que no nació con él; i hai mucho adelantado desde que uno

se propone ser bueno i trabaja por serlo.

Al rechazar, pues, sus ideas de V. sobre mi carácter político, solo tengo presente a mi patria: no quiero permitir que sobre mi cabeza se le levanten falsos testimonios, ni mucho menos que V., con el peso de su palabra, venga a dar color de verdad a las calumnias que, a propósito de nuestra última revolucion, han echado sobre la frente de Chile, desde las orillas del Sena, los que, como el santurron Frias i el petulante *Anuario de la Revista de Ambos Mundos*, han supuesto que el socialismo, el comunismo, «los *hombres de mal*, es decir, los intrigantes, demagogos i demas esplotadores de las miserias públicas» habian plantado su pendon en el Santa Lucía i revuelto las aguas del Mapocho. Eso no, mi caro amigo, ninguno menos que V. puede maltratarnos de ese modo, ni juzgar así una revolucion en que Chile se vió envuelto por una consecuencia fatal de sus cosas caseras, i no por sujestiones del socialismo, ni por efecto de malas doctrinas, ni por el imperio de la demagojia.

No sé si en 1851 la sociedad chilena se

hallaba, como V. dice, en la agonía que precede a las grandes convulsiones: no le ví la cara, ni podia vérsela porque ya estaban cubiertos mis ojos con la losa de mi sepulcro. Pero lo que sí puedo asegurarle, es que ni entónces, ni en 1850, ni aun en 49, cuando yo vivia, sucedió «que los hombres intelijentes se consagrasen al estéril i peligroso campo de las *reformas radicales*, ni conocí a ninguno que para probar talento, tratase de probar osadia;» sino, es que se refiera V. al lenguaraz del partido ministerial, conservador o retrógrado, a mi caro Jotabeche, que en aquella época colgó sus hábitos de Tirabeque i se convirtió en el mas osado paladin de la dama de sus recientes i nuevas afecciones. «Entonces fué, dice V., cuando se proponian reformas de Constitucion, de administracion, de sistema judicial, de sistema electorál, de contribucion, del estado eclesiástico, de la guardia nacional i hasta de las creencias relijiosas.»

Asi es como se falsifica la historia, amigo mio, pero es preciso hojearla con cuidado a fin de evitar que un escritor tan recomendable como V. dé márjen a los futuros

para tachar esas reformas de radicales i socialistas. Tolerable seria este error en boca de algun vocinglero de partido o en la pluma de uno de esos zurcidores de frases, que, alquilados en un periódico, suelen hacer la olla gorda a fuerza de falsificar los hechos, metiéndose al bolsillo quinientas onzas por quinientas mentiras dichas a tiempo, amen de la fama de escritores que los habilita para ser ministros; porque hai quien premie asi a los que las pillan al vuelo, a diferencia de aquel tio que prometia a su sobrino un pericote por cada vizcochuelo que cazara.

¿Pero qué halla V. de socialismo o de demagójico en la reforma que se pedia de la Constitucion, limitada a los artículos que los mismos ministros conservadores de aquella época consideraban reformables, i que el gobierno de hoi reformaria, porque sus miembros, que no me dejarán mentir, conocen la necesidad de esa reforma, aunque desean que no se haga con estrépito ni en épocas de ajitacion? ¿Qué en la reforma judicial, que no fué tocada sino en un proyecto parcial, que hoi se discute en las Cámaras

que fué presentado por el mismo gobierno conservador, i que si sufrió alguna ampliacion, fué por modificaciones que, sobre la propuesta por mí, presentaron los señores García Reyes i Tocornal, que, como V, sabe, son antípodas del socialismo? ¿Qué en la del sistema electoral propuesto tambien por el gobierno conservador, i en un proyecto mio que era acusado entonces por la prensa ministerial de restrictivo i de ultraconservador i no de socialista ni de radical? ¿Qué encuentra V., por fin, de radicalismo en los proyectos sobre reglamentar el uso de las facultades estraordinarias, que fué aprobado en la Cámara de Diputados despues de un sério debate en que los ministros hicieron adoptar sus ideas capitales; qué en los de abolicion del estanco, de dotacion de párrocos, de abolicion de la pena de azotes, aprobado hasta en el Senado; de reforma de la ordenanza militar, de reforma postal, que despues ha sido puesta en práctica, de reforma de la guardia cívica, i en el que regla la promocion, suspension, traslacion i destitucion de los empleados, cuyos proyectos, formulados por los libera-

les en aquella época, son, sin duda, los que V. recuerda cuando me habla de esas *reformas de administracion* presentadas por los hombres intelijentes que se consagraban al campo estéril i peligroso de las reformas radicales?

Usted me habla tambien de reforma del estado eclesiástico: ¿quién ha pensado en ella, ni cómo pudo pensar entonces el partido liberal en semejante escollo, cuando estaba enrolado en sus filas el mui digno, pero ultramontanísimo Dr. Eizaguirre? El único que ha pensado en reformar a los eclesiásticos es el actual Presidente de la República, i no aquellos *hombres de mal* que V. hace figurar en mis últimos dias. Ahora, que V. le cuelgue a Chile o a uno de sus partidos «en esa época dorada la reforma del infierno, reputado demasiado duro, i del pecado orijinal, tenido por demasiado incompatible con la bondad divina,» es una injusticia, permítame que se lo diga, porque si hubiera razon para hacer responsable a un partido de las ideas de uno de sus prosélitos, o para caracterizar una época histórica por un escrito aislado, podríamos tam-

bien decir que el infierno habia figurado en nuestra revolucion, porque no faltó un predicador que lo invocase en apoyo del ministerio. Ya me inclino a creer que V. ha conversado con Frias, i se ha contajiado con el susto que ésta debió tener por el peligro de que cundiesen en América las ideas que en un panfleto, único en su jénero, de un chileno, único en sus lucubraciones filosóficas, se emitieron sobre el infierno i el pecado orijinal. Váyase con tiento, mi caro Montt, i no les haga creer a los franceses que los liberales de por acá llevamos nuestra osadía hasta pretender la reforma del infierno i del pecado orijinal. Bien se está el infierno donde Dios lo puso: ningun partido político de Chile ha pretendido mezclarse con el diablo por mas que él nos trajese revueltas en 51, ni yo puedo dar fé de cómo tiene la cara, a pesar de haber estado muerto: i en cuanto al pecado orijinal, todos sabemos por acá que solo está reservado a la curia de Roma el derecho de declararlo «incompatible con la bondad divina» en ciertos casos escepcionales, i mui compatible con esa bondad, respecto de todos nosotros los peca-

dores, que cargamos con él sin disputárselo.

Concluyamos, pues, este punto i convenga V. conmigo en que ni yo, ni los hombres intelijentes de marras fuimos socialistas, ni radicalistas, ni apóstoles de malas doctrinas, ni hombres de mal, aunque lo fuésemos de mala suerte. Afortunadamente todas mis doctrinas quedaron escritas cuando *morí*, i aunque alguien las llame malas, mi viuda (hablo de la *Patria* i no de *Utopia*) las aceptó como buenas, las enseñó i enseña a sus hijos, i en ellas tiene el testimonio de mi amor, i de la intencion pura con que al combatir errores i vicios políticos i legales, que se palpan i se sufren, huí de los escollos del radicalismo i del socialismo. Si ella no hubiese tenido la desgracia de enviudar, tal vez le estariamos probando a V., mi amigo, los muertos en aquel tiempo, que es una estravagancia iluminar el cuadro de los sucesos de Chile con los colores *rojos* que tiene el de los sucesos de la Francia en 1848: por mucho que se parezcan los tintes medios, es esencialmente diverso el fondo. Si nuestra revolucion en 851 no fué obra de las pasiones i de los caprichos, no lo fué tam-

poco de las ideas radicales ni de las pretensiones del socialismo. Si V. quiere, el movimiento fué al principio parlamentario, pero no socialista; i el debate calló cuando las ideas espantadas por el estruendo de las balas i suplantadas por las afecciones, huyeron de la escena. ¿Entonces, cómo distinguirá V. entre los vivos, no hablo de los muertos, cuáles fueron los *esplotadores de las miserias públicas?* Todos fueron *hombres de mal*, sino por sus intenciones, a lo menos por su estrella. Estoi seguro de que V. siente la verdad de esto en su corazon, que es leal i bueno, i que su clara intelijencia, colocada fuera del teatro de los afectos, no le permitirá recriminar a los unos por abonar a los otros.

Viniendo ahora a la segunda época, la de mi resurreccion, tengo qne rechazarle con todas mis fuerzas la preferencia que V. se inclina a dar *a los progresos materiales* sobre los morales de un pueblo. Ese es el caballo de batalla de los *tiranistas*, de los *ordenistas*, de los partidarios de los *golpes de Estado;* i como esa es tambien la política materialista que han aprendido nuestros paisanos, via-

jando en Europa, mi afecto por V. me fuerza a gritarle con Frai Luis de Leon:

«Huye, que solo aquel que huye escapa.»

No se fascine V. con el brillo de lo material, que se parece mucho a la belleza de madama Putifar, contra la cual, el poeta español aludia al casto José en el consejo que la amistad me permite repetirle a V.: Estudie V. la sociedad, ya que conoce al hombre, i hallará que ella es tambien, como éste, espíritu i materia; que su ser doble bajo este aspecto, tiene dobles necesidades i que no basta matarle el hambre con faisanes, sino que tambien es preciso satisfacer sus necesidades morales e intelectuales, que constituyen otros tantos derechos. No hai en esto utopias ni *humanidad escrita*, sino una verdad *que vive i anda*, que *riñe* e *intriga* por combatir a los que justifican el gobierno despótico porque da comida, locomocion i riqueza, aunque no da derechos. Yo convirtiera a los que asi piensan en una de aquellas mulatillas esclavas que tienen las damas limeñas en sus antesalas, para que me dijesen si renunciaban a su libertad personal por

tener el pancho lleno i llevarse a la bartola. Toque V. el corazon de esa Francia, ya que lo tiene a la mano, i pregúntele si los ferro-carriles, los telégrafos, las fábricas, las esposiciones industriales, las paradas militares, las farsas de teatro i las imperiales, le hacen olvidar que no tiene derecho de elejir a sus representantes, que no tiene libertad de hablar ni en la prensa ni en la tribuna, que no tiene libertad personal, que no puede, en fin, moverse, sino como un maniquí que mueve en su taller imperial, a su placer, el artista Napoleon el Chico.

No hai que fascinarnos, le repito, caro amigo: no le bastan a la industria, sea agrícola, comercial o minera, las facilidades de locomocion, de comunicacion i de empresa, sino tienen los hombres que la sirven libertad i seguridad en sus personas i bienes, libertad para proclamar sus necesidades i discutir los medios de satisfacerlas, libertad para ocuparse en los negocios políticos, que mui lejos de estar divorciados con el progreso material, éste depende en gran parte de ellos i del modo cómo se manejan. Cuando en las instituciones políticas de un pue-

blo no hai justicia ni verdad, cuando en los encargados de hacerlas respetar no hai moralidad ni patriotismo, los ferro-carriles i telégrafos, el vapor i la electricidad, no sirven solamente al progreso material, sino que, como arma de dos filos, sirven tambien para atacar la libertad personal, i para ahogar la voz que demande justicia, verdad i libertad. Separe V. el progreso material de estos progresos morales e intelectuales, que corresponden a otras tantas necesidades del hombre i de la sociedad, i creará V. una Rusia, que necesita ser siempre ignorante i fanática para continuar en su vida de esclava, o una Francia, bajo Napoleon el Chico, que necesita de guerras estranjeras i de despotismo casero para no reventar, como sus vapores, bajo la presion de la caldera de fierro en que se rebulle.

Es cierto que los viajeros que llegan a Europa a divertirse con las paradas, bailes i farsas, a ver los edificios i monumentos, a conocer a los grandes hombres i aprender cómo se ponen la corbata i la cinta del zapato, hallarán que la Francia está mui contenta con su órden i que su desarrollo ma-

terial es napoleónico, porque no penetran mas allá de lo brillante, ni levantan el plaqué para ver el fondo. Pero V. no es de esos viajeros que en Europa solo miran i gustan lo grande, lo magnífico, a manera de nuestros guasos, que, como decia un amigo nuestro, solo quieren caballo grande, ande o no ande: V. verá, como don Simon Rodriguez, que las masas en Europa son ignorantes, i como nuestro paisano Eyzaguirre que son tambien inmorales i corrompidas; i comprenderá que bajo ese portentoso aparato de progreso material, hai mucha miseria, muchos dolores, mucha injusticia, mucha mentira que los socialistas han querido remediar estrellándose en la pared de enfrente, i que los hombres racionales remediarian con solo poner de acuerdo el desarrollo material con el de la libertad política i civil. ¿No vé V. a los yankees, tan insultados i temidos por los tiranistas? Ellos saben el secreto:—justicia i verdad en las instituciones i consiguiente libertad para todas las esferas de la actividad humana: asi tienen desarrollo material, moral e intelectual, i su pueblo es mas feliz que todos los europeos juntos. Se dice qua

este sistema da rienda suelta al egoismo individual; ¿pero en qué parte no se cuecen habas, amigo mio? ¿Qué nacion no tiene sus vicios peculiares? ¿Acaso los que enjendra el despotismo son mas favorables al *órden* i mas conformes con el vapor i la electricidad?

Afortunadamente no necesita V. de mis reflecciones a este respecto, pues advierto que l gozarse en los progresos materiales que ha hecho nuestra patria despues de mi muerte, me cita como tales la abolicion de los mayorazgos, la del diezmo, i la lei de Municipalidades, que son mas propiamente progresos morales, que corresponden a la igualdad social, la libertad industrial i a la descentralizacion administrativa. Mire V., i sea dicho de paso, todos ellos, asi como las obras de ferro-carriles i de almacenes fiscales fueron o tratados o iniciados por esos hombres intelijentes que V. supone radicalistas i socialistas, con solo la diferencia de que ellos deseaban que los mayorazgos fuesen propiamente abolidos i no convertidos en censos amayorazgados; que el diezmo fuese suprimido i no convertido en quien sabe qué, con el permiso del Arzobispo;

que las Municipalidades fuesen libres en la forma del proyecto que yo trabajé, que aceptó el Gobierno i aprobó el Senado, i no quedasen sometidas al Ejecutivo con el doble lazo del gobernador i del Procurador de ciudad; i por fin que el ferro-carril de Santiago fuese ejecutado con la libertad de empresa que realizó el de Copiapó, i no con los tapujos que V. conoce, i que dejarán todavia por muchos años a la Metrópoli con la esperanza de oir por sus calles el triqui-traque de los trenes i el silbo gutural de la locomotora.

«Esos sucesos, realizados en la segunda época, tienen un significado profundo,» ya lo veo; porque como V. dice, prueban que las reformas útiles son posibles cuando no violentan demasiado los intereses que combaten, i que los gobiernos son mas benéficos si no se les hostiliza, mas benignos, sino se les provoca, i mas laboriosos si no se les obliga a vivir ocupados de polémicas. Pero confesará V. tambien que no pueden llamarse reformas útiles, las que, por no contrariar intereses de partido, nos dejan sin el pan ni el perro; porque destruyen lo existente sin

poner nada mejor en su lugar: eso es lo mismo que remendar con pelotones de barro una pared vieja para dejarla mas fea i tener mas tierra que sacar cuando se caiga. Confesará V. tambien que los gobiernos benéficos benignos i laboriosos no deben dejarse hostilizar, provocar ni polemiquear; i que el secreto de esto consiste en adelantarse, como lord Palmerston, a toda reforma i en apresurarse a satisfacer toda exijencia racional, i no en resistir i dar de palos, como Luis Napoleon, a todo lo que no es de su círculo, i a todo lo que no le halaga el gusto. La política de lord Palmerston para ensanchar la prosperidad del Reino Unido, en mas de cuarenta i cinco años de gobierno, ha sido oponer a sus adversarios, no violencias ni polémicas, *sino reformas tales que impidan las revoluciones.* Estas palabras del gran estadista nos prueban que para gobernar es preciso, como decia Jesu-Cristo, que el que gobierna *haga como èl que sirve*, i que tenga mas paciencia que bilis, mas cabeza que ambicion, mas patriotismo que proselitismo de partido, i mas mundo que retórica. Me confesará V., por fin, que si nuestro pais no

está preparado para las reformas radicales, lo está a lo menos para dar a las instituciones que reformó radicalmente en tiempos de la independencia i que formuló nuestra constitucion actual, toda la verdad i la justicia que necesitan para que el pueblo, es decir, Chile entero, no se esté pervirtiendo i malcriando con la farsa que se le hace representar cada vez que se le manda por bando ejercer los derechos políticos; farsa que va enseñando a todos los hombres i a todas las mujeres que las formas republicanas i las leyes son trampantojos que solo sirven al que gobierna i no a los gobernados. Reforme V., o diré mejor, corrija ese vicio, i verá que el principio de autoridad se fortifica, que los mandatarios se hacen respetables, que los hombres se acostumbran a buscar el remedio de sus males en las leyes i en las formas i no en su propia fuerza, i que «ni los bellos discursos liberales, ni los planes de democrácia pura, ni los impuros planes del socialismo i demas reformas de programa» son capaces de conmover *el órden*, que en tales circunstancias se encuentra apoyado no solamente en el interes del desarrollo ma-

terial, sino tambien en el deseo de conservar los progresos morales i políticos que las leyes aseguran. Vaya V. a hablarle de motines a un yankee i verá que no le comprende tan bien ni con tanto gusto como un frances o un americano del Sur. ¿En qué está eso, si no es en la conformidad de la libertad humana con el desarrollo material? Esto es civilizacion, caro amigo, esto es lo que salva de revoluciones, de conquistas i de ataques nerviosos a los pueblos.

No es, pues, la civilizacion europea la que ha de salvar a la América de sus guerras civiles i trastornos, sino la civilizacion americana, porque esta comprende mejor al hombre i llena mas completamente las necesidades del ser intelijente. Los progresos materiales solos, no harán mas en el Sur América que dar el triunfo al partido en que ellos se alisten; pero no impedirán jamas que haya revoluciones, motines i guerras, como no lo impiden en Francia ni en los demas pueblos europeos que han pasado su vida de siglos con la sangre a la rodilla i que ahora se están admirando de nosotros porque de cuando en cuando nos disparamos

algunas descargas estimulados por su ejemplo, enseñados bajo su inspiracion i engañados por la ceguedad con que vamos a buscar la felicidad social por el camino escabroso que ellos nos han trazado.

La anarquía no nos pertenece ni es obra esclusiva nuestra, como V. cree, sino que es obra de la Europa, que nos enseña a aborrecer el principio de autoridad, porque nuestra autoridad es corrompida, lo mismo que la que allá se reviste de placas i brillantes; porque entre nosotros «la espada i la mitra, las malas costumbres i las leyes inícuas,» son, como allá, tiránicas, i las miserias que ellas nos imponen no son postizas, ni nuestros sufrimientos son de ensueño, ni nuestras aflicciones son las del hombre feliz, como V. supone. ¡Qué pronto se ha olvidado de las cosas de nuestra América! ¡Qué pronto se ha enamorado de la Europa, para escusarla de la responsabilidad que le toca en nuestras desgracias!

No, mi caro Montt, de allá i no de América nos vienen la enseñanza i el ejemplo de los golpes de Estado, de las declaraciones de sitio, de las facultades estraordinarias, de los

fusilamientos i destierros por causas políticas, de la estrafalaria nueva doctrina de los intereses materiales, de los planes de socialismo i comunismo, de democracia pura, de libertad a lo salvaje, i en fin, de todas las demas lindezas que forman el repertorio de los políticos europeos. Aparte V. de los ojos de las repúblicas americanas esos ejemplos, deje de presentarles como modelo esa decantada civilizacion de arte, i verá cómo nos entendemos mejor, i cómo hemos de tratar de afianzar i regularizar lo que tenemos alcanzado i no de pervertirlo con la mezcla de aquellos ingredientes europeos. Ya lo he demostrado otra vez i V. me escusará de repetirlo: «En política, la Europa va atras, i no como quiera, sino mui al paso i mui encadenada.... La Europa i la América en política son, pues, dos estremos opuestos: no debemos imitar las instituciones ni las teorías de allá: traigamos a nuestras rejiones su industria, sus hombres, su cultura, pero no sus creencias ni sus preocupaciones políticas.»

Por eso es tambien que yo no temo la tan temida *dejeneracion de la raza española*, i

creo como V. que es preciso ser como el norte americano para no ser presa del norteamericano. Es cierto que para mí no tiene valor ninguno el temor de una conquista yankee en la América del Sur, nacido de la actitud en que se presentan los Estados-Unidos respecto de los dominios de la España; pero si lo tuviera, no obstante las repetidas pruebas que la Federacion Americana nos dá de una política pacífica con sus hermanas del Sur, yo no aconsejaria ni la alianza continental, que señalan algunos como medio de salvacion, ni mucho menos la cooperacion de la Francia i de la madre patria que sueñan algunos escritores europeos. Harto tienen que hacer allá en su casa esas potencias para que les fuera posible prestarnos una jonerosa i fructífera cooperacion. Nuestra salvacion consistiria entonces en tener gobiernos que prestasen a los *hábitos de órden* una garantía eficaz, no a la francesa, con los progresos materiales, sino a lo yankee, con esos progresos i juntamente con los morales que nacen de una libertad bien entendida.

No son los gobiernos fuertes los que han

de salvar a la raza latina de su decadencia sino los que la han precipitado en ella. Allí estan la España i la Italia para probarlo, i sin ir tan lejos, eche V. la vista a Méjico i verá como va saliendo a Santana el ensayo de monarquía fuerte para salvar a su patria de la invasion de los yankees.

Permítame V. espresarle cómo entiendo esta lucha del elemento anglo-sajon con el latino, que tan alarmados i asendereados trae a los políticos.

La raza blanca, homojénea en su fisonomía i en su organizacion fisiolójica, tiene dos ramas que se diferencian entre sí notablemente por su espíritu; por sus antecedentes i por sus tendencias. Ambas parecen dos hermanos nacidos de unos mismos padres, con un aire de familia enérjicamente pronunciado, pero que han recibido una educacion esencialmente distinta, la cual ha diversificado sus carácteres i sus jénios; dos hermanos jemelos, que mirándose de reojo desde el primer instante en que se pusieron frente a frente, trabaron una lucha a muerte para disputarse el predominio i la direccion de la familia. Nuevos Etéocle i Polinice, se

han diputado siempre el cetro, sin que los triunfos del uno hayan sometido definitivamente al otro; i trayendo al traves de los tiempos su antagonismo, han venido a continuar su lucha en el Nuevo Mundo, mas no para sucumbir los dos como aquellos hijos de Edipo, sino para terminar la contienda con una fusion provechosa.

Esos dos jemelos rivales, la raza anglosajona o jermana i la raza latina, combatieron en la antigüedad; i su combate inmenso, que tuvo por arena la Europa entera, por guerreros los pueblos de aquel continente, i por duracion algunos siglos, transformó el mundo, poniendo fin a toda una civilizacion, i cambiando el mapa político de todo aquel continente.

La fuerza estuvo de parte del primero de aquellos elementos, pero la intelijencia pertenecia al segundo; i los triunfos de la fuerza sobre el poder material fueron neutralizados por los triunfos de la intelijencia. Asi es que el elemento jermano apoderándose de las comarcas del imperio romano i fundando en ellas sus nuevos Estados, tuvo que someterse a la relijion, a las leyes, al

lenguaje, en una palabra, a la civilizacion del elemento latino, que era el vencido en la materia, pero victorioso en la intelijencia. No hubo, pues, aniquilamiento ni estincion de uno de los elementos, sino refundicion, amalgama i rejeneracion de ambos.

Empero, andando los tiempos, comenzaron otra vez a separarse aquellas dos corrientes impulsadas por las distintas fuerzas de su naturaleza respectiva, no de esa naturaleza que consistia en su constitucion fisiolójica, sino de aquella que le habian formado a cada uno de los dos elementos sus peculiares antecedentes, su educacion, su temperamento físico i moral. Unidos ambos elementos en una misma civilizacion, no podian usar de ella en la misma forma ni podian comprenderla de la misma manera, ni mas ni menos que lo que sucederia con dos jemelos de distinto carácter, a los cuales se diera una misma tarea que llenar: cada uno de ellos la comprenderia i la cumpliria a su modo.

La fusion de los dos elementos no hizo, pues, desaparecer el antagonismo; i ántes bien, se fué haciendo éste mas pronunciado

cada dia, hasta colocarse en la situacion presente, en la cual parece que se convierte de nuevo en otra lucha a muerte, que se halla mas empeñada en América que en Europa. Fuerte todavia en el Viejo Continente el elemento latino por sus tradiciones i por su organizacion social, la suerte del combate ha sido allí varia; pero no siendo esa su condicion en el Nuevo Mundo, la lucha lo ha colocado aquí en una situacion que alarma a los que no comprenden que le ha llegado el caso de adoptar para su salvacion el mismo proceder que completó el triunfo de su adversario en los siglos pasados, esto es, la asimilacion.

Hé aquí, mi caro amigo, por qué no trepido yo en proclamar que la civilizacion norte americana debe ser nuestro guia, porque solo en ella encontraremos adunados ese brillo de los progresos materiales que deslumbra a nuestros viajeros en Europa con esa justicia en las instituciones políticas, fuera de la cuál no hai libertad ni moralidad pública. I no me venga V. a citar los vicios accidentales de esa civilizacion, porque eso es discutir a lo político de café.

Ya ve V. que esto no es exijir demasiado, sino la cosa mas hacedera de todo el mundo. Esto no es socialismo, ni radicalismo i eso es lo que quiere Chile. Ni cómo habia de ser socialista ni rojo un pueblo como el chileno, tan moderado en sus exijencias, tan laborioso, tan parco, tan sério en los negocios de la vida. Es cierto que no nos falta jente que hace alarde de tiranista, que aun se enfada cuando el gobierno es moderado, i que, sin estudiar las altas cuestiones sociales, quiere, con cierta soberbia estúpida, llevar las cosas a troche i moche. Estos son tan temibles como los rojos, pero su reino no es de este mundo, sino del infierno, porque al fin i al fallo la razon se abre camino!

Yo confio mucho en el porvenir de la América, i lo creo mas cercano para nosotros que para nuestros hermanos, porque Chile no tiene esas castas que en las demas repúblicas del continente son una rémora pesada i un elemento en que prenden con gran facilidad el fuego de los rojos i la espada de los tiranistas.....

Mas no podria, sin salir de mi propósito, tratar este punto en esta carta que debió li-

mitarse a una rectificacion i que ya es demasiado larga para V. i para el público, a quien he hecho partícipe de nuestras confidencias, porque V. me ha forzado a ello, i porque con menos costo que por la estafeta, puedo asegurarle a V., delante de un testigo tan respetable, que se honra con la amistad de V.

J. V. LASTARRIA.

INDICE.

Pájinas.

Estudio sobre los primeros poetas españoles... 1

ENSAYOS DE NOVELA HISTÓRICA.

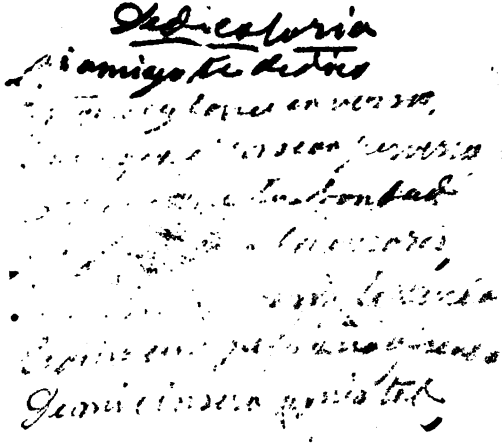
El Mendigo..... 55
El Alferez Alonso Diaz de Guzman..... 116
Rosa, episodio histórico..... 149
El Recuerdo de un soldado, episodio histórico. 161

CUADROS DE COSTUMBRES.

Una hora perdida..... 175
Carta sobre Lima..... 191
El Manuscrito del Diablo..... 275
Carta al señor D. A. Montt..... 319

Dedicatoria

Si amigo te dedico
[illegible] en verso,
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]



THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

BOOK DUE-WID

DEC 22 1977

5921820

DEC 22 1977

STALL-STUDY

CHARGE